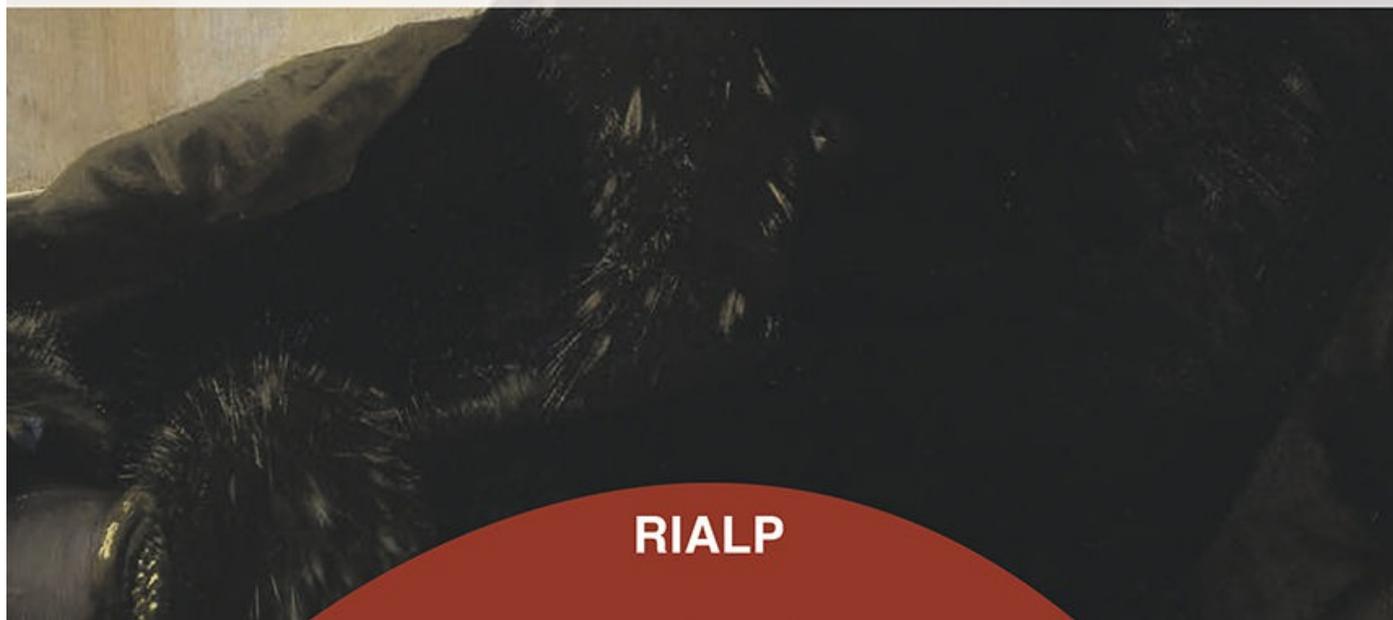




Aguas primaverales

Iván S. Turguéniev

Opera Magna



RIALP

Aguas primaverales

Iván S. Turguéniev

Opera Magna

EDICIONES RIALP, S.A.

MADRID

Título original: *Véshinye Vody*

© 2018 de la versión castellana realizada del ruso por GEORGE PORTNOV
y revisada por MARTÍN DOCAMPO, *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Colombia 63, 8.º A, 28016 Madrid.

www.rialp.com

Preimpresión: Composiciones RALI, S.A.

ISBN: 9788432150272

Depósito legal: M-30161-2018

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

- Aguas primaverales
- Créditos
- Nota preliminar
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44

Nota preliminar

Iván Serguievitch Turguéniev (1818-1883) nació en Oriol, en el seno de una noble familia rusa. Su padre, coronel de caballería, murió cuando nuestro autor tenía 16 años, y dejó dos hijos: Nicolás e Iván. La educación de los dos hermanos estuvo confiada a diversos preceptores extranjeros, escogidos al capricho y al azar. Como era costumbre en las nobles familias rusas de aquel tiempo, el idioma ruso no se empleaba sino en la relación con los siervos; con ellos se familiarizó Iván en su idioma patrio y aprendió a conocer las miserias y sufrimientos de la servidumbre, en absoluto atenuados por el carácter despótico, caprichoso y violento de su madre. Provenía esta de la familia de los Litvinovs y era propietaria del inmenso dominio de Spaskoe, donde vivía rodeada de una magnífica opulencia.

Estudió Turguéniev en las universidades de Moscú y San Petersburgo, y finalizó en Berlín su formación universitaria. Al regresar a Rusia, impregnado de muchas ideas occidentales, le resultó difícil complacerse en la fastuosa vida de Spaskoe, y armonizar su carácter poético y contemplativo con el temperamento altanero y autoritario de su madre. Sigue, pues, visitando Europa, hasta que en 1850 vuelve a Rusia con motivo de la muerte de su madre.

Al heredar con su hermano Nicolás la vasta propiedad de los Litvinovs, deja en libertad a todos los siervos adscritos al servicio de la casa y mejora la condición de los demás. Ese acto, su amistad con Herten y sus lamentaciones en 1852, a la muerte de Gogol, el autor de *Almas muertas*, le atrajeron un arresto por parte del gobierno de Nicolás I y un destierro de dos años a sus posesiones de Spaskoe. Deja de nuevo Rusia en 1855, para unirse a sus amigos, los Viardot. Esta familia estaba compuesta por el cantor y compositor sevillano Manuel García, hermana de la famosa María Malibrán y padre de la también cantante Paulina García, con quien le unía una amistad apasionada. Con ellos vivirá, primero en Baden-Baden y luego en París, y permanecerá soltero, sin separarse de ellos, hasta su muerte en 1883.

En sus primeros intentos literarios, Turguéniev contó con el apoyo del renombrado crítico ruso Bielinski. En 1847 publicó, bajo el título de *Khor y Kalinytch*, una parte de

las narraciones que, recogidas luego bajo el título común de *Apuntes de un cazador*, habrían de conquistarle una rápida fama. En ese libro, leído por todos, incluso por el mismo Zar, revela Turguéniev a sus contemporáneos, con arte delicado, pero firme y exento de todo sentimentalismo, cómo es la psicología del mujik, y hace nacer hacia el siervo ruso un interés y simpatía necesarios para dar el golpe de muerte a la servidumbre.

Rudin, Fausto, Asia, Nido de Nobles, A la víspera, Primer amor, son publicados antes que una gran novela, que señalará otra época en su producción por la tempestad que contra ella se levanta en Rusia: *Padres e Hijos (Otsí i dietí)*, es decir, la Rusia tradicional y conservadora, por un lado, y la juventud revolucionaria representada por el héroe Bazarov, por otro. En este último se encarna ese radical espíritu crítico en fermentación del revolucionario teórico, para el que Turguéniev crea el nombre de *nihilista*.

Su última gran obra es la titulada *Tierras vírgenes*; antes de ella publica *Humo, El Rey Lear de la Estepa y Aguas primaverales*. Los últimos años de su vida ven la aparición de otras obras, impregnadas de cierto misticismo, como *El canto del amor triunfante, Clara Militch y Poemas en prosa*, entre otras. Los salones de Madame Viardot le pusieron en contacto con todo el medio intelectual de París: se une en íntima amistad con Flaubert; es mirado como un maestro por Zola y Daudet y, en general, por toda la escuela naturalista; le traduce Mérimée; Renán y Taine hablan de su obra con grandes elogios.

Las obras de Turguéniev son generalmente cortas y escritas en un escogido estilo. Cuidadoso de la armonía, todo es en su labor proporcionado y bello; su delicada sensibilidad sabe encontrar siempre la expresión sobria y precisa. Su realismo está compensado por un gesto entusiasta y juvenil, que se abre paso a través de una psicología difícil y complicada; y el abatimiento que produce su concepción pesimista se desvanece con la ternura de sus ensueños amorosos. «Las estepas rusas —dice Daudet— han ensanchado los sentidos y el corazón de Turguéniev. Se hace uno bueno al escuchar la naturaleza, y los que la aman no se desinteresan de los hombres. De ahí esa dulzura compasiva, triste como el canto de un mujik, que solloza en el fondo de los libros del novelista ruso».

Es Turguéniev un incomparable observador de la psicología femenina. Sus retratos de mujer son imperecederos: en *Aguas primaverales*, María Nicolayevna, la perversa coqueta, tan sobria y bellamente dibujada, contrasta con la dulce y noble figura de Gemma, encarnación del amor puro y de las ingenuas horas de la juventud.

*«Años alegres, días felices,
habéis corrido rápido,
como aguas primaverales».*

(De un antiguo romance ruso)

Capítulo 1

A ESO DE LA UNA DE LA MADRUGADA regresó a su gabinete; despidió al criado, que había encendido los candelabros, y arrojándose sobre un sillón, junto a la chimenea, se cubrió el rostro con las manos.

Nunca había sentido un desfallecimiento corporal y moral semejante. Había pasado la noche en compañía de agradables damas y de hombres cultos. Algunas de las damas eran hermosas, y casi todos los hombres eran discretos e ingeniosos; él mismo había tenido algunos éxitos en la conversación, llegando a veces a estar brillante... Y, a pesar de todo, nunca se había apoderado de él, con tan incontrastable fuerza, aquel *tedium vitæ* del que hablaban los antiguos romanos.

De haber sido algo más joven, hubiera llorado de pena, de hastío e irritación; un amargor corrosivo y ardiente, como el del ajeno, le inundaba el alma. Se sentía rodeado por todas partes, como lo hace la oscuridad de una noche otoñal, de algo viscoso y agobiante, y no sabía cómo liberarse de aquella oscuridad y de aquel amargor.

Con el sueño no había que contar, porque estaba seguro de que no podría dormir. Entonces se entregó a cavilaciones tristes, lentas...

Pensó en lo vano, inútil, vulgar y falso de todas las cosas humanas. Todas las épocas de su vida desfilaron ante su mirada (acababa de cumplir cincuenta y dos años), y ni una sola halló piedad en él. En todas partes el mismo eterno trasiego de lo hueco a lo vacío, el mismo chapotear en el agua, la misma quimera medio ingenua, medio reflexiva.

«Hay que contentar al niño de cualquier modo, con tal de que no llore», y, de repente, como nieve que cae sobre nuestra cabeza, llega la vejez, y con ella el continuo temor creciente a la muerte, que todo lo devora y que todo lo roe... Y después, el salto en el abismo.

Y aun hemos de darnos por contentos si la vida transcurre así, pues antes de llegar al final sobrevienen, como el óxido al hierro, los achaques y los sufrimientos.

La vida no se le aparecía como ese mar lleno de olas tempestuosas que describen los poetas. No. Él imaginaba este mar, tranquilo, inmóvil y transparente, hasta en la más remota profundidad, y se veía balanceándose en una barquilla, y allá, en el fondo oscuro y fangoso, contemplaba, semejantes a peces enormes, unos monstruos vagamente perceptibles: las calamidades de la vida, las enfermedades, las penas, la demencia, la pobreza, la ceguera...

Alguna vez uno de los monstruos se destaca de aquel fondo, sube más y más alto y se hace al fin visible, cada vez con más horrible detalle... Un instante aún, y va a volcar su barquilla.

Pero el monstruo se aleja, vuelve a desvanecerse, de nuevo se sumerge en el fondo, y en él yace, moviéndose apenas... Al fin llegará el día en que el monstruo vuelque la barquilla.

Sacudió la cabeza, se levantó de un salto del sillón, dio un par de vueltas por la habitación, se sentó ante el escritorio y, abriendo uno tras otro los cajones, empezó a revolver los papeles, cartas antiguas, de mujeres en su mayor parte.

No sabía por qué hacía aquello, pues no buscaba cosa alguna. Lo único que se proponía era alejar, con cualquier ocupación, los pensamientos que le atormentaban.

Desdoblado al azar algunas cartas, encontró en una de ellas una florecilla seca, envuelta en una pequeña cinta descolorida, y se contentó con encogerse de hombros, mirar a la chimenea y poner las cartas a un lado, como preparándose a quemar todas aquellas inútiles vejeces.

Continuó registrando apresuradamente uno y otro cajón, hasta que, abriendo desmesuradamente los ojos, sacó despacio de uno de ellos una cajita, de forma octogonal y de diseño antiguo, y levantó suavemente la tapa. Dentro de la caja, entre dos capas de algodón amarillento, había una pequeña cruz de granates.

Durante unos instantes contempló, como aturdido, la crucecita, y, de repente, emitió un leve grito... Su fisonomía no manifestó pesar ni tampoco alegría, sino una expresión semejante a la de un hombre que, bruscamente, se encontrase con otro a quien profesase cariño y hubiese dejado de ver largo tiempo, y apareciera ahora de improviso, completamente cambiado por los años.

Se levantó, se acercó a la chimenea, volvió a sentarse en el sillón, y de nuevo se cubrió el rostro con las manos... «¿Por qué hoy? ¿Por qué hoy precisamente?», pensó, y acudieron de nuevo a su memoria cosas pasadas hacía mucho tiempo.

He aquí lo que recordó. Pero antes es preciso que digamos su nombre. Se llamaba Dimitri Pablovich Sanín.

He aquí, pues, lo que recordó:

Era en el verano de 1840. Sanín acababa de cumplir veintidós años, y se encontraba en Fráncfort, de regreso de Italia a Rusia.

Tenía una fortuna modesta, pero independiente, y carecía casi de familia. A la muerte de un pariente suyo lejano le habían correspondido unos miles de rublos, que decidió gastarse en el extranjero antes de entrar al servicio del Estado, sin cuya ayuda la vida independiente le era imposible.

Sanín realizó puntualmente su proyecto, y tal maña se dio, que el mismo día que llegó a Fráncfort se encontró exactamente con el dinero preciso para volver a San Petersburgo. En 1840 no abundaba la vía ferroviaria, y los señores turistas viajaban en diligencia. Tomó, pues, Sanín su billete, pero como el coche no salía hasta las once de la noche, le sobraba aún mucho tiempo.

Por fortuna, el tiempo era magnífico, y después de almorzar en el entonces célebre hotel del «Cisne Blanco», se fue a pasear por la ciudad, a ver la *Ariadna* de Dannecker, que no le gustó gran cosa; visitó la casa de Goethe, de cuyas obras, a decir verdad, había leído solo el *Werther*, y en francés; paseó por la orilla del Main, aburriéndose como corresponde a un viajero concienzudo; y finalmente, a las seis de la tarde, cansado y con los zapatos llenos de polvo, se encontró en una de las más insignificantes calles de Fráncfort, que durante mucho tiempo ya no podría olvidar.

En una de las casas, no muy numerosas, de dicha calle, descubrió un rótulo que decía: “Confitería Italiana de Giovanni Roselli”, y en ella entró para beberse un vaso de limonada.

En la primera habitación, detrás de un modesto mostrador, y sobre las estanterías de una alacena pintada que recordaba a la de las boticas, se alineaban unas cuantas botellas con etiquetas doradas, y otros tantos frascos de cristal con dulces, pastillas de chocolate y caramelos. No había un alma; solo un gato color ceniza roncaba haciendo guiños y amasando con las patitas, como suelen hacer los gatos, el asiento de paja de una silla alta, colocada junto a la ventana; brillando, herido por los rayos del sol de la tarde, yacía en el suelo, junto a una cestilla de madera labrada, un grueso ovillo de lana roja.

En la pieza inmediata se escuchaba un rumor confuso. Sanín se detuvo, y después de esperar a que la campanilla de la puerta concluyese su tintineo, dijo, levantando la voz:

—¿No hay aquí nadie?

Al instante se abrió la puerta de la habitación inmediata... y Sanín se llenó de asombro.

Capítulo 2

PENETRÓ EN LA CONFITERÍA, REPENTINA Y RÁPIDAMENTE, una muchacha de unos diecinueve años, con los cabellos oscuros flotando sobre los hombros desnudos, y con los brazos, también desnudos, extendidos delante de sí. Al ver a Sanín se lanzó hacia él, le cogió una mano y trató de arrastrarlo consigo, diciendo al mismo tiempo, con voz entrecortada:

—¡Pronto, pronto, venga usted!

Sanín no siguió inmediatamente a la joven. Y no porque no quisiera obedecerla, sino porque el asombro lo había dejado clavado en donde se encontraba: en su vida había visto belleza semejante.

La joven se volvió hacia él y exclamó:

—¡Venga usted, venga usted!

Había tal desesperación en su voz, en su mirada, en el movimiento de sus manos, con las que apretaba sus palidecidas mejillas, que Sanín se precipitó inmediatamente tras ella por la puerta que había quedado abierta.

En la habitación a la que accedió siguiendo a la muchacha, sobre un diván de crin de caballo, pasado de moda, yacía, pálido, muy pálido, con manchas amarillentas como la cera, o como el mármol antiguo, un chico de unos catorce años, extraordinariamente parecido a la doncella, de quien evidentemente era hermano.

Tenía los ojos cerrados. La sombra de su espeso cabello negro caía como una mancha sobre su frente, que parecía de piedra, y sobre sus finas cejas inmóviles; entre los labios lívidos se percibían los dientes apretados.

Parecía que no respiraba; uno de los brazos, colgando, tocaba en el suelo, y el otro lo tenía bajo la cabeza. Su ropa estaba completamente abrochada y la corbata le oprimía el cuello.

Lanzando un grito, la joven se arrojó sobre él, sollozando:

—¡Está muerto, está muerto! ¡Ahora mismo estaba sentado ahí, hablando conmigo, y de repente se ha caído y se ha quedado inmóvil!... ¡Dios mío! ¿No hay modo de

ayudarle? ¡Y mamá, que no está aquí!... ¡Pantaleone! ¡Pantaleone! ¡Y el doctor? —añadió de repente, en italiano—. ¿Has ido a buscar al doctor?

—*Signora*, no he ido, he enviado a Luisa —contestó una voz ronca detrás de la puerta. Balanceándose sobre sus piernas torcidas, hizo su entrada en la habitación un viejo de baja estatura, vestido de frac color lila, con botones negros, corbata blanca muy subida, pantalones cortos de nanquín^[1] y medias azules de lana.

Su cara menuda desaparecía completamente bajo la espesa mata de sus cabellos, grises como el acero. Aquellos cabellos, que se erizaban rígidos hacia arriba para caer en mechones deshechos, le hacían parecerse a una gallina moñuda, más aún cuando, bajo aquella maraña gris oscura, solo era posible percibir una nariz puntiaguda y unos ojos amarillos y redondos.

—Luisa puede correr y yo no —agregó el viejo en italiano, levantando alternativamente los pies planos invadidos por la podagra, calzados con borcegués altos—. Pero he traído agua. —Y enseñó una botella, cuyo largo cuello oprimía entre sus dedos secos y nudosos.

—¡Pero, entretanto, se muere Emilio! —exclamó la joven, tendiendo hacia Sanín las manos—. ¡Por Dios, señor! *O mein Herr!* ¿No puede usted hacer nada por él?

—Es preciso darle una sangría: es una congestión —observó el anciano que respondía al nombre de Pantaleone.

Aunque Sanín no tenía la más pequeña idea de medicina, estaba, sin embargo, persuadido de que a los chicos de catorce años no les dan ataques de apoplejía.

—Es un desmayo, no una congestión —dijo, dirigiéndose a Pantaleone—. ¿Tiene usted cepillos?

Levantó el viejo su carita y preguntó:

—¿Cómo?

—¡Cepillos!, ¡cepillos! —repitió Sanín en alemán y en francés, haciendo ademán de cepillarse la ropa—. ¡Cepillos!

El vejete comprendió por fin.

—¡Ah, cepillos! *Spazzette!* ¡Cómo no he de tener!

—Tráigalos aquí. Vamos a quitarle la chaqueta y a darle friegas.

—Muy bien..., *benone*. ¿Y no hay que echarle agua por la cabeza?

—No... Después. Ahora corra usted a buscar los cepillos.

Dejando la botella en el suelo, salió a escape Pantaleone y regresó en el acto con dos cepillos, uno de pelo y otro de ropa, y acompañado de un perro de aguas que meneaba

enérgicamente la cola y que empezó a mirar con curiosidad al viejo, a la muchacha y hasta a Sanín, como deseando saber qué significaba todo aquel bullicio.

Despojó Sanín rápidamente al muchacho de su chaqueta, le desabrochó el cuello, le remangó la camisa por los brazos, y empuñando el cepillo, comenzó a frotarle con todas sus fuerzas los brazos y el pecho. Con igual celo se puso Pantaleone a frotarle con el otro cepillo —el de pelo— las botas y los pantalones.

La joven se había arrodillado, y cogiendo la cabeza de su hermano con ambas manos, sin mover los párpados, clavaba su mirada en el rostro del enfermo.

Sin dejar de frotar, Sanín la contemplaba de reojo.

—¡Dios mío, qué mujer tan hermosa! —pensaba.

Capítulo 3

LA JOVEN TENÍA LA NARIZ ALGO GRANDE, pero de una bonita forma aguileña; el labio superior estaba apenas sombreado por un tenue bozo; el color del rostro, de un mate uniforme, de una palidez marfileña o ambarina, y la ondulada mata de sus cabellos, la hacían semejar a la *Judith* de Allori, que hay en el palacio Pitti. Los ojos especialmente, de un gris oscuro, rodeados de un círculo negro, eran magníficos y triunfantes, aun en aquel momento en que el espanto y el dolor menguaban su brillo...

Sanín recordó involuntariamente el maravilloso país de donde regresaba... Pero ni siquiera en Italia había encontrado nada parecido.

La respiración de la joven era contenida y desigual; parecía como si, a cada instante, aguardara a que su hermano empezase a respirar.

Sanín continuó sus fricciones, sin dejar de mirar a la joven. Pero no a ella solamente, sino también a la original figura de Pantaleone, que le llamaba la atención.

El viejo estaba sin fuerza, como ahogándose. A cada movimiento del cepillo daba un saltito y exhalaba un gemido ronco, y sus enormes mechones de pelo, empapados de sudor, se balanceaban pesadamente de un lado a otro, como las ramas de una planta voluminosa mojada por la lluvia.

«Quítele por lo menos los zapatos», quiso decirle Sanín... pero en aquel momento el perro de aguas, excitado probablemente por tan extraordinarios acontecimientos, se agachó de repente sobre las patas delanteras y se puso a ladrar.

—Tartaglia, *canaglia!* —refunfuñó el viejo.

Pero, en este momento, el rostro de la joven se transfiguró; arqueó las cejas, y sus ojos, haciéndose todavía más grandes, resplandecieron de alegría...

Sanín la miró... La cara del jovencito se había coloreado ligeramente, movía los párpados... y le temblaban las alas de la nariz. Aspiró el aire entre los dientes, todavía muy apretados, y suspiró.

—¡Emilio! ¡Emilio mío! —exclamó la joven.

Abrió Emilio sus grandes ojos negros, que, aunque miraban con vaguedad, sonreían ya débilmente. La misma sonrisa dilató sus labios pálidos; después agitó el brazo, y se lo llevó al pecho en un solo movimiento.

—¡Emilio! —repitió la joven, levantándose.

La expresión de su rostro era tan fuerte y tan viva, que parecía que iba a romper a llorar o a prorrumpir en una carcajada.

—¡Emilio! ¿Qué pasa? ¡Emilio! —se oyó gritar detrás de la puerta. E inmediatamente penetró en la habitación, con pasos precipitados, una señora vestida con pulcritud, morena y de cabello plateado. Detrás de ella apareció un hombre de cierta edad, y por encima de su hombro la cabeza de una criada.

La joven corrió al encuentro de la señora, y abrazándola temblorosa, exclamó:

—¡Está salvado, mamá!

—Pero, ¿qué ha pasado? —repitió la señora—. Al volver a casa me encontré al doctor y a Luisa...

Empezó la muchacha a contar lo ocurrido, y mientras tanto el doctor se acercó al enfermo, que cada vez iba reponiéndose más y continuaba sonriendo, aunque parecía sentir una cierta vergüenza por la alarma que había motivado.

—Veo —dijo el doctor, dirigiéndose a Sanín y a Pantaleone— que lo han frotado ustedes con los cepillos; pues han hecho muy bien... ha sido una magnífica idea. Vamos a ver ahora qué remedio necesita...

Tomó el pulso al joven y le hizo enseñar la lengua.

La señora se inclinó solícitamente hacia el chico, que sonrió ya con más libertad y, levantando hacia ella los ojos, se puso colorado...

Sanín consideró que ya estaba allí de más, y pasó a la tienda. Aún no había puesto la mano en el pestillo de la puerta de la calle, cuando se presentó de nuevo la joven y lo detuvo.

—¿Se va usted? —dijo, mirándole cariñosamente—. No quiero detenerle; pero debiera usted volver a vernos esta noche sin falta: le estamos tan obligados, porque quizás ha salvado a mi hermano, que quisiéramos darle las gracias... Mamá desea expresarle su gratitud. Haga usted el favor de decirnos quién es y de venir a compartir nuestra alegría...

—¡Pero es que me marcho hoy mismo a Berlín! —balbució Sanín.

—Tiene usted tiempo —añadió con viveza la joven—. Venga usted dentro de una hora y tomará una taza de chocolate. ¿Me lo promete? Ahora tengo que volver al lado

de mi hermano. ¿Vendrá usted?

¿Qué le quedaba por hacer a Sanín?

—Vendré —respondió.

La muchacha le estrechó la mano con un movimiento rápido, se retiró corriendo, y Sanín se encontró en la calle.

Capítulo 4

CUANDO HORA Y MEDIA DESPUÉS VOLVIÓ a la confitería de Roselli, lo recibieron como si fuese de la familia.

Emilio estaba sentado en el mismo diván en donde le habían dado las fricciones. El doctor le había recetado una medicina y recomendado «mucho cuidado con las emociones fuertes», puesto que tenía un temperamento muy nervioso que lo predisponía a las enfermedades del corazón.

Había sufrido ya anteriormente otros síncope, pero ninguno había sido tan fuerte ni duradero. Declaró el doctor, además, que ya había pasado todo el peligro.

Emilio estaba envuelto, según conviene a un convaleciente, en una bata amplia; su madre le había puesto alrededor del cuello una bufanda de lana azul; pero su expresión era alegre y casi como de fiesta: todo cuanto le rodeaba tenía igualmente aspecto de alegría.

Delante del diván, en un velador cubierto con un mantel limpio, se erguía una enorme cafetera de porcelana, llena de oloroso chocolate, rodeada de tazas, botellas con jarabes, platos de bizcochos y bollos, y hasta flores; en dos candelabros antiguos de plata ardían seis finas velas de cera; a un lado del diván, un sillón de los llamados de Voltaire parecía tender sus brazos ofreciendo su asiento confortable, y en él tuvo que instalarse Sanín.

Todos los habitantes de la confitería a quienes había conocido aquel mismo día se hallaban allí presentes, sin exceptuar el perro de aguas Tartaglia, y la gata; todos parecían muy contentos, el perro estornudaba de alegría, y únicamente el gato continuaba como antes, ronroneando y haciendo guiños.

Sanín tuvo que decir quién era, dónde había nacido, de dónde venía y cómo se llamaba; al declarar que era ruso, las dos mujeres se admiraron no poco y hasta lanzaron una exclamación de asombro, añadiendo a un tiempo que pronunciaba divinamente el alemán; pero le indicaron que, si le era más cómodo expresarse en

francés, podía emplear esta lengua, porque ambas la comprendían y la hablaban perfectamente.

«¡Sanín! ¡Sanín!». Nunca habían esperado aquellas señoras que un apellido ruso pudiese pronunciarse con tal facilidad. Su nombre, «Dimitri», también les gustó mucho. La señora mayor explicó que en su juventud había oído una ópera muy bonita, titulada *Demetrio e Polibio*, pero que «Dimitri» era mucho mejor que Demetrio.

De este modo estuvo conversando Sanín cerca de una hora. Por su parte las señoras le contaron con detalle todas las particularidades de su vida.

Quien más hablaba era la madre, la dama de los cabellos plateados. Sanín supo por ella que se llamaba Leonora Roselli, que había quedado viuda de Giovanni Battista Roselli, el cual, veinticinco años atrás, se había establecido en Fráncfort de confitero; que Giovanni Battista había nacido en Vicenza, que era muy bueno, aunque algo violento, reñidor, y, por ende, republicano.

Diciendo esto, la señora Roselli señalaba con el dedo un retrato al óleo colgado sobre el diván. «Hay que suponer que el pintor era también republicano —añadió la señora de Roselli, dando un suspiro— pues no ha podido cogerle completamente el parecido». En el retrato, el difunto Giovanni Battista parecía un bandolero sombrío y cruel, por el estilo de Rinaldo Rinaldini.

La propia señora Roselli era natural de la «antigua y magnífica ciudad de Parma, en donde se encuentra la preciosa cúpula, pintada por el inmortal Correggio». Pero su larga permanencia en Alemania la había convertido por completo en una alemana.

Después añadió, moviendo tristemente la cabeza, que no le quedaban más que aquella hija y aquel hijo (y se los señaló sucesivamente con el dedo); que la hija se llamaba Gemma y el hijo Emilio, que ambos eran muy buenos y obedientes, Emilio especialmente...

—¿Yo no soy obediente? —interrumpió la hija.

—¡Oh, tú también eres republicana! —respondió la madre.

Concluyó diciendo que, aunque gracias al cielo, todavía podían vivir, los negocios naturalmente iban peor que en vida del marido, un gran maestro en el ramo de confitería...

«*Un grand'uomo!*», subrayó con seriedad Pantaleone.

Capítulo 5

GEMMA ESCUCHABA A SU MADRE, Y TAN PRONTO se reía como suspiraba, o la acariciaba, pasándole la mano por el hombro, o la amenazaba con un dedo, o miraba a Sanín; por fin se levantó y abrazó y besó a su madre en el cuello, haciéndola reír y hasta dar un grito...

También Pantaleone fue presentado a Sanín. Resultó que había hecho en algún tiempo, como cantante de ópera, los papeles de barítono; pero hacía mucho que había abandonado su carrera teatral, ocupando en la familia Roselli un puesto que era un término medio entre amigo de la casa y criado. A pesar de su larga estancia en Alemania, había aprendido muy mal el idioma y solo sabía insultar, destrozando sin piedad hasta las mismas palabras injuriosas.

De casi todos los alemanes decía que eran *ferroflukto spizzebubbio* (con cuyos sonidos quería representar las palabras alemanas *verfluchter Spitzbubi*, “maldito canalla”). El italiano, en cambio, lo hablaba a la perfección, pues había nacido en Sinigaglia, en donde se oye la *lingua toscana in bocca romana*.

Emilio, mimoso, se entregaba a las agradables impresiones de un convaleciente o de un hombre que acaba de evitar un peligro; aparte esto, era fácil observar que todos los de la familia le bailaban el agua. Dio las gracias tímidamente a Sanín, y después se ocupó solo del jarabe y de los confites.

Sanín tuvo que tomar dos tazones de magnífico chocolate y comerse una considerable cantidad de bizcochos, pues en cuanto tragaba uno, ya estaba Gemma ofreciéndole otro, y no había manera de negarse.

Al poco rato se encontró ya como en su casa, y el tiempo voló con increíble rapidez.

Tuvo que contar muchas cosas acerca de Rusia en general, del clima, de los mujiks, y, especialmente, de los cosacos; habló de la guerra de 1812, de Pedro el Grande, del Kremlin, de los cantos rusos y de las campanas.

Ambas mujeres tenían muy vaga idea de nuestro inmenso y lejano país; la señora Roselli, o como le llamaban a menudo, Frau Lenore, dejó desconcertado a Sanín con

la siguiente pregunta: «¿Existe todavía en San Petersburgo la célebre casa de hielo, construida en el siglo pasado, sobre la cual he leído un artículo muy curioso en uno de los libros de mi difunto esposo, titulado *Bellezze delle arti?*».

Y al contestarle Sanín: «¿Pero se figura usted que en Rusia nunca hay verano?», explicó Frau Lenore cómo imaginaba Rusia: nieves perpetuas, todos envueltos en gabanes de pieles —y todos militares—, pero de una hospitalidad exagerada y con aldeanos muy obedientes.

Sanín trató de proporcionarles, a ella y a su hija, datos más precisos. Cuando la conversación recayó sobre la música, inmediatamente le pidieron que cantase cualquier aria y le señalaron un piano pequeñito, con teclas de colores invertidos: las de relieve, blancas, y las demás negras, colocado en un ángulo de la estancia. Obedeció sin hacerse rogar, y acompañándose con dos dedos de la mano derecha y tres de la izquierda (el pulgar, el medio y el meñique), cantó con fina voz nasal de tenor, primero *Sarafán*, y después *Po ulitse mostovóy*.

Las señoras elogiaron su voz y la música, pero lo que más las admiró fue la dulzura y la sonoridad de la lengua rusa, y le rogaron que tradujese la letra. Sanín cumplió sus deseos; pero como la letra del *Sarafán* y especialmente la de *Po ulitse mostovóy* («Por una calle empedrada, iba por agua una moza» —que así fue como tradujo el título—), no podía dar a sus oyentes una alta idea de la poesía rusa, declamó primero, después tradujo, y, por último, cantó el poema de Puchkín: *Ya pomñiu chudnoye mgnovienie* («Recuerdo el precioso instante»), al que puso música Glinka, cuyas estrofas, en tono menor, estropeó ligeramente.

Aquí las damas cayeron en éxtasis, llegando Frau Lenore a descubrir en la lengua rusa un maravilloso parecido con la italiana: «*Mgnovienie*», «*o, vieni*», «*so mnoy*», «*siam noi*», y así sucesivamente. Hasta los nombres de Puchkín que pronunciaba Puskin, y de Glinka, le sonaban a cosa familiar.

A su vez Sanín rogó a las damas que cantasen algo, y tampoco se hicieron rogar. Frau Lenore se sentó al piano y cantó con Gemma algunos dúos y «stornelli». La madre debió de haber tenido en algún tiempo buena voz de contralto; la de la hija, aunque algo débil, era, sin embargo, agradable.

Capítulo 6

LO QUE ADMIRABA A SANÍN NO ERA TANTO la voz de la muchacha cuanto la muchacha misma.

Estaba sentado un poco al lado y detrás de ella, y pensaba para sus adentros que ninguna palmera, ni aun en los versos de Benedictof, que era entonces el poeta de moda, podía rivalizar en elegancia con su talle.

Cuando en los pasajes expresivos levantaba los ojos, le parecía que no podía haber cielos que no se abriesen ante aquella mirada.

Hasta el viejo Pantaleone que, apoyado contra el marco de la puerta y haciendo desaparecer la barbilla y la boca tras la inmensidad de su corbata, escuchaba gravemente y con aire de inteligente, admiraba también el hermoso rostro de la joven y parecía maravillado, aun cuando debiera estar acostumbrado a verla.

Concluidos los dúos que cantó con su hija, advirtió Frau Lenore que Emilio tenía una voz magnífica que parecía de plata, pero que ahora se hallaba en la edad del desarrollo, esa edad en que la voz cambia (efectivamente, hablaba con una voz de bajo que se quebraba con frecuencia), y que por esta causa le estaba prohibido cantar; pero que, en cambio, Pantaleone podía, en honor al huésped, dar rienda suelta a su voz.

Inmediatamente Pantaleone tomó un aspecto huraño, frunció el ceño, se le alborotaron los cabellos y declaró que hacía mucho tiempo que había renunciado a eso; que, efectivamente, en su juventud supo defenderse, pues perteneció a aquella gran época en que existían verdaderos cantantes clásicos, no esa turba de actuales vociferadores, y una verdadera escuela de canto; que él mismo, Pantaleone Cippatola de Varese, recibió una vez en Módena una corona de laurel, y que en dicha ocasión llegaron a soltar palomas blancas en el teatro; que el príncipe ruso Tarbusky —*il principe Tarbusky*—, con quien le unía íntima amistad, después de cenar, solía invitarle constantemente a ir a Rusia, prometiéndole montañas de oro, ¡montañas!...; pero él no había querido dejar a Italia, la tierra del Dante, *il paese del Dante!*

Después, naturalmente, sobrevinieron circunstancias desgraciadas; él mismo había tenido poca previsión...

Aquí el viejo se interrumpió, suspiró profundamente dos veces, bajó la cabeza y se puso de nuevo a hablar de la época clásica del canto y del célebre tenor García, por quien experimentaba una respetuosa y desmedida admiración.

«¡Qué hombre aquel! —exclamó—. Jamás *il gran García* se había rebajado a cantar de falsete como los actuales tenorinos. ¡Voz de pecho nada más! *Di petto, si!*». Y al decir esto el vejete se golpeó reciamente la pechera con sus puños menudos y secos.

«¿Cómo que actor? ¡Un volcán, *signori miei*, un Vesubio! Yo tuve el honor y la dicha de cantar con él el *Otello, dell'illustrissimo* maestro Rossini. Él hacía de Otelo, yo de Yago, y cuando llegó aquella frase...»

Aquí Pantaleone tomó una postura trágica y empezó a cantar con voz temblorosa y ronca, pero todavía patética:

*L'i... ra daver... so daver
Io più no... no... no... non temeró.*

«El teatro se vino abajo, *signori miei*, pero yo no me quedé atrás, y enseguida contesté:

*L'i... ra daver... so il fato
Temèr più non dovro!*

Y luego, de repente, como un rayo..., como un tigre, decía:

Morro... ma vendicato...

Y ahora vean cuando cantaba... cuando cantaba la célebre aria del *Matrimonio segreto*:

Pria che spunti l'alba...,

entonces *il gran García*, después de las palabras

I cavalli di galoppo...

seguía con estas otras:

Senza posa cacciare...

Fíjense ustedes qué magnífica fermata *com'è stupendo...* Aquí hacía...». El viejo empezó una floritura extraordinaria, y al llegar a la décima nota se embarulló, tosió, manoteó, se volvió y refunfuñó:

— ¿Para qué me atormentan ustedes?...

Gemma se levantó de la silla de un salto, y batiendo con fuerza las manos gritó: «¡Bravo!, ¡bravo!», corriendo hacia el pobre Yago, retirado, sobre cuyos hombros dio unos golpecitos cariñosos.

Únicamente Emilio se reía sin compasión. *Cet âge est sans pitié*, dijo La Fontaine.

Trató Sanín de consolar al arruinado cantante, y se puso a charlar con él en italiano, lengua que había aprendido superficialmente durante su último viaje, y le habló del *paese del Dante, dove il si suona*. Esta frase, con *Lasciate ogni speranza*, constituía todo el bagaje poético italiano del joven turista.

Pero Pantaleone no correspondió a aquella atención. Hundiendo más hondo que nunca la barbilla en la corbata, y abriendo malhumorado los ojos, volvió a parecerse otra vez a un ave, y hasta a un ave encolerizada, a un cuervo o a un milano.

Entonces Emilio, con un repentino y ligero rubor, como es frecuente en los niños mimados, se volvió a su hermana y le dijo que si deseaba distraer al visitante no podía hacer nada mejor que leerle una de las comedias de Maltz, que sabía leer tan bien.

Gemma se echó a reír, dio a su hermano un golpecito en la mano y exclamó: «Siempre se te ocurre lo mismo». Sin embargo, entró inmediatamente en su habitación, de donde regresó trayendo un libro no muy grande; se sentó a la mesa delante de la lámpara, miró alrededor, levantó un dedo para imponer silencio con un ademán netamente italiano, y comenzó la lectura.

Capítulo 7

MALTZ ERA UNO DE LOS LITERATOS DE FRÁNCFORT del período de 1830. Sus comedias cortas y de sencilla factura, escritas en dialecto vulgar, describían de manera burlesca y atrevida, aunque con un humorismo no muy profundo, los tipos del país.

Resultó que Gemma leía muy bien y al modo de un actor. Matizaba los personajes y sostenía perfectamente su carácter, poniendo en acción sus dotes de mímica, heredadas con su sangre italiana. Aportando su voz suave y su hermoso rostro, cuando era necesario representar una vieja chocha o un burgomaestre estúpido, hacía las muecas más graciosas, engurruñaba los ojos, arrugaba la nariz, carraspeaba, chillaba y todo lo demás.

Mientras leía, no se reía nunca. Pero cuando los oyentes —a excepción de Pantaleone, que se apresuraba a alejarse malhumorado en cuanto se hablaba de *quel ferroflukto tedesco*— la interrumpían con una carcajada amistosa, ella, dejando caer el libro en las rodillas, se reía también ruidosamente, echando atrás la cabeza, en tanto que sus negros rizos flotaban en blandos tirabuzones sobre su cuello y sobre sus hombros, sacudidos por la carcajada.

En cuanto terminaba de reír volvía a coger el libro, y emprendía la lectura, dando a sus facciones la expresión conveniente.

Sanín no se cansaba de admirarla, y había una cosa que especialmente le maravillaba: por qué extraño misterio aquel rostro, de tan ideal belleza, era capaz de tomar de repente una expresión cómica unas veces, y otras una expresión completamente vulgar.

De modo menos satisfactorio leía Gemma los papeles de personajes femeninos jóvenes, es decir, de lo que se llama damas jóvenes; las escenas de amor, principalmente, no se le daban bien; y como se daba cuenta de ello, las hacía con un cierto matiz de ironía, como si no creyese en todos aquellos juramentos solemnes y palabras afectadas, de las cuales el mismo autor, por cierto, se abstenía lo más posible.

Sanín no advirtió cómo volaba el tiempo, y solo recordó el viaje que tenía que hacer cuando el reloj marcó las diez; entonces pegó un brinco en la silla, como si lo hubieran pinchado.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Frau Lenore.

—Que tenía que salir hoy para Berlín y había tomado ya el asiento de la diligencia.

—¿Y a qué hora sale la diligencia?

—A las diez y media.

—Entonces ya no tiene usted tiempo —observó Gemma—. Quédese usted... y seguiré leyendo.

—¿Había usted pagado el billete entero, o dio solo una señal? —preguntó con curiosidad Frau Lenore.

—¡Entero! —exclamó Sanín con acento dolorido.

Gemma le miró, entornó los ojos y se echó a reír; lo que motivó que su madre la reprendiese, diciendo:

—¡Cómo! ¡Este caballero ha perdido su dinero y tú te ríes!

—¡Bah! —respondió Gemma—, eso no lo arruina, y ya lo consolaremos nosotros. ¿Quiere usted un poco de limonada?

Sanín bebió un vaso, Gemma volvió a su lectura de Maltz y todo continuó como sobre ruedas.

Dio el reloj las doce, y Sanín empezó a despedirse.

—Ahora tiene usted que quedarse algunos días en Fráncfort —dijo Gemma—. ¿Para qué darse prisa? Ciudad más alegre que esta no la hay.

Calló un momento y añadió sonriendo:

—En realidad no la hay.

Sanín no contestó y pensó que su billetera vacía le obligaba por fuerza a permanecer en Fráncfort, mientras no recibiese contestación de un amigo de Berlín, a quien había pensado dirigirse pidiéndole dinero.

—Quédese usted, quedese usted —insistió Frau Lenore, también—. Conocerá usted al novio de Gemma, Carlos Klüber. Hoy no ha podido venir porque está muy ocupado en su almacén... Tal vez habrá usted visto en la Zeile un gran almacén de paños y tejidos de seda. Pues está allí de encargado, y tendrá mucho gusto en saludarle a usted.

Esta noticia —sabe Dios por qué— contrarió un poco a Sanín. Y mirando a Gemma, pensó: «¡Vaya un novio con suerte!». Le pareció observar en los ojos de la joven una expresión de burla.

Volvió de nuevo a despedirse, y Frau Lenore le interrumpió con la siguiente pregunta:

—¿Hasta mañana, verdad? ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana —dijo Gemma, no interrogativamente, sino con tono afirmativo, como si no pudiese ocurrir de otro modo.

—¡Hasta mañana! —contestó Sanín.

Emilio, Pantaleone y el perro Tartaglia le acompañaron hasta la esquina. Pantaleone no pudo dejar de expresar su disgusto por la manera como había leído Gemma.

—¿Cómo no le da vergüenza hacer muecas, chillar? ¡*Una caricatura!* Debía haber representado a Merope o a Clitemnestra, algo grande, trágico, y solo se le ocurre imitar a una alemanota cualquiera. Eso también lo sé hacer yo... *mertz, kertz, spertz* —añadió con voz ronca, adelantando la barba y separando los dedos.

Tartaglia le ladró, y Emilio soltó la carcajada.

El viejo volvió bruscamente la espalda.

Regresó Sanín al hotel del Cisne Blanco (en cuya sala de espera había dejado su equipaje), en un estado de ánimo bastante confuso. Todavía le resonaba en los oídos toda aquella charla germano-franco-italiana.

—¡Tiene novio! —murmuró después de meterse en la cama, en la modesta habitación que había reservado—. ¡Y qué bonita es! Pero, ¿por qué me habré quedado?

Sin embargo, al día siguiente envió una carta a su amigo de Berlín.

Capítulo 8

NO SE HABÍA VESTIDO TODAVÍA, CUANDO EL CAMARERO le anunció la llegada de dos señores: uno de ellos resultó ser Emilio; el otro, joven y buen mozo, de facciones muy regulares, era Herr Karl Klüber, el novio de Gemma.

Era forzoso, suponer que, por aquel entonces, no existía en ningún establecimiento de Fráncfort un encargado tan cortés, tan amable, tan serio y tan bien educado como parecía serlo Herr Klüber.

Lo irreprochable de su manera de vestir encajaba con la dignidad de su apostura y con la elegancia, a decir verdad, un poco entonada, a la inglesa (había pasado dos años en Inglaterra), elegancia entonada, decimos, pero agradable de sus maneras.

A primera vista se percibía claramente que aquel buen mozo, serio, bien educado y exquisito, era hombre acostumbrado a obedecer a sus superiores y mandar a sus subordinados, y que detrás del mostrador de su tienda tenía que inspirar estima hasta a los parroquianos.

Acerca de su inmaculada honradez no podía haber la menor duda: bastaba ver su ajustado cuello almidonado. Su voz resultaba ser exactamente la esperada: llena y grave, propia del hombre que tiene confianza en sí mismo, no demasiado fuerte y hasta con cierto timbre dulce, muy a propósito para dar a los dependientes órdenes del estilo de «saque usted aquella pieza de terciopelo de Lyon», u «ofrezca usted una silla a esta señora».

Herr Klüber empezó por presentar sus cumplimientos, y con tal elegancia inclinó el busto, con tanta gracia movió los pies para hacer chocar un tacón con el otro, que inevitablemente tenía uno que pensar: «La ropa blanca y las cualidades de espíritu de este joven son de primera calidad».

La forma de la mano derecha, desenguantada —con la izquierda, que conservaba puesto el guante de piel de Suecia, sujetaba el sombrero, reluciente como un espejo, y que contenía en el fondo el otro guante—, la forma de aquella mano derecha que

tendió a Sanín con ademán modesto, pero resuelto, superaba a todo cuanto uno pudiera imaginarse: cada una de las uñas era, en su clase, la propia perfección.

Después explicó, en un alemán escogido, que deseaba manifestar su gratitud y reconocimiento al caballero extranjero que había prestado tan importante servicio a su futuro pariente, el hermano de su novia; y al decir esto, extendió la mano izquierda, en que tenía el sombrero, en dirección a Emilio, el cual, lleno de confusión, se volvió hacia la ventana metiéndose un dedo en la boca.

Añadió Herr Klüber que se consideraría feliz si, por su parte, pudiese hacer algo que fuese de utilidad para el señor extranjero.

Sanín contestó, también en alemán y no sin alguna dificultad, que tenía mucho gusto..., que su servicio carecía de importancia..., y rogó a los visitantes que tomaran asiento.

Herr Klüber dio las gracias, y separando rápidamente los faldones de la levita, se sentó en una silla; pero lo hizo tan ligeramente y permaneció en ella en tan incómoda postura, que no había más remedio que pensar: «Este hombre se ha sentado por cortesía y se va a levantar enseguida».

Y, efectivamente, casi enseguida se levantó, y dando tímidamente dos pasos hacia adelante, como en una figura de baile, declaró que, con gran pesar suyo, no podía continuar más tiempo, porque tenía prisa de ir a su tienda. ¡Los negocios antes que todo! Pero como el día siguiente era domingo, de acuerdo con Frau Lenore y Fräulein Gemma, había organizado una excursión de placer a Soden, a la cual tenía el honor de convidar al señor extranjero, abrigando la esperanza de que no rehusaría realzarla con su presencia.

Sanín «no rehusó realzarla»; Herr Klüber volvió a hacer nuevos cumplidos, y salió haciendo arrancar agradables reflejos a sus pantalones del más tierno color garbanzo, y no menos agradables crujidos a las suelas de sus botas.

Capítulo 9

EMILIO, QUE HABÍA CONTINUADO DE CARA A LA VENTANA, aun después de la invitación de Sanín para que se sentara, dio media vuelta a la izquierda, en cuanto su futuro cuñado salió, y haciendo un gesto infantil y poniéndose colorado, preguntó a Sanín si podía quedarse un poco más.

—Hoy estoy mucho mejor —añadió—, pero el doctor me ha prohibido trabajar.

—¡Quédese usted! ¡No me estorba nada! —exclamó apresuradamente Sanín, que, como todo verdadero ruso, se alegraba de aceptar la primera invitación que se le hiciera, con tal de que no le impusiese la necesidad de hacer por su parte alguna cosa.

Emilio le dio las gracias, y al poco tiempo ya había tomado posesión por completo de Sanín y de su habitación; examinó todas sus cosas, preguntando por casi todas ellas: «¿Dónde la ha comprado usted? ¿Y cuánto le ha costado?». Le ayudó a afeitarse, con cuyo motivo expuso que debía dejarse crecer el bigote; finalmente, le contó muchos pormenores acerca de su madre, de su hermana, hasta de Tartaglia, y de cómo vivían.

Toda su timidez había desaparecido, y, de repente, sintió un extraordinario afecto por Sanín, no porque la víspera le hubiese salvado la vida, sino porque... ¡era tan simpático!

Tampoco tardó mucho en hacerle confidente de todos sus secretos, y, acaloradamente, insistió en que su mamá quería hacerlo a toda costa comerciante, cuando él *sabía*, y lo sabía con certeza, que había nacido para artista, músico o cantante; que el teatro era su verdadera vocación; que hasta Pantaleone lo animaba, pero que Herr Klüber apoyaba a su madre, sobre la cual tenía una gran influencia; que la idea misma de hacer de él un comerciante había sido del propio Herr Klüber, en cuya opinión no hay nada en el mundo comparable con la profesión mercantil. Vender paño y terciopelo y engañar al público sacándole *Narren oder Russem Preise* —precios para tontos o para rusos—, he ahí su ideal^[2].

—Bueno, ya es hora de irnos a casa —exclamó, en cuanto Sanín hubo terminado su *toilette* y escrito su carta a Berlín.

—Todavía es temprano —observó Sanín.

—No importa —replicó Emilio con zalamería—. Vámonos. Iremos a correos, y de allí a casa. ¡Gemma se va a alegrar tanto! Almorzará usted con nosotros... Puede usted hablarle algo a mamá acerca de mí y de mi carrera...

—Vámonos, pues —dijo Sanín. Y se fueron juntos.

Capítulo 10

GEMMA PARECIÓ, EN EFECTO, MUY CONTENTA DE VERLO, y Frau Lenore lo recibió con mucha amabilidad: era evidente que el día anterior había producido a ambas muy buena impresión. Emilio corrió a ocuparse del almuerzo, después de deslizar en el oído de Sanín estas palabras: «No se olvide usted».

— No me olvidaré —contestó Sanín.

Frau Lenore no se encontraba completamente bien; tenía jaqueca, y, medio recostada en un sillón, procuraba no moverse.

Gemma vestía una blusa amarilla, que ajustaba al talle con un cinturón de cuero negro; también ella parecía fatigada y estaba ligeramente pálida: unos círculos oscuros ensombrecían sus ojos, sin que por ello disminuyese su brillo; más bien al contrario, en contraste con la palidez del rostro, daban un aire misterioso y dulce a sus rasgos clásicamente severos.

La belleza elegante de sus manos impresionó de un modo especial a Sanín aquel día; al levantarlas para arreglar y sujetar sus rizos oscuros y brillantes, no podía apartar la mirada de aquellos dedos, flexibles y largos, y separados los unos de los otros, como los de la Fornarina de Rafael.

Fuera hacía mucho calor. Después del almuerzo quiso irse Sanín; pero le hicieron comprender que, a semejante hora, era preferible no salir, conviniendo en lo cual, se quedó.

En la habitación posterior de la casa, en donde estaba con las dos señoras, hacía fresco; la ventana daba a un jardincillo plantado de acacias, entre cuyas espesas ramas, cubiertas de flores de oro, zumbaba una ávida multitud de abejas, avispas y zánganos. Su incesante murmullo penetraba por las entreabiertas contraventanas y los estores corridos, haciendo pensar en el calor de fuera y volviendo todavía más agradable el fresco de la casa cerrada y hospitalaria.

Sanín, lo mismo que la víspera, habló mucho, pero no de Rusia ni de la vida rusa. Deseando complacer a su pequeño amigo, a quien inmediatamente después del

almuerzo habían enviado a casa de Herr Klüber a practicar la teneduría de libros, trajo la conversación al terreno de las respectivas ventajas e inconvenientes del arte y del comercio. No le llamó la atención que Frau Lenore defendiera el comercio, pues ya lo esperaba; lo raro es que también Gemma compartía aquella opinión.

—El artista, sobre todo el cantante —expuso moviendo de arriba abajo la mano, con ademán enérgico—, tiene que ser de los de primera fila. Los de segunda no sirven para nada. ¿Y quién está seguro de ser de primera fila?

Pantaleone, que también tomaba parte en la conversación —a él, como a los antiguos criados viejos, se le permitía hasta sentarse a la mesa en presencia de sus amos; los italianos, además, no son muy severos en cuanto a la etiqueta—, como era natural, defendía arduamente el arte.

A decir verdad, sus argumentos eran bastante flojos; más que nada insistía en que, ante todo, es necesario estar dotado *d'un certo estro d'inspirazione*.

Frau Lenore advirtió que también él, naturalmente, había poseído ese *estro*, y, sin embargo...

—Es que he tenido enemigos —replicó Pantaleone con acento sombrío.

—¿Y cómo sabes tú —los italianos, como es notorio, con facilidad se tutean— que Emilio no ha de tener enemigos, en el caso en que esté dotado de *estro*?

—¡Bueno; pues conviértanlo ustedes en un tendero! —exclamó con enojo Pantaleone—. ¡Pero estoy seguro de que Giovanni Battista no hubiera procedido así, aun siendo, como era, confitero!

—Giovanni Battista, mi marido, era hombre de juicio, y si en su juventud se dejó arrastrar...

El viejo ya no quiso escuchar más, y se alejó enojado, murmurando:

—¡Ah, Giovanni Battista!

Gemma declaró que, si Emilio se sentía patriota y deseaba consagrar todas sus fuerzas a la libertad de Italia, entonces, naturalmente, para un fin tan noble y sagrado, se podía sacrificar un porvenir seguro. ¡Pero para el teatro...!

Aquí Frau Lenore, llena de emoción, dijo que, por lo menos, no sacase de quicio a su hermano, y que le dejara solo a ella ser una furibunda republicana.

Pronunciadas estas palabras, exhaló unos suspiros y empezó a quejarse de la cabeza, que estaba «a punto de estallarle». Por consideración al huésped, se dirigió a su hija en francés.

Gemma se puso inmediatamente a prodigarle cuidados, le sopló suavemente en la frente, después de mojarla con agua de colonia; la besó silenciosamente en la mejilla, le arregló la cabeza sobre la almohada, le prohibió hablar y le dio otro beso.

Después, volviéndose a Sanín, empezó a contarle, medio en broma, medio en serio, lo excelente que era su madre y lo guapa que había sido.

—¿Qué digo “había sido”? ¡Si todavía lo es! ¡Mire usted, mire usted qué ojos tiene!

Gemma sacó con presteza un pañuelo blanco del bolsillo, se lo puso a su madre sobre la cara, y tirando de él suavemente hacia abajo, fue descubriendo poco a poco la frente, las cejas y los ojos; esperó un instante y pidió que los abriese. Obedeció Frau Lenore, dio Gemma un grito de entusiasmo —efectivamente aquellos ojos eran magníficos—, y destapó rápidamente la parte inferior de la cara de su madre, que era la de rasgos menos regulares, besándola de nuevo.

Frau Lenore se reía, revolviéndose un poco, y haciendo fingidos esfuerzos para separar a su hija, la cual, fingiendo también luchar con su madre, insistió con sus mimos, no de gata, a la manera francesa, sino con la gracia italiana, bajo la cual se presiente siempre la existencia de una fuerza.

Por último, dijo Frau Lenore que estaba muy cansada, y Gemma le aconsejó que durmiese un poco allí mismo, en el sillón, «y el señor ruso y yo estaremos calladitos, calladitos... como ratoncitos chiquitines... *comme des petites souris*».

Frau Lenore le contestó con una sonrisa, cerró los ojos, respiró profundamente unas cuantas veces, y se quedó dormida. Inmediatamente, Gemma se sentó en un pequeño banco a su lado, y ya no volvió a moverse, más que para llevar de cuando en cuando un dedo a los labios —con la otra mano sostenía la almohada en que su madre apoyaba la cabeza— imponiendo silencio, y mirando de reojo a Sanín, cada vez que este se permitía hacer el menor movimiento.

Resultó de ello que también este se quedó inmóvil y como hechizado, pudiendo dedicar todas las potencias de su alma a admirar el cuadro que ante él se ofrecía: aquella habitación, envuelta en la penumbra, en donde, aquí y allá, como puntos luminosos, se destacaban unas rosas frescas y pomposas, dispuestas en antiguos vasos de color verde; aquella mujer, dormida, con los brazos colocados en actitud modesta, con su bondadoso rostro fatigado, rodeado por la suave blancura de la almohada; y aquella joven, llena de vigilante atención, también buena, inteligente, pura e inefablemente hermosa, con sus ojos tan negros y profundos, llenos de sombra, y, sin embargo, luminosos...

¿Qué era aquello? ¿Un sueño? ¿Un cuento de hadas? ¿Y cómo estaba él allí?

Capítulo 11

SONÓ LA CAMPANILLA DE LA PUERTA DE LA CALLE y penetró en la confitería un aldeano joven, con gorro de piel y chaleco encarnado. Era el primer comprador que había entrado en toda la mañana. «¡Así anda el comercio!» había dicho durante el almuerzo, dando un suspiro, Frau Lenore.

Esta continuaba dormida; y no atreviéndose Gemma a sacar la mano de debajo de la almohada, dijo con voz queda a Sanín:

—Vaya usted, haga el favor, y despache en lugar mío.

Salió Sanín inmediatamente, de puntillas, y entró en la tienda.

El aldeano pidió un cuarto de pastillas de menta.

—¿Cuánto tengo que cobrarle? —preguntó a media voz Sanín a Gemma, desde la puerta.

—Seis *kreutzer* —respondió la joven en el mismo tono.

Sanín pesó el producto, buscó un papel, hizo un cartucho, puso en él las pastillas, se le derramaron, volvió a meterlas en el papel, volvieron a caerse, las entregó por fin, y recibió el dinero...

El mozo lo miraba asombrado, dándole vueltas a la gorra junto al estómago, mientras en la habitación contigua Gemma ahogaba la risa apretando la boca con la mano.

No se había ido todavía aquel parroquiano, cuando apareció un segundo, después un tercero...

«Está visto que tengo buena mano», pensó Sanín.

El segundo parroquiano pidió un vaso de horchata; el tercero, media libra de caramelos.

Sanín los atendió con un estrépito de cucharillas y de platillos, y metiendo resueltamente los dedos en las cajas y en los frascos.

Al hacer las cuentas, resultó que había rebajado el precio de la horchata, y en cambio por los caramelos había cobrado dos *kreutzer* de más.

Gemma no cesaba de reírse, lo más bajo que podía, y Sanín sentía una alegría inusitada y una curiosa y feliz disposición de ánimo.

Le parecía que hubiera podido estar así eternamente detrás del mostrador, vendiendo caramelos y horchata, mientras aquella adorable criatura le miraba desde detrás de la puerta, con ojos cariñosamente burlones; mientras, el sol estival, atravesando las espesas hojas de los castaños que crecían ante las ventanas, llenaba toda la habitación con sus vespertinos rayos de un verde dorado y con sus sombras; y mientras, su corazón se mecía con la dulce languidez de la pereza, del abandono y de la juventud, de la primera juventud.

El cuarto parroquiano pidió una taza de café, y fue necesario acudir a Pantaleone — Emilio no había regresado todavía del almacén de Klüber—. Sanín fue a sentarse junto a Gemma. Frau Lenore continuaba dormida, con gran contento de su hija.

—Cuando duerme mamá, se le pasa la jaqueca —dijo.

Sanín le habló, naturalmente, muy bajito, como antes, de sus «ventas»; con mucha seriedad se enteró del precio de los diferentes artículos de confitería; con la misma seriedad se los dijo Gemma, y ambos a dos se reían, entretanto, interiormente y sin malicia alguna, como si reconociesen que estaban representando una entretenidísima comedia.

De repente estalló en la calle, tocada por un organillo, el aria de *Freischutz*, «*Durch die Felder durch die Auen*» [Por los campos y llanuras].

Los plañideros sonidos flotaban temblorosos y vibrantes en el aire inmóvil.

Gemma se estremeció...

—Va a despertar a mamá —dijo, oído lo cual salió presuroso Sanín a la calle, metió en la mano del músico ambulante unos cuantos *kreutzer*, y le obligó a callar y a marcharse.

Cuando volvió, le dio Gemma las gracias con una ligera inclinación de cabeza, y sonriendo, pensativa, se puso a cantar casi imperceptiblemente la hermosa melodía de Weber, en que Max expresa todos los vagos anhelos del primer amor.

Preguntó después a Sanín si conocía el *Freischutz* y si le gustaba Weber. Y añadió que, aunque era italiana, aquella música le agradaba más que ninguna.

De Weber se deslizó la conversación a la poesía y el romanticismo, y a Hoffmann, que todo el mundo leía entonces aún...

Frau Lenore seguía durmiendo y hasta roncaba ligeramente, y los rayos del sol, que penetraban en franjas estrechas por las rendijas de las contraventanas, imperceptiblemente, y con movimiento ininterrumpido caminaban por el suelo, por los muebles, por el vestido de Gemma, y por las hojas y los pétalos de las flores.

Capítulo 12

A GEMMA NO LE GUSTABA MUCHO HOFFMANN y hasta lo encontraba... aburrido.

El elemento fantástico y nebuloso de sus narraciones, era poco comprensible para ella, de temperamento meridional y luminoso. «Todo eso son cuentos propios para niños», afirmaba, no sin desdén.

Vagamente se daba cuenta de la ausencia de poesía en Hoffmann. Había, sin embargo, un cuento, cuyo título no recordaba, que le gustaba mucho. Hablando propiamente, lo que le gustaba era sólo el principio del cuento: el final, o no lo había leído, o también lo había olvidado.

Se trataba de un joven que, en un sitio cualquiera, tal vez en una confitería, encuentra a una joven griega de admirable belleza, a quien acompaña un viejo de aspecto extraño, misterioso y cruel.

El joven se enamora de golpe y porrazo. Ella lo mira de un modo tan lastimero que parece que está suplicándole que la liberte...

Él se aleja un momento, y al volver a la confitería ya no encuentra a la doncella ni al viejo; se lanza a buscarla, tropieza a cada paso con sus huellas frescas, continúa sus investigaciones, y, a pesar de sus esfuerzos, no consigue dar con ellos en parte alguna.

La joven hermosa ha desaparecido para siempre, y a él le faltan las fuerzas para olvidar aquella mirada de súplica, y le martiriza la idea de que quizás toda la felicidad de su vida se le ha ido de entre las manos.

Es posible que Hoffmann no termine así su narración; pero ella la había arreglado en esta forma, y así se le había quedado impresa en la memoria.

—Me figuro —añadió—, que encuentros por el estilo y separaciones semejantes ocurren con más frecuencia de lo que creemos.

Calló Sanín, y un instante después se puso a hablar de... Herr Klüber.

Era la primera vez que hacía mención de él, pues, hasta aquel momento, ni una sola se había acordado de dicho individuo.

Calló a su vez Gemma, y mordiéndose pensativa la uña del dedo índice, se quedó mirando fijamente a un lado. Después hizo unos elogios de su novio, recordó la excursión organizada por él para el día siguiente, y, echando una mirada a Sanín, volvió a quedar callada.

Sanín ya no sabía de qué hablar.

Entró Emilio ruidosamente y despertó a Frau Lenore...

Sanín se alegró mucho de su llegada.

Frau Lenore se levantó del sillón. Apareció Pantaleone y anunció que la comida estaba servida.

El amigo de la casa, ex cantante y criado, desempeñaba también las funciones de cocinero.

Capítulo 13

SANÍN SE QUEDÓ TAMBIÉN DESPUÉS DE LA COMIDA. No lo dejaron salir con el mismo pretexto del calor terrible, y cuando el calor cedió, le propusieron ir al jardín y tomar el café a la sombra de una acacia.

Aceptó; se sentía muy a gusto. En el curso monótono y silencioso de la vida hay dulces placeres ocultos, y él se entregaba a ellos con delicia, sin exigir nada más del día presente, pero sin pensar tampoco en el mañana ni recordar el ayer. ¡Cuánto valía permanecer junto a una muchacha como Gemma! Pronto iba a separarse de ella y, probablemente, para siempre; pero, entretanto, aquella barquilla, de que hablan los versos de Uhland, seguía meciéndose sobre las hondas tranquilas de la vida. ¡Alégrate, deléitate, viajero!

—Frau Lenore le propuso jugar con ella y Pantaleone al juego del *tresette*, de baraja italiana, sencillísimo; se lo enseñó, le ganó unos cuantos *kreutzer*, y lo dejó encantado.

Pantaleone, a petición de Emilio, obligó a Tartaglia a hacer todas sus habilidades: El perro saltó por encima de un palo, habló, es decir, ladró, estornudó, cerró la puerta con el hocico, trajo arrastrando una zapatilla vieja de su amo, y, finalmente, con una gorra usada en la cabeza, representó al mariscal Bernadotte escuchando los terribles reproches del emperador Napoleón, por su traición.

El papel de Napoleón, naturalmente, lo hacía Pantaleone, y lo hacía muy bien, con los brazos cruzados, encasquetado el tricornio hasta los ojos, y hablando, serio y con energía, en francés. Pero ¡en qué francés, Dios mío! Tartaglia, sentado delante de su amo, estaba todo encogido, con la cola entre las piernas, y haciendo guiños, con los ojos metidos debajo de la visera de la gorra, que tenía atravesada; de cuando en cuando, cada vez que Napoleón alzaba la voz, se levantaba Bernadotte sobre las patas traseras.

—*Fuori, traditore!* —gritó por último Napoleón, olvidando, en un arrebató de cólera, que debía sostener hasta el final su carácter, hablando en francés. Entretanto, Bernadotte se metió a toda prisa bajo el diván, de donde salió inmediatamente,

saltando y ladrando de alegría, como dando a entender con tal actitud que la representación había terminado.

Los espectadores disfrutaron a placer, y Sanín más que todos.

Gemma se reía continuamente con risa silenciosa y simpática, entrecortada por unos chillidos muy graciosos. A Sanín le entusiasmó de tal modo aquella risa de la muchacha, que se la hubiera comido a besos.

Llegó, por fin, la noche. Había que tener consideración. Después de despedirse de todos varias veces, diciendo «Hasta mañana» (a Emilio llegó a abrazarlo), Sanín se fue a casa, llevando consigo la imagen de la joven, ya risueña, ya pensativa, ya tranquila y casi indiferente, pero siempre encantadora. Sus ojos, tan pronto abiertos, luminosos y alegres como el día, tan pronto medio velados por las pestañas, y profundos y oscuros como la noche, continuaban delante de los suyos, entremezclándose, extraña y dulcemente, con todas las demás imágenes y recuerdos.

Ni en Herr Klüber, ni en las causas que le habían obligado a quedarse en Fráncfort, ni, en una palabra, en nada de lo que le había agitado la víspera, llegó a pensar una sola vez.

Capítulo 14

TENEMOS QUE DECIR ALGUNAS PALABRAS acerca del propio Sanín.

Tenía muy buena figura: era alto, fuerte, de facciones agradables y un poco indecisa, ojos azules y de dulce expresión, cabellos dorados y piel blanca y rosada. Le distinguía, sobre todo, un aire alegre, confiado y franco, un tanto inocente, característico en otro tiempo de los hijos de familia, de las nobles familias rurales, muchachos formales, nacidos y criados en nuestras fértiles regiones esteparias.

Su marcha era un poco vacilante; el hablar, sibilante; y cuando se le miraba respondía con una sonrisa de niño... En fin, juventud, salud y dulzura. He ahí lo que era Sanín.

Además, no era tonto y tenía cierta instrucción. A pesar de su viaje al extranjero, había conservado su ingenuidad; los sentimientos tumultuosos que agitaban a la mayor parte de la juventud de aquella época eran para él desconocidos.

En los últimos tiempos empezó nuestra literatura, después de buscar en vano «tipos nuevos», a crear el de jóvenes decididos a conservar, a toda costa, su frescura... Una frescura como la de las ostras que llevan de Flensburg a San Petersburgo...

Sanín no se parecía a ellos. Si se tratase de compararlo con algo, más bien sería preciso hacerlo con un manzano joven, recién injertado, de nuestros jardines de tierras negras; o, mejor aún, con un potro de tres años, de una yeguada de lujo, mimado y reluciente, de patas bastas y que empieza a aprender a trotar a la cuerda...

Los que tropezaron con Sanín con el correr el tiempo, cuando la vida lo hubo zarandeado bastante y moderado sus ímpetus juveniles, encontraron en él otro hombre completamente distinto.

Al día siguiente, cuando todavía estaba Sanín en la cama, Emilio, vestido con la ropa de los días de fiesta, con un bastoncito de junco en la mano y con el cabello lleno de pomada, se metió de repente en su habitación, y le dijo que Herr Klüber iba a llegar en seguida con el coche, que el tiempo prometía ser magnífico, que en casa estaba todo preparado, pero que su mamá no iría porque otra vez le dolía la cabeza.

Metió prisa a Sanín, asegurándole que no había que perder un instante...

Y, efectivamente, Herr Klüber llegó cuando Sanín estaba todavía vistiéndose. Llamó a la puerta; entró; hizo una reverencia; enderezó el busto; dijo que estaba dispuesto a esperar cuanto fuera preciso, y se sentó, apoyando elegantemente el sombrero en la rodilla.

El interesante encargado, venía de tiros largos y perfumado de un modo tan extraordinario, que, cada movimiento le hacía despedir fuertes efluvios de un sutil aroma.

Había venido en un gran coche descubierto, de los llamados *landeau*, del que tiraban dos caballos fuertes y de alzada, pero poco vistosos.

Un cuarto de hora después, Sanín, Klüber y Emilio, en aquel mismo coche, se detenían triunfalmente a la puerta de la confitería. La señora Roselli se negó resueltamente a tomar parte en la excursión, y como Gemma pretendiese quedarse con su madre, esta la hizo subir al coche a empujones.

—No necesito de nadie —dijo—. Dormiré. Hubiera enviado a Pantaleone con ustedes; pero puedo necesitarlo para despachar a alguien.

—¿Podemos llevarnos a Tartaglia? —preguntó Emilio.

—Naturalmente.

Tartaglia entonces, haciendo alegres esfuerzos, se encaramó al pescante y se instaló en él, relamiéndose. Se veía que tenía costumbre de aquello.

Gemma llevaba un gran sombrero de paja con cintas castañas, que por delante tenía el ala doblada hacia abajo, resguardando casi toda la cara del sol. La raya de la sombra terminaba precisamente en los labios, que brillaban virginales y tiernos, como los pétalos de la rosa de cien hojas, y sus dientes centelleaban también de un modo cándido, como los de los niños.

Gemma se sentó en la trasera, al lado de Sanín. Klüber y Emilio se sentaron en la delantera. Apareció en la ventana la blanca figura de Frau Lenore; Gemma le dijo adiós agitando su pañuelo, y los caballos arrancaron.

Capítulo 15

SODEN ES UN PUEBLECITO SITUADO a media hora de Fráncfort, en un paraje precioso, en la falda del Taunus, célebre entre nosotros, en Rusia, por sus aguas, que parecen ser de gran valor para las gentes que padecen del pecho.

Los habitantes de Fráncfort acuden a él más que nada para divertirse, pues Soden posee un magnífico parque y diferentes establecimientos, en donde se puede tomar cerveza y café a la sombra de altos tilos y arces.

El camino desde Fráncfort a Soden sigue la orilla derecha del Main, y está todo bordeado de árboles frutales.

Mientras el coche rodaba silencioso por la espléndida carretera, Sanín observaba a hurtadillas cómo se conducía Gemma con su novio: era aquella la primera vez que los veía juntos. *Ella* estaba en una actitud tranquila y llena de sencillez, pero con algo más de reserva y seriedad que de ordinario; *él* parecía un superior condescendiente, que se permite a sí mismo, y permite a sus subordinados, un placer modesto y de buen tono.

Sanín no contempló que él mostrara una especial deferencia hacia Gemma, lo que los franceses llaman *empressement*. Era evidente que Herr Klüber consideraba definitivo su asunto, y no tenía motivo alguno para preocuparse ni molestarse.

En cambio, su condescendencia no le abandonó ni un solo instante, y hasta durante el gran paseo que dieron antes de comer por las montañas y valles que se extienden al otro lado de Soden, llegó a deleitarse con las bellezas de la naturaleza, contemplándolas, sin embargo, siempre con aquella misma indulgencia, a través de la cual se transparentaba su habitual severidad de superior. Así, por ejemplo, comentó, hablando de un arroyuelo, que corría demasiado recto en lugar de hacer algunas curvas pintorescas. Hasta desaprobó también la conducta de un pajarito, un pinzón, que no daba bastante variedad a su canto.

Gemma no se aburría y hasta sentía una visible satisfacción; sin embargo, para Sanín ya no era la misma, no porque su hermosura se mostrase empañada por una sombra (nunca había estado más radiante), sino porque su alma parecía haberse

reconcentrado. Con la sombrilla en la mano y con los guantes abrochados, caminaba sin apresuramiento y con naturalidad, como hacen las muchachas bien educadas, y hablaba poco.

Emilio estaba un poco cohibido, y Sanín no mucho menos, porque, entre las circunstancias que a ello contribuían, había la de que la conversación se sostenía constantemente en alemán.

Únicamente Tartaglia estaba gozoso, y, ladrando furiosamente, se lanzaba detrás de los tordos con que se encontraba, saltaba los hoyos, los troncos y las raíces, se arrojaba al agua y le daba unos lametones ávidos, se sacudía, gritaba, y de nuevo salía como una flecha, dejando colgar la roja lengua hasta tocar en la paletilla.

Herr Klüber, por su parte, hacía cuanto consideraba útil para la distracción de la partida: propuso sentarse a la sombra de una encina de anchas ramas, y extrayendo del bolsillo un librito titulado *Knallerbsen, oder du sollst und wirst lachen* [Garbanzos de pega o debes y tienes que reírte], se puso a leer las graciosas anécdotas que contenía. Leyó como unas doce, pero sin despertar gran alegría: únicamente Sanín, por cortesía, enseñaba los dientes; en cambio Herr Klüber, después de cada anécdota, dejaba oír una risita corta de hombre importante y a la vez condescendiente.

Hacia las doce volvieron todos a Soden, y se dirigieron al principal restaurante. Había que encargar la comida. Herr Klüber propuso hacerla en un pabellón cerrado por todas partes, *im Gartensalon*; pero Gemma protestó súbitamente, y declaró que no comería sino al aire libre, en el jardín, en una de las mesas pequeñas que había delante del restaurante; que le fastidiaba encontrarse siempre con las mismas caras y que deseaba ver otras.

Alrededor de algunas de aquellas mesas había ya sentados varios grupos de recién llegados.

Mientras Herr Klüber, condescendiendo con «el capricho de su novia», iba a entrevistarse con el jefe del comedor, Gemma permaneció inmóvil, con los ojos bajos y los labios contraídos; sentía que Sanín la miraba de un modo incesante e interrogador, lo cual, al parecer, la molestaba.

Al fin regresó Klüber, anunció que dentro de media hora estaría la comida, y propuso jugar hasta entonces a los bolos, añadiendo que eso era muy bueno para abrir el apetito, ¡je, je, je!

Jugaba a los bolos como un maestro; al tirar la bola adoptaba posturas admirablemente juveniles, acusando sus músculos y moviendo y sacudiendo con elegancia las piernas. Era un atleta en su clase y divinamente formado. También tenía

las manos blancas y hermosas y las enjugaba a menudo con un abigarrado y rico pañuelo de la India, de tonos dorados.

Cuando llegó la hora de comer, toda la compañía se sentó a la mesa.

Capítulo 16

¿QUIÉN NO SABE QUÉ ES UNA COMIDA ALEMANA? Una sopa acuosa, con bolitas de pasta y canela; carne cocida, seca como un corcho, cubierta con una capa de grasa; patatas aceitosas, remolacha gruesa y rábanos picados; una anguila azulada, con alcaparras en vinagre; un asado con confitura, y la inevitable *Mehlspeise*, que es una especie de *pudding* con una salsa ácida, colorada; en cambio, el vino y la cerveza, a pedir de boca.

Esto fue lo que el jefe del restaurante de Soden ofreció a sus huéspedes.

Por lo demás, la comida transcurrió muy bien.

No se observó, verdad es, una especial animación, ni siquiera cuando Herr Klüber pronunció un brindis: «¡Por lo que amamos!» (*Was wir lieben*); todo ello fue sencillo y digno.

Después de la comida sirvieron un café ligero, como agua de castañas: verdadero café alemán.

Herr Klüber, como un verdadero caballero, pidió permiso a Gemma para fumar un cigarro... Y entonces sobrevino de repente algo imprevisto, verdaderamente desagradable... y hasta impertinente.

En una de las mesas vecinas estaban sentados unos cuantos oficiales de la guarnición de Maguncia. Por sus miradas y por sus cuchicheos era fácil adivinar que la belleza de Gemma les había impresionado. Uno de ellos, que probablemente había vivido en Fráncfort, la miraba como una persona que conociese: evidentemente sabía quién era.

De repente se puso en pie, con un vaso en la mano —los oficiales habían bebido de lo lindo y tenían toda su mesa cubierta de botellas—, y se acercó a la que ocupaba Gemma.

Era aquel oficial joven y rubio, y los rasgos de su fisonomía, no solo eran agradables, sino hasta simpáticos, por más que el vino bebido se los hubiera alterado; tenía las mejillas inflamadas y en los ojos chispeantes una expresión de descaro.

Al principio, los compañeros trataron de contenerlo; pero luego lo soltaron. Había que ver en qué paraba aquello.

Tambaleándose ligeramente, se detuvo el oficial delante de Gemma, y con voz chillona, algo forzada, en la cual se traslucía la lucha que el oficial sostenía consigo mismo, dijo:

—Bebo a la salud de la más hermosa confitera de todo Fráncfort, del mundo entero (aquí se tragó de un golpe el contenido del vaso), y en recompensa tomo esta flor cogida con sus divinos dedos —y cogió de encima de la mesa una rosa que estaba ante el cubierto de Gemma.

Esta, en el primer momento se inmutó, se asustó y palideció terriblemente... Después, el susto se trocó en enojo, y se ruborizó súbitamente hasta la raíz del pelo; sus ojos, clavados en el atrevido, se ensombrecieron y chispearon a la vez, llenándose de tinieblas e inflamándose con el fuego de un furor no contenido.

Turbado, al parecer, por esta mirada, murmuró el militar algo incomprensible, se inclinó y se retiró junto a sus amigos, quienes lo recibieron con risas y ligeros aplausos.

Herr Klüber se levantó de repente de la silla, e irguiéndose con toda su estatura, después de calarse el sombrero, dijo con dignidad, aunque no en voz muy alta:

—¡Es inaudito; es una insolencia inaudita! (*Unerhört. Unerhört. Frechheit.*)

Inmediatamente, y después de llamar con energía al mozo, pidió que le trajesen en seguida la cuenta... Y no fue eso todo, si no que, además, mandó enganchar el coche, añadiendo que las personas decentes no podían venir allí porque estaban expuestas a que las insultasen.

Al oír estas palabras, Gemma, que continuaba inmóvil en su sitio, con el pecho agitado por una respiración jadeante, dirigió los ojos a Herr Klüber, clavando en él una mirada igual a la que había dedicado al oficial.

Emilio estaba temblando de ira.

—Levántese, *mein Fräulein* —dijo Herr Klüber con el mismo acento severo—. Aquí no está usted bien. Vamos allá adentro, al restaurante.

Gemma se levantó silenciosa; él le ofreció el brazo, adelantando el codo; apoyó ella el suyo, y Herr Klüber se dirigió al restaurante con paso majestuoso, que cada vez lo era más, a medida que se iba alejando del sitio de la ocurrencia.

El pobre Emilio les seguía temblando.

Pero mientras Herr Klüber liquidaba con el mozo, a quien por vía de castigo no dio ni un *kreutzer* de propina, Sanín se acercó prestamente a la mesa donde estaban los

oficiales; y encarándose con el que había molestado a Gemma (y que en aquel momento estaba dando a oler, por turno, la rosa a sus compañeros), dijo en francés, recalcando las palabras:

—Lo que acaba usted de hacer, señor mío, es indigno de un caballero, es indigno del uniforme que lleva; y he venido a decirle que es usted un impertinente mal educado.

El joven se puso en pie de un salto; pero otro oficial de más edad lo contuvo, y con un movimiento de la mano le obligó a sentarse; y dirigiéndose a Sanín le preguntó, también en francés, si era pariente, hermano o novio de aquella muchacha.

—Soy completamente extraño para ella —contestó Sanín—: soy un ruso; pero no puedo ver con indiferencia una grosería semejante; por lo demás, aquí están mi tarjeta y mis señas; el señor oficial podrá buscarme.

Diciendo estas palabras, echó Sanín sobre la mesa su tarjeta de visita, y al mismo tiempo cogió la rosa de Gemma, que uno de los oficiales había echado en un plato.

El joven volvió a querer levantarse de la silla, pero el compañero lo contuvo otra vez, diciendo:

—Dönhof, quieto [*Dönhof sei still*].

Después se levantó el mismo compañero, y llevando la mano a la visera, no sin cierto matiz de respeto en la voz y en los ademanes, dijo a Sanín que, al día siguiente por la mañana, uno de los oficiales del regimiento tendría el honor de visitarlo en su casa.

Sanín contestó con un breve saludo, y regresó apresuradamente junto a sus amigos.

Herr Klüber fingió no haberse enterado de nada: ni de la ausencia de Sanín, ni de su explicación con los oficiales, y apurando al cochero, que estaba enganchando los caballos, se incomodó mucho con él por su lentitud. Tampoco Gemma dijo nada a Sanín; ni siquiera le miró; pero por sus cejas fruncidas, por sus labios contraídos y pálidos, por su misma inmovilidad, era fácil comprender que estaba disgustada.

Solo Emilio manifestaba claros deseos de hablar con Sanín y de hacerle preguntas, pues lo había visto acercarse a los oficiales y darles una cosa blanca, un pedazo de papel, una carta, una tarjeta.

El corazón le palpitaba al pobre muchacho; tenía arrebatadas las mejillas, y parecía dispuesto a arrojarse al cuello de Sanín para llorar o para lanzarse, en unión suya, contra todos aquellos oficiales antipáticos. Sin embargo, se contuvo, limitándose a seguir atentamente cada uno de los movimientos de su noble amigo ruso.

Enganchó el cochero los caballos y toda la partida se instaló en el carruaje. Emilio se encaramó en el pescante, detrás de Tartaglia, porque allí tenía más libertad y porque

así no tenía delante a Klüber, a quien no quería ni mirar.

Durante todo el camino, Herr Klüber fue el único que habló sin que nadie le interrumpiese: ni para oponerse, ni para manifestarse de acuerdo con él.

Insistió particularmente en las consecuencias de no haberle hecho caso, cuando propuso comer en el pabellón cerrado. Así no hubiese ocurrido nada desagradable.

Después aventuró algunos juicios atrevidos, y hasta llenos de liberalismo, acerca de la imperdonable conducta del Gobierno con los oficiales, que no les exige una estrecha disciplina y no les obliga bastante a respetar al elemento civil de la sociedad (*Das bürgerliche Element in der Sozietät*); de cómo esto, con el tiempo, engendra el descontento, del cual se pasa pronto a la revolución, según atestigua el triste ejemplo —aquí exhaló un suspiro hondo y lleno de compasión—, el triste ejemplo de Francia. Sin embargo —añadió poco después—, él, personalmente, se inclinaba ante la autoridad, y nunca... sería revolucionario; pero no podía menos de expresar su disgusto ante tal libertinaje. Últimamente añadió algunas observaciones de carácter general, acerca de la moralidad y de la inmoralidad, las conveniencias y el sentimiento de la dignidad.

Durante el curso de toda esta «charla», Gemma, que ya con ocasión del paseo que precedió a la comida, no se había manifestado satisfecha de Herr Klüber —y por eso se había mantenido algo alejada de Sanín, y como turbada por su presencia—, al regreso evidenció claramente que estaba avergonzada de su novio. Al final del viaje sufría en realidad; y, aunque, igual que al principio, no hablaba con Sanín, de repente le dirigió una mirada suplicante...

Por su parte, él sentía hacia ella mucha más compasión que disgusto contra Herr Klüber; y hasta casi se regocijó en secreto, y como sin darse enteramente cuenta de todo lo acontecido en el curso de la jornada, aun cuando podía esperar un desafío a la mañana siguiente.

La excursión de recreo terminó al fin.

Al apearse Gemma del coche, delante de la confitería, Sanín, sin pronunciar una palabra, puso en su mano la rosa rescatada por él. Ruborizóse Gemma, le apretó la mano y escondió la flor con presteza.

Aunque no era todavía completamente de noche, Sanín no quiso entrar en la casa, ni ella le invitó tampoco. Además, apareció en la puerta Pantaleone, y dijo que Frau Lenore se había acostado.

Emilio se despidió de Sanín con cierta cortedad; parecía esconderse de él: tanta era la admiración que le había producido.

Klüber acompañó en el coche a su amigo hasta su casa, y se despidió de él con gran afectación. A pesar de su empaque alemán y su suficiencia, se sentía a disgusto.

En realidad, todos se sentían a disgusto.

Este sentimiento, sin embargo, hubo de disiparse pronto en Sanín, cediendo la vez a otro estado de ánimo, indefinido, pero agradable, y hasta puede decirse que triunfal.

Paseando por la habitación, se puso a silbar, sin querer pensar en nada, y muy satisfecho de sí mismo.

Capítulo 17

«ESPERARÉ AL OFICIAL, PARA QUE NOS EXPLIQUEMOS, hasta las diez de la mañana —pensó a la mañana siguiente, cuando estaba terminando su *toilette*—, y después, que me busque».

Pero los alemanes se levantan temprano; y no habían dado todavía las nueve cuando entró el camarero de Sanín a anunciarle que el señor segundo teniente (*Herr Sekonde Leutnant*) von Richter deseaba verle.

Se puso velozmente una levita, y ordenó que pasase.

El señor Richter, contra lo que esperaba Sanín, resultó ser muy joven, casi un mozalbete, que se esforzaba en dar una expresión de importancia a su rostro imberbe, sin poder conseguirlo, ni tampoco ocultar su confusión, pues al sentarse en una silla se enredó en el sable y estuvo a punto de caerse.

Tartamudeando y vacilante, expuso a Sanín en mal francés que había venido por encargo de su amigo el barón von Dönhof y que su comisión tenía por objeto exigir del señor von Sanín explicaciones por las frases ofensivas que la víspera le había dirigido; que en caso de negativa por parte del señor von Sanín, el barón von Dönhof exigía una satisfacción. Sanín contestó que no pensaba dar excusas, y que, en cuanto a la satisfacción, estaba dispuesto a darla.

Entonces el señor von Richter, sin dejar de tartamudear, le preguntó con quién, a qué hora y en qué sitio habían de celebrarse las necesarias conferencias.

Sanín contestó que podía volver dentro de un par de horas, y que hasta entonces trataría de buscar padrinos («¿A quién diablo voy a buscar como padrino?», pensaba entretanto).

El señor von Richter se levantó, empezó a saludar para retirarse, pero se detuvo en el umbral como si sintiese remordimientos de conciencia, y dirigiéndose a Sanín, manifestó que a su amigo el barón von Dönhof no se le ocultaba que..., en cierto grado, había culpa por su parte en los sucesos de la víspera, y que, por consiguiente, se daría por satisfecho con muy ligeras excusas —*des exghizes léchères*—.

A esto contestó Sanín que ninguna clase de explicaciones estaba dispuesto a dar, ni pesadas ni ligeras, pues no se sentía culpable.

—En ese caso —declaró von Richter, poniéndose más colorado de lo que estaba—, habrá que cambiar unos disparos amistosos (*des goups de bisdolet á l'amiaple*).

—No entiendo lo que quiere decir eso —observó Sanín—. ¿Se trata, por ventura, de tirar al aire?

—¡Oh, no, no! ¡De ninguna manera! —tartamudeó el azorado teniente—. Pero como supongo que el asunto ha de ventilarse entre gentes de calidad... Hablaré con el testigo que usted designe.

Y cortando la frase, se alejó bruscamente.

Al salir el oficial, se dejó caer Sanín sobre una silla, diciéndose: «¿Qué es esto? ¡Qué vueltas da la vida! Todo el pasado y todo el porvenir han desaparecido de repente, y queda sólo el hecho de que yo estoy en Fráncfort y que me voy a batir con un individuo, por una cierta cosa».

Recordó entonces que había tenido una tía loca, que acostumbraba a cantar lo siguiente, mientras bailaba:

Tenientito

traviesito,

mi amorcito,

baila conmigo, bonito.

y se echó a reír, poniéndose a cantar como ella: «Tenientito. Baila conmigo, bonito».

—Pero no hay tiempo que perder, y es preciso ponerse en movimiento —exclamó en alta voz, poniéndose en pie. Y en ese preciso instante vio delante de sí a Pantaleone, con una carta en la mano.

—He llamado unas cuantas veces, pero no me ha contestado usted. Pensé que no estaba en casa —dijo el viejo, entregándole la carta—. De la *signorina* Gemma.

Cogió Sanín la carta maquinalmente, rompió el sobre y la leyó. Le decía Gemma que estaba muy intranquila por el asunto en cuestión, y que deseaba verle enseguida.

—La *signorina* está muy inquieta —agregó Pantaleone, que sin duda conocía el contenido de la carta—: Me ha dicho que me entere de lo que hace usted y que lo lleve conmigo junto a ella.

Sanín miró al viejo italiano, y quedó pensativo. Una idea repentina brilló en su cerebro, aunque de primera intención le pareció extraña hasta lo imposible...

«Sin embargo... ¿por qué no?», se preguntó a sí mismo.

—¡Señor Pantaleone! —dijo en voz alta.

Se estremeció el viejo, hundió la mandíbula en la corbata, y se quedó mirando fijamente a Sanín.

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido ayer? —Pantaleone apretó los labios, sacudió su enorme melena, y respondió:

—Lo sé (Emilio se lo había contado todo, apenas llegado a casa).

—¿Conque lo sabe usted? Bueno, pues escúcheme. Acaba de salir de aquí un oficial. El grosero de ayer me ha desafiado, y yo he aceptado, pero no tengo padrinos. ¿Quiere usted ser el mío?

Pantaleone se estremeció y arqueó las cejas de tal manera, que desaparecieron bajo sus mechones colgantes.

—¿Y no tiene usted más remedio que batirse? —preguntó en italiano, pues hasta entonces se había expresado en francés.

—Absolutamente. Proceder de otro modo significaría envilecerme para siempre.

—¡Hum! Y si yo no acepto ser su padrino, ¿buscará usted otro?

—Forzosamente.

Pantaleone bajó la cabeza.

—Permítame usted que le pregunte, *signor* de Tsanini: ¿no arrojará ese duelo una sombra desfavorable sobre la reputación de cierta persona?

—No lo creo. Pero, sea como fuere, ya no hay más remedio.

—¡Hum! —exclamó Pantaleone, cuya cara desapareció completamente dentro de la corbata—. Y ese *ferroflucto* de Klüber, ¿qué hace? —preguntó de pronto, sacando fuera la cara.

—¿Ese? ¡Nada!

—*Che?*

Pantaleone tuvo un gesto de hombros desdeñoso, y declaró finalmente con voz insegura:

—De todos modos, tengo que dar a usted las gracias, porque, aun en mi actual situación humildísima, ha sabido usted reconocer en mí a una persona decente, un *galant'uomo*. Al proceder de este modo, ha demostrado usted ser también un verdadero *galant'uomo*. Necesito, sin embargo, reflexionar sobre lo que me propone.

—No hay tiempo para ello, querido señor Ci... Cippa...

—...tola —añadió el vejete—. Sólo pido una hora para pensarlo. Como en esto están mezclados mis bienhechores... es preciso... me considero obligado a pensar... Dentro de una hora... de tres cuartos de hora, sabrá usted mi decisión.

—Está bien. Esperaré.

—¿Y qué debo decir a la *signorina* Gemma?

Sanín cogió una hoja de papel y escribió:

«Esté usted tranquila, mi querida amiga; dentro de tres horas iré a casa de ustedes, y todo se pondrá en claro. Le agradezco con toda mi alma su interés».

Y entregó la esquila a Pantaleone.

Este la metió con cuidado en un bolsillo lateral, y repitió otra vez:

—Dentro de una hora.

Y ya se dirigía hacia la puerta, cuando, volviéndose bruscamente, se acercó a Sanín, le cogió una mano, y acercándola a su pecho, con los ojos en blanco, exclamó:

—*Nobil giovanotto! Gran cuore!* Permita usted a un viejo [*a un vecchiotto*] estrechar su mano varonil, *la vostra valorosa mano*.

Después, retrocediendo un poco, agitó ambas manos y se retiró.

Sanín lo siguió con la mirada... Cogió un periódico y se puso a leer; pero en vano recorrían sus ojos los renglones; no entendía nada.

Capítulo 18

UNA HORA DESPUÉS ENTRÓ DE NUEVO el mozo en la habitación de Sanín y le entregó una tarjeta vieja y manchada, que decía: «Pantaleone Cipattola, de Varese. Cantante de Cámara de S. A. R. el príncipe de Módena».

Detrás del mozo apareció el propio Pantaleone, que se había cambiado de ropa de pies a cabeza, pues vestía una levita negra, ya rojiza, y chaleco blanco de piqué, sobre el cual se retorció una cadena de metal dorado; un voluminoso sello de ágata caía sobre sus pantalones negros, estrechos; en la mano derecha traía su sombrero negro de castor, y en la izquierda unos guantes gruesos de gamuza; la corbata se arrollaba a su cuello en pliegues más amplios y más subidos que de ordinario, y sobre la pechera almidonada destacaba un alfiler con una piedra de las llamadas «ojo de gato»; el dedo índice de la mano derecha ostentaba una sortija, cuyo adorno lo formaban dos manos enlazadas, entre las cuales llameaba un corazón.

Un olor a alcanfor y a almizcle se desprendía de toda su persona, y era tal la solemnidad del viejo que al más indiferente espectador hubiera llamado la atención.

Sanín se levantó y salió a su encuentro.

—Seré padrino de usted —exclamó Pantaleone en francés, doblando todo el cuerpo en una reverencia; después de lo cual colocó los pies separados, en la forma que hacen los bailarines—. Vengo para recibir sus instrucciones. ¿Quiere usted batirse a muerte?

—¿Por qué a muerte?, mi querido señor Cipattola. Por nada de este mundo retiraría mis palabras de ayer. Pero no estoy sediento de sangre... Aguarde usted un poco, que llegará el padrino de mi adversario, y yo pasaré a la habitación inmediata, para que se pongan ustedes de acuerdo. Tenga usted la seguridad de que jamás olvidaré sus servicios, que le agradezco con toda mi alma.

—¡El honor ante todo! —contestó Pantaleone, que se dejó caer sobre un sillón, sin esperar a que Sanín lo invitase a sentarse—. Si ese *ferroflucto spiccebubbio* —prosiguió, mezclando el alemán con el italiano—, si ese hortera de Klüber no ha sabido comprender cuál era su obligación, o ha tenido miedo, ¡tanto peor para él!... ¡Es

un vil, y basta!... ¡En cuanto a las condiciones del duelo... soy su padrino, y sus intereses son para mí sagrados! Cuando yo vivía en Padua, había un regimiento de dragones blancos, con cuya oficialidad estaba en íntima relación... Todas sus normas caballerescas me eran familiares. También he conversado a menudo sobre estas cuestiones con su paisano, el príncipe de Tarbuski... El otro padrino vendrá pronto, ¿verdad?

—Está a llegar de un momento a otro... ¡Ahí lo tiene usted! —añadió Sanín, mirando a la calle.

Pantaleone se levantó, echó una ojeada al reloj, arregló las melenas, y se apresuró a esconder dentro de la caña de la bota un tirante que le asomaba por debajo del pantalón.

Sanín presentó uno a otro a ambos testigos:

—M. Richter, *sous-lieutenant*. M. Cipattola, artista...

El subteniente se quedó un poco confuso al mirar al vejete. ¡Qué hubiera dicho si alguien deslizase a su oído en aquel instante que el «artista» que le presentaban se ocupaba también del arte culinario!

Pero era tal el aspecto de Pantaleone, que parecía que la organización de los duelos constituía para él la cosa más corriente; probablemente, en aquella ocasión, venían en su auxilio los recuerdos de su carrera teatral, y estaba *representando* el papel de testigo como un *papel*, efectivamente. Los dos, el subteniente y él, guardaban silencio.

—¿Vamos a empezar, señores? —dijo, rompiendo aquel silencio Pantaleone, a la vez que jugaba con el sello de su cadena de reloj.

—Empecemos —asintió el subteniente—, ...pero la presencia de uno de los adversarios...

—Yo me retiro, señores —declaró Sanín, inclinándose. Y entró en la habitación contigua, cerrando tras de sí la puerta.

Se echó sobre la cama, y se puso a pensar en Gemma... Pero la conversación de los padrinos, atravesando la puerta, llegó hasta él.

Hablaban en francés, destrozándolo sin piedad, y cada cual a su gusto.

Pantaleone volvió a aludir a los dragones de Padua y al príncipe de Tarbuski; el subteniente insistió en las *exghizes léchères* y en los *goups à l'amiaple*. Pero el viejo no quería oír hablar de *exghizes* de ninguna clase. Después, con gran consternación, por parte de Sanín, se puso de pronto a contar de una cierta doncella inocente, cuyo dedo meñique valía más que todos los oficiales del mundo [*oune zeune damigella innocenta, qu'a ella sola dans son petit doa vale più que toutt le zouflissié del mondo*],

repitiendo acaloradamente varias veces: «¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! [*E ouna onta, ouna onta!*!]».

Al principio, el teniente no le contestó; pero después, poniendo en su voz un acento tembloroso de indignación, le hizo observar que no había venido para oír sentencias morales.

—A la edad de usted siempre es útil oír verdades —replicó Pantaleone.

La disputa entre ambos padrinos llegó a hacerse alguna vez borrascosa; y al cabo de más de una hora convinieron en las siguientes condiciones: el barón von Dönhof y el señor Sanín se batirían al día siguiente, a las diez de la mañana, en un bosquecillo próximo a Hanau, y colocados a veinte pasos de distancia. Cada uno tendría derecho a disparar dos veces a una señal dada por los padrinos. Las pistolas no serían de cañón rayado.

El señor Richter se marchó; Pantaleone abrió la puerta con aire de triunfador y comunicó el resultado de la conferencia, exclamando:

—*¡Bravo, Russo! ¡Bravo, giovanetto!* Serás vencedor.

Unos instantes después se dirigían ambos a la confitería de Roselli.

Sanín obtuvo previamente de Pantaleone su palabra de mantener en el más profundo secreto la cuestión del duelo. En contestación, el vejete se contentó con levantar un dedo, y, guiñando los ojos, murmuró dos veces: *Segretezza! Segretezza!*

Pantaleone estaba como rejuvenecido y andaba hasta con más soltura. Todos estos acontecimientos extraordinarios, aunque desagradables, le habían transportado a aquella época en que también él lanzaba y aceptaba (claro que en escena) desafíos. Ya se sabe que los barítonos se engallan frecuentemente en sus papeles.

Capítulo 19

SALIÓ CORRIENDO EMILIO AL ENCUENTRO de Sanín (llevaba más de una hora aguardándole), y se apresuró a comunicarle al oído que su mamá no sabía nada de lo ocurrido la víspera, y que valía más no hablar de ello; que seguían mandándole al almacén..., pero que no quería ir y que se escondería en cualquier parte.

Dicho esto en el breve espacio de unos segundos, se abrazó bruscamente a Sanín, le dio unos besos y echó a correr calle abajo.

Gemma y Sanín se encontraron en la confitería; ella quiso decir algo, pero no pudo; le temblaron los labios, y parpadeando vivamente, apartó la mirada a un lado; él se apresuró a persuadirla, para su tranquilidad, de que todo había terminado... y no había sido más que una tontería.

—¿No ha estado nadie en su casa hoy? —preguntó Gemma.

—Ha estado un señor... nos hemos explicado... y hemos arreglado la cosa de la manera más satisfactoria.

Gemma se fue detrás del mostrador.

«No me cree», pensó Sanín... Sin embargo, se dirigió a la habitación contigua en donde encontró a Frau Lenore.

Se le había pasado la jaqueca, pero se hallaba en un estado de gran melancolía. Le recibió con una sonrisa y le advirtió al mismo tiempo que iba a aburrirse aquel día, porque no se hallaba en disposición de ocuparse de él.

Al sentarse a su lado notó que tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué le sucede a usted, señora? ¿Ha llorado?

—¡Silencio!... —murmuró, señalando con la cabeza a la habitación inmediata, en donde estaba su hija—. No hable usted de eso... en voz alta.

—¿Por qué ha llorado usted?

—¡Ay, señor Sanín, ni siquiera lo sé!

—¿Le han dado algún disgusto?

—¡Oh, no!... Me he sentido muy triste de repente..., y me he acordado de Giovanni Battista..., de mi juventud..., de lo pronto que pasó. Ahora me estoy haciendo vieja, amigo mío, y de ningún modo logro conformarme. Me parece que soy la misma de antes..., pero la vejez está ya ahí.

En los ojos de Frau Lenore brillaron unas lágrimas.

—Ya veo que me mira usted extrañado... —continuó—. Pero también se hará viejo, amigo mío, y verá lo amargo que es.

Sanín se puso a consolarla, hablándole de sus hijos, en los cuales resucitaba su propia juventud, y hasta trató de llevar la cosa por el lado de la broma, diciéndole que lo que buscaba era que le dijese cumplidos... Pero ella le rogó en serio que no siguiese, y entonces, por primera vez, pudo convencerse de que aquella tristeza, la que originaba la conciencia de la propia vejez, nada podía consolarla. Era preciso esperar a que se disipara por sí misma.

Seguidamente le propuso jugar al *tresette*, y no pudo ocurrírsele nada mejor. Aceptó en el acto y hasta pareció alegrarse mucho.

Sanín jugó con ella hasta la hora de comer y aun después de la comida. Pantaleone también tomó parte en el juego. Nunca llegaron tan abajo sobre la frente los mechones de su melena, ni tampoco se sumergió tan profundamente su barba en la corbata. Cada movimiento suyo respiraba tan reconcentrada importancia, que, al mirarlo, involuntariamente surgía este pensamiento: ¿Qué secreto será el que este hombre guarda con tanta tenacidad?

En el curso de todo aquel día se esforzó en demostrar a Sanín, por todos los medios imaginables, la más profunda consideración; en la mesa, de un modo solemne, pero decidido, le sirvió antes que a las señoras; al jugar a las cartas le cedió siempre la vez en los envites, y, sin venir a cuento, declaró que los rusos eran el pueblo más grande, más valiente y más decidido de la tierra.

«¡Ah, viejo marrullero!», pensó para sí Sanín.

No le maravillaba tanto el inesperado estado de ánimo de la señora Roselli, como la conducta de su hija en relación con él.

No podía decirse que se mantuviese apartada..., más bien al contrario. Constantemente estaba sentada a poca distancia, escuchando sus palabras, y mirándole; pero se la veía decidida a no entablar conversación con él, y en cuanto comenzaba a hablarle, se levantaba despacito y, también despacito, se alejaba unos minutos. Volvía luego y tornaba a sentarse en cualquier parte, permaneciendo inmóvil, como pensativa y absorta..., absorta más que otra cosa; de tal modo que,

hasta la misma Frau Lenore llegó a notar tan inusitada actitud, y hubo de preguntarle dos veces qué le pasaba.

—Nada —contestó Gemma—. Ya sabes que algunas veces estoy así.

—Eso es verdad —asintió su madre.

Y así transcurrió todo aquel largo día, ni lánguido ni animoso, ni alegre ni triste.

Si Gemma hubiese estado de otro modo, quién sabe si Sanín hubiese resistido a la tentación de darse un poco de tono, o se hubiese abandonado a la tristeza ante la posibilidad de una separación por toda la eternidad... Pero como ni un solo momento le fue dado hablar con Gemma, tuvo que contentarse con arrancar, en las cuatro horas que pasó allí, y antes de tomar el té, algunos acordes en tono menor al piano.

Emilio volvió tarde, y para evitar que le hicieran preguntas sobre Herr Klüber, se fue a acostar enseguida.

Cuando le llegó a Sanín su turno, al despedirse de Gemma, recordó, sin saber por qué, la despedida de Lenski y de Olga, en el *Onieguin* de Puchkin. Estrechándole con fuerza la mano trató de mirarle a la cara, pero ella la volvió lentamente y liberó los dedos de la presión.

Capítulo 20

YA ESTABA LLENO DE ESTRELLAS EL CIELO cuando Sanín dejó la casa. ¡Cuántas había de todas clases, grandes y pequeñas, amarillas, rojas, azules y blancas, y cómo brillaban y parpadeaban, jugando con sus rayos! No había luna, pero a pesar de ello se percibían distintamente todos los objetos, en la tenue claridad sin sombra.

Sanín continuó la calle hasta el final... No quería regresar tan pronto a casa, porque sentía la necesidad de vagar al aire libre.

Desanduvo el camino, y poco antes de llegar a la confitería de Roselli, vio que de repente se abría una de las ventanas que daba a la calle. En el cuarto no había luz. En el negro espacio cuadrangular vio aparecer una figura femenina y escuchó su nombre:

—*Monsieur Dimitri!*

Se acercó enseguida... y vio a Gemma, apoyados los codos en el alféizar e inclinado el cuerpo hacia adelante.

—Monsieur Dimitri —dijo conteniendo la voz—, he pasado todo el día queriendo darle una cosa... y no me he atrevido. Y ahora, al volver a verle, de repente y de un modo inesperado, he pensado que así estaba dispuesto por el destino...

Al pronunciar esta última palabra se detuvo un poco involuntariamente, sin poder continuar. Evidentemente había ocurrido en aquel instante algo extraño.

De repente, en medio del profundo silencio de la noche, y bajo un cielo completamente limpio de nubes, sobrevino tal ráfaga de viento, que hasta el suelo pareció temblar bajo los pies, la tenue luz de las estrellas vacilar, y el aire elevarse como una columna. El torbellino, que no era frío, sino caliente y casi sofocante, sacudió los árboles, los tejados y las paredes de las casas, y también la calle, arrebatando de un golpe el sombrero de Sanín, y deshaciendo los negros rizos de Gemma.

La frente de Sanín venía a quedar a la altura del alféizar, al cual se agarró involuntariamente; Gemma le echó las manos a los hombros, tocando con el pecho su cabeza.

El estrépito y la conmoción duraron como un minuto... El meteoro se alejó rápidamente, como una bandada de enormes pájaros... y reinó de nuevo el profundo silencio.

Sanín levantó la vista y percibió sobre él una cara tan hermosa, aunque llena de susto y ansiedad, unos ojos tan grandes y aterrorizados, una belleza tal, que su corazón desfalleció; apretó los labios contra un fino mechón de cabellos, que le caía sobre el pecho, y sólo pudo pronunciar:

—¡Oh, Gemma!

—¿Qué ha sido eso? ¿Un torbellino? —preguntó, abriendo mucho los ojos y sin retirar las manos de sus hombros.

—¡Gemma! —repitió Sanín.

Lanzó ella un suspiro; volvió la cabeza para mirar dentro de la habitación, y quitando del pecho, con rápido movimiento, la rosa ya marchita, se la entregó a Sanín...

—Había querido darle esta flor...

Sanín reconoció la rosa que había reconquistado el día antes...

Pero ya la ventana se había cerrado, y a través de los vidrios no se veía nada.

Sanín llegó a casa sin sombrero... Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había perdido.

Capítulo 21

NO DURMIÓ HASTA CERCA DEL AMANECER. No era cosa de extrañar.

Bajo la conmoción de aquel repentino fenómeno atmosférico de verano, Sanín se dio cuenta, no de que Gemma fuera hermosa, ni de que le gustase, que eso ya lo sabía él antes... Sino de que le faltaba poco para estar enamorado de ella.

Repentinamente, como aquel huracán, el amor había soplado sobre él.

¡Y ahora, aquel duelo estúpido! Comenzaron a atormentarle presentimientos inquietantes. Bueno, suponiendo que no le matase..., ¿de qué le serviría su amor por aquella muchacha, comprometida con otro? Y aun suponiendo que este «otro» no fuese para él peligroso, y que la misma Gemma lo amase ya a él... ¿Qué haría? ¡Pero qué hermosa era!

Se puso a pasear por la habitación, se sentó luego a la mesa, sacó una hoja de papel, escribió en ella algunos renglones, e inmediatamente los emborronó...

Recordó la preciosa figura de Gemma, destacando en el fondo oscuro de la ventana, a la luz de las estrellas, y con el cabello despeinado por la ráfaga calurosa; recordó sus brazos marmóreos, semejantes a los de una diosa del Olimpo, y sintió aquella viva presión sobre sus hombros...

Después cogió la rosa, y le pareció que, de sus pétalos medio ajados se desprendía un perfume todavía más fino que el de las rosas.

¿Y lo iban a matar, o a dejarlo lisiado?

No se echó en la cama. Se durmió vestido en el diván.

Alguien le sacudió de un brazo...

Abrió los ojos y vio a Pantaleone.

—Duerme usted como Alejandro el Grande la víspera de la batalla de Babilonia — exclamó el viejo.

—Pero, ¿qué hora es? —preguntó Sanín.

—Las siete menos cuarto. Hasta Hanau hay dos horas de camino y debemos estar en el sitio los primeros. Los rusos siempre se anticipan a sus enemigos. He tomado el mejor coche de Fráncfort.

Sanín se puso a lavarse, y en esto, preguntó:

—Y las pistolas, ¿dónde están?

—Las pistolas las lleva el *ferroflucto tedesco*. También lleva médico.

Pantaleone estaba rejuvenecido, lo mismo que la víspera; pero cuando se sentó en el coche con Sanín, cuando el cochero hizo estallar la fusta y los caballos comenzaron a trotar, percibió la total diferencia entre esta realidad y la teatral, entre sus amigos de Padua, y se ensombreció. Hasta sintió miedo. Algo se derrumbaba en su interior, como una pared mal construida.

—¡Qué es lo que vamos a hacer, Dios mío, *Santissima Madonna!* —exclamó, de repente, con voz aguda y mesándose los cabellos—. ¡Qué es lo que hago yo, pobre de mí, loco, *frenético!*

Sanín lo miró extrañado, sonrió, le pasó la mano por la cintura, y le recordó el proverbio francés: *Le vin est tiré, il faut le boire*. En ruso: «Puestas las manos en la obra, hay que terminarla».

—¡Es claro, es claro! —contestó el viejo—, esta copa de amargura tenemos que bebería juntos. Pero, de cualquier modo, soy un tonto. ¡Sí, señor, un tonto! Todo marchaba tan bien, y, de repente... ¡cataplún!

—Como un *tutti* de orquesta —insinuó Sanín con sonrisa forzada—. Pero el que tiene la culpa no es usted.

—¡Ya sé que no soy yo! ¡Naturalmente! De todos modos, esto no deja de ser una atrocidad. *Diavolo! Diavolo!* —repetía Pantaleone, pasándose la mano por la melena, y suspirando.

El coche continuaba su marcha.

La mañana estaba hermosa. Las calles de Fráncfort, que empezaban a animarse, aparecían limpias y agradables. Las ventanas de las casas reflejaban la luz irisada. El coche caminaba ya por las afueras, y desde allá arriba, desde el cielo azul, aun no claro del todo, caía sobre la tierra el canto sonoro de las alondras.

De repente, en un recodo de la carretera, de detrás de un álamo, surgió una figura conocida, que avanzó unos pasos y se detuvo.

Sanín se quedó mirándola...

—¡Dios mío! ¡Emilio! ¡Estará enterado? —dijo, dirigiéndose a Pantaleone.

—¡Lo que yo le digo es que estoy loco! —exclamó desesperado, y a gritos, el pobre italiano—. Este pícaro de chiquillo no me ha dejado en paz en toda la noche, y hoy, por la mañana, al fin, le he descubierto todo.

«¡Vaya una *segretezza!*», pensó Sanín.

Cuando el coche llegó junto a Emilio, Sanín mandó parar y llamó al «pícaro chiquillo», que se acercó indeciso y pálido, como el día de su ataque. Apenas podía tenerse en pie.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Sanín con acento severo—. ¿Por qué no está usted en su casa?

—Permítame usted..., permítanme que vaya con ustedes —suplicó Emilio con la voz temblorosa, juntando las manos en alto.

Le castañeteaban los dientes, como en un acceso de fiebre.

—No les estorbaré, pero déjenme ir.

—Si siente usted por mí siquiera un mínimo aprecio —replicó Sanín— vuélvase inmediatamente a casa o al almacén con el señor Klüber, no diga una palabra a nadie, y espere a nuestro regreso.

—¿Su regreso? —gimió Emilio con voz grave y entrecortada—. Pero si le...

—¡Emilio! —interrumpió Sanín, señalándole con los ojos al cochero—. Vuelva usted en sí y márchese a casa. Obedézcame, querido amigo. Demuéstreme que me quiere, se lo ruego...

Le tendió la mano. Emilio, dando un salto hacia adelante se apoderó de ella y la apretó contra sus labios. Después, apartándose del camino, echó a correr hacia Fráncfort, a campo a través.

—Otro corazón noble —murmuró Pantaleone, al tiempo que Sanín le miraba con aire disgustado...

El viejo se acurrucó en un rincón del coche. Comprendía su falta, y cada vez se encontraba más aturdido. ¿Iba efectivamente, a servir de padrino? ¿Y era él quien había alquilado aquel coche, y arreglado todo, y abandonado su pacífica morada a las seis de la mañana? A todo esto, le dolían los pies y estaba extenuado.

Sanín consideró preciso animarle, y acertó con la palabra oportuna.

—¿En dónde está su espíritu de antes, querido *signor* Cippatola? ¿En dónde *il antico valor*?

El *signor* Cippatola se irguió y frunció el ceño.

—*Il antico valor?* —profirió con voz cavernosa—. *Non è ancora spento, il antico valor!*

Recobró un poco el ánimo, y poniéndose a hablar de su carrera, de la ópera y del gran tenor García, llegó a Hanau hecho un valiente.

¡Como ha de ser! En el mundo no hay nada más fuerte ni más débil que la palabra.

Capítulo 22

EL BOSQUECILLO EN DONDE HABÍA DE CELEBRARSE el encuentro entre los combatientes estaba a cuatro millas de Hanau.

Sanín y Pantaleone llegaron los primeros, como se habían propuesto, y ordenando al cochero que esperase a la entrada, se internaron y desaparecieron en la sombra de los frondosos y abundantes árboles.

Todavía tuvieron que esperar cerca de una hora.

No le pareció a Sanín muy molesta aquella espera; paseando arriba y abajo por un senderito, escuchaba el canto de los pájaros, los seguía en su vuelo, y, según la costumbre de la mayoría de los rusos en ocasiones parecidas, procuraba no pensar en nada.

Sólo una vez se le ocurrió una idea: había tropezado con un tilo, derribado probablemente por el torbellino del día anterior; estaba casi muerto...; las hojas, desde luego, lo estaban.

«¿Qué es esto? ¿Un augurio?», pensó un instante; pero un segundo después se puso a silbar, saltó por encima del propio tilo y continuó paseando por el pequeño sendero.

Pantaleone refunfuñaba maldiciendo a los alemanes, y gruñía, frotándose tan pronto las rodillas como la espalda. A veces bostezaba nerviosamente, lo cual daba a su carita menuda una expresión tan graciosa que a Sanín le costaba trabajo contener la risa.

Se oyó por fin el ruido de un coche.

—¡Ahí están! —dijo Pantaleone poniéndose en guardia e irguiéndose, no sin un cierto temblor nervioso repentino, que procuró disimular con la exclamación ¡brrr...!, y un comentario sobre lo fresca que estaba la mañana.

Un rocío abundante empapaba la hierba y las hojas de los árboles; pero, a pesar de todo, el calor llegaba hasta dentro del bosque.

Aparecieron enseguida los dos oficiales, acompañados por un individuo de pequeña estatura y fuerte, de cara flemática y casi adormilada. Era el médico militar.

Traía en una mano una jarra de barro con agua, adecuada para toda circunstancia, y del hombro izquierdo le colgaba un maletín con vendas e instrumentos quirúrgicos. Se veía que estaba habituado a aquella clase de excursiones; como que constituían una de sus fuentes de ingresos, pues cada duelo le producía ocho ducados, cuatro de cada adversario.

El señor von Richter traía una caja con las pistolas, y el señor von Dönhof una fusta, con la que, por aquello del *chic*, estaba jugando constantemente.

—¡Pantaleone! —dijo Sanín al viejo—: Si... si me matasen, que todo puede suceder, saque usted de mi bolsillo interior una cartera —dentro hay una flor—, y dele usted esa cartera a la *signorina* Gemma. ¿Oye usted? ¿Me lo promete?

El viejo le miró consternado, y movió la cabeza afirmativamente... Pero Dios sabe si llegó a comprender lo que Sanín le pidió.

Los adversarios y los padrinos cambiaron los saludos de rigor; únicamente el doctor no movió siquiera las cejas, y se sentó sobre la hierba dando un bostezo, y como diciendo: «¡A mí qué me importa todo este ceremonial caballeresco!».

El señor von Richter propuso al señor *Tschibadola* elegir el terreno; el señor *Tschibadola* contestó, revolviendo con dificultad la lengua (se le había vuelto a desmoronar la «pared»):

—Hágalo usted, y yo veré cómo lo hace.

El señor von Richter se puso en movimiento, y encontró allí mismo, en el bosque, un descampado muy a propósito, todo cubierto de flores; midió los pasos, señaló con dos palitos, que afiló en un momento, los puestos, sacó las pistolas de la caja y, poniéndose en cuclillas, atacó las balas. En una palabra: se afanó y trabajó con todas sus fuerzas, sin dejar de limpiarse constantemente la cara sudorosa con un pañuelo blanco.

Pantaleone, que le acompañaba, parecía estar entumecido.

En el curso de todos aquellos preparativos, ambos adversarios se mantenían alejados, como dos colegiales castigados, enfurruñados con el profesor.

Llegó el momento definitivo...

Y ambos cogieron sus pistolas.

Pero entonces el señor von Richter hizo observar a Pantaleone que a él, como más viejo de los padrinos, le correspondía, conforme a las reglas del duelo, antes de pronunciar las fatídicas palabras: «¡Una, dos, tres!», dirigirse a los adversarios, proponiéndoles por última vez reconciliarse; que, aunque esta proposición nunca da resultado, y en general no es más que una formalidad vana, el cumplimiento de tal

formalidad alejaba del señor Cippatola una parte de responsabilidad; que, si bien es verdad que dicha invitación constituía la obligación inmediata del llamado «testigo imparcial» (*Umparteischer Zeuge*), como allí no lo había, él, el señor von Richter, con mucho gusto cedía tal privilegio a su honorable colega.

Pantaleone, que había logrado colocarse detrás de una mata para no ver en absoluto al oficial provocador, no había comprendido ni una palabra del discurso del señor von Richter, entre otras cosas, porque lo había pronunciado con voz nasal; pero de repente se estremeció, se lanzó rápido hacia adelante, y golpeándose el pecho con las manos, exclamó con voz ronca en su mezclanza de idiomas:

—*A la, la, la...! Che bestialità! Deux zeun'ommes comme ça que si battono perchè? Che diavolo! Andate a casa!*

—Yo no quiero reconciliarme —se apresuró a decir Sanín.

—Tampoco quiero yo reconciliarme —dijo inmediatamente su adversario.

—Usted dará las voces: una, dos, tres —encargó von Richter al azorado Pantaleone, el cual se precipitó detrás del matorral, y desde allí gritó, todo encogido, cerrando los ojos y volviendo la cabeza, pero a voz en cuello:

—*Una... due... e tre!*

El primero que disparó fue Sanín, y no hizo blanco. La bala de su pistola dio en un árbol.

El barón Dönhof disparó inmediatamente después, y deliberadamente a un lado y al aire.

Siguió un silencio embarazoso... Nadie se movió de su sitio. Pantaleone lanzó un suspiro contenido.

—¿Quiere usted que continuemos? —preguntó Dönhof.

—¿Por qué ha tirado usted al aire? —exclamó Sanín.

—Eso es cosa mía.

—¿Y está usted dispuesto a disparar por segunda vez al aire? —inquirió de nuevo Sanín.

—Tal vez. No lo sé.

—¡Caballeros!, ¡caballeros!, permítanme ustedes... —interrumpió von Richter—, los adversarios no tienen derecho a dirigirse la palabra. Eso es completamente irregular.

—Yo renuncio a disparar —exclamó Sanín, arrojando la pistola al suelo.

—Yo también renuncio a continuar el duelo —expuso Dönhof, arrojando de igual modo su pistola—. Además, estoy dispuesto a reconocer ahora que anteayer la culpa

fue mía.

Y como con cierta timidez, tendió la mano, indeciso. Sanín se acercó rápidamente a él, y se la cogió.

Ambos jóvenes se miraron sonrientes, y sus rostros se cubrieron de un ligero rubor.

—*Bravi! Bravi!* —gritó de repente, enloquecido y atragantándose Pantaleone, y dando palmadas salió como un rayo de detrás del matorral; el doctor, que estaba sentado por allí cerca, sobre el tronco de un árbol caído, se levantó lentamente, vació su jarro y se dirigió arrastrándose perezosamente al lindero del bosque.

—El honor ha quedado satisfecho y el duelo terminado —dijo von Richter.

—*Fuori!* —gritó acordándose de sus buenos tiempos el buen Pantaleone.

Después de cambiar unos saludos con los señores oficiales y de subir al coche, experimentaba Sanín, a decir verdad, si no satisfacción, por lo menos un cierto alivio, como después de haber sufrido una operación. Pero también notaba, removido en él, otro sentimiento parecido al de la vergüenza...

Las condiciones con que de antemano se había organizado el duelo, las ordinarias entre los funcionarios del Estado y entre los oficiales, las mismas con que él acababa de desempeñar su papel, le parecían tener algo de falso y como de broma de estudiantes. Recordó al flemático doctor, y cómo sonreía, es decir, cómo arrugaba la nariz cuando le vio a él salir del bosque casi del brazo del barón Dönhof. Y últimamente, cuando Pantaleone entregó a dicho doctor los cuatro ducados correspondientes... ¡Oh, todo eso le parecía muy mal!

Sí. Todo aquello le parecía absurdo y vergonzoso... Aunque, por otra parte, ¿qué podía hacer él? ¿Dejar sin castigo el atrevimiento del joven oficial, y conducirse por el estilo de Herr Klüber? No.

Había salido en defensa de Gemma... Las cosas eran así. Pero, de todos modos, en el fondo, no se sentía satisfecho, y experimentaba remordimientos, y hasta rubor.

En cambio, Pantaleone estaba verdaderamente triunfal. De repente, le acometió el orgullo, y un general victorioso que regresase del campo de batalla no se mostraría más contento de sí mismo.

La actitud de Sanín durante el duelo le llenaba de entusiasmo, hasta el punto de magnificarlo como un héroe y de no querer escuchar sus explicaciones y hasta sus súplicas. Lo comparaba con un monumento de mármol o de bronce, y con la estatua del Comendador en el *Don Juan*.

No dejaba de reconocer que él, Pantaleone, había estado algo excitado, «pero es que soy un artista —añadió—, y soy nervioso por temperamento, y usted es hijo de las

nieves y de las rocas graníticas».

Sanín no sabía, en realidad, cómo tranquilizar al arrebatado artista.

Casi en el mismo lugar del camino, en donde dos horas antes habían encontrado a Emilio, volvió a aparecer este, saliendo de detrás de un árbol; y profiriendo gritos de alegría, saltando y agitando la gorra por encima de la cabeza, se lanzó derecho al coche, a punto de caer entre las ruedas. Luego, sin esperar a que los caballos se parasen, trepó por la portezuela cerrada y se abrazó ansiosamente a Sanín.

—¡Vive usted! ¡No está usted herido! —exclamó—. Perdóneme si no le he obedecido y no me he vuelto a Fráncfort... No podía. He estado aguardándole aquí... Cuénteme lo que ha pasado. Usted... ¿lo ha matado?

Mucho trabajo costó a Sanín tranquilizarlo y hacer que se sentase al lado suyo.

Con un gran derroche de palabras y con visible satisfacción, refirió Pantaleone a Emilio todos los particulares del duelo, sin omitir, naturalmente, la alusión al monumento de bronce y a la estatua del comendador. Llegó hasta ponerse en pie, y abriendo las piernas para conservar el equilibrio, se cruzó de brazos y miró altivamente por encima del hombro; quería representar al comendador Sanín.

Emilio le escuchaba con arrobamiento, interrumpiendo de cuando en cuando el relato con una exclamación, o levantándose súbitamente y besando con la misma celeridad a su heroico amigo.

Las ruedas empezaron a rodar por el empedrado de Fráncfort, y al poco rato se detuvo el coche delante del hotel en que se alojaba Sanín.

Subía este al segundo piso, acompañado de sus dos amigos, cuando de repente salió del oscuro corredor, con paso precipitado, una mujer. Tenía el rostro cubierto con un velo; se detuvo delante de Sanín, vaciló un momento, suspiró temblorosa y echó a correr escalera abajo, hacia la calle, desapareciendo con gran estupefacción del camarero, que declaró «que aquella dama llevaba más de una hora esperando al señor extranjero».

Por muy instantánea que hubiese sido su aparición, Sanín había logrado reconocer a Gemma; había conocido sus ojos, ocultos por el espeso velo de seda color castaño.

—¿Sabía acaso algo Fräulein Gemma? —profirió con voz no muy contenta, en alemán, dirigiéndose a Emilio y a Pantaleone, que le seguían.

Emilio se puso colorado y se turbó.

—Tuve que contárselo todo —balbució—. Ella había adivinado, y no me fue posible... Pero ahora no importa —añadió con viveza—, todo ha terminado bien y ya le ha visto vivo y sano.

Sanín se volvió y dijo con enojo, al tiempo que entraba en su habitación y se sentaba en una silla:

—¡Pero qué charlatanes son ustedes!

—No se incomode usted, se lo ruego —suplicó Emilio.

—Está bien, no me incomodaré.

En realidad, Sanín no se había incomodado, ya que, en resumidas cuentas, ¿por qué habría de desear que Gemma no supiese nada?

—Bueno... basta de abrazarse. Ahora váyanse ustedes. Deseo quedarme solo. Me voy a echar a dormir. Estoy muy cansado.

—¡Muy bien pensado! —aprobó Pantaleone—. ¡Usted necesita descansar, y lo merece, noble *signore*! ¡Emilio, vámonos! ¡De puntillas! ¡De puntillas! ¡Chist!

Al decir que quería dormir, Sanín deseaba únicamente alejar a sus compañeros. Pero en cuanto se quedó solo, sintió un gran cansancio en todos sus miembros. No había pegado ojo durante casi toda la noche, y echándose sobre la cama, se quedó enseguida profundamente dormido.

Capítulo 23

DURMIÓ DE UN TIRÓN ALGUNAS HORAS SEGUIDAS. Después empezó a soñar que se batía de nuevo, que en calidad de adversario tenía delante de sí a Herr Klüber, que en un pino había un papagayo, que era Pantaleone, y que gritaba, chasqueando con el pico: ¡Una, una, una! ¡Una, una, una!

¡Una... una... una...!, oyó claramente; y abriendo los ojos, levantó la cabeza y sintió llamar a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Sanín.

Entró el camarero y anunció que deseaba verle una señora.

«¡Gemma!», se le ocurrió en el acto...

Pero la dama que apareció era su madre, Frau Lenore, que, según entró, se dejó caer sobre una silla y se echó a llorar.

—¿Qué le pasa a usted, mi buena amiga, mi querida señora Roselli? —preguntó Sanín sentándose a su lado, pasando cariñosamente su mano por las de ella—. ¿Qué ha ocurrido? Tranquilícese usted, se lo ruego.

—¡Ah señor Dimitri, soy muy... muy desgraciada!

—¿Que es usted desgraciada?

—¡Sí, mucho! ¡Cómo podía esperar!... De repente, como un trueno en cielo claro...

Respiraba con gran dificultad.

—Pero ¿qué ha sido? ¡Explíquese usted! ¿Quiere usted un vaso de agua?

—No, muchas gracias.

Frau Lenore se secó las lágrimas con un pañuelo y rompió a llorar de nuevo con más fuerza.

—¡Lo sé todo! ¡Todo!

—¿Cómo todo? ¿Qué?

—Todo lo que ha sucedido hoy. Y el motivo también lo sé. Ha procedido usted como un caballero, ¡pero qué desgraciado encadenamiento de circunstancias! ¡Por

algo me disgustaba esa excursión a Soden... por algo!

Frau Lenore no había dicho nada de eso el mismo día de la excursión. Pero ahora le parecía que lo había presentido «todo».

—Por eso he venido a verlo a usted, como a un caballero, como a un amigo, aunque no hace más que cinco días que nos hemos visto por primera vez... Pero soy una viuda y estoy sola... Mi hija...

Las lágrimas ahogaban la voz de Frau Lenore.

Sanín no sabía qué pensar y repitió:

—¿Su hija...?

—Mi hija, Gemma —profirió casi gimiendo Frau Lenore, a través de su pañuelo empapado en lágrimas—, me ha comunicado esta mañana que no quiere casarse con Herr Klüber, y que debo despedirlo yo.

Sanín, que no esperaba esto, dio casi un brinco.

—Ya no hablo —prosiguió Frau Lenore— de la vergüenza que esto significa, y que nunca ha ocurrido en el mundo que una novia renuncie a su prometido. ¡Pero es que esto supone para nosotros la ruina, Herr Dimitri!

Frau Lenore arrugó su pañuelo, convirtiéndolo en una pelota pequeña, como si quisiese encerrar en él todo su dolor.

—Vivir de nuestro comercio, ya no nos es posible, Herr Dimitri; en cambio el señor Klüber es muy rico y lo será todavía más. ¿Por qué entonces rechazarlo? ¿Porque no salió a la defensa de su novia? Demos por supuesto que eso no ha estado bien por su parte, pero hay que tener en cuenta que es un paisano, que no se ha educado en la Universidad, y que, comerciante sólido, tenía que despreciar el proceder ligero de unos oficiales a quienes no conocía. ¿Qué ofensa hay en esto?

—Perdone usted, Frau Lenore. Se equivoca respecto de mí...

—No me equivoco, de ningún modo. Usted es otra cosa, usted, como todos los rusos, es militar...

—Dispéñeme usted, yo no...

—Usted es un extranjero que está de paso, y le estoy muy agradecida —continuó Frau Lenore, sin escuchar a Sanín, suspirando, abriendo los brazos, estirando el pañuelo y sonándose.

Sólo por la manera cómo manifestaba su dolor, se podía comprender que no había nacido bajo el cielo del Norte.

—Y ¿cómo podría el señor Klüber comerciar en su establecimiento si tuviese que batirse con los parroquianos? Eso no es razonable. ¡Y ahora tengo yo que despedirlo! Pero ¿y con qué vamos a vivir? Antes éramos los únicos que hacíamos dulce de pistacho y caramelo de malvavisco y teníamos mucha parroquia; pero ahora todo el mundo hace caramelo de malvavisco. Aparte de esto, toda la gente va a hablar en la ciudad de su duelo, que no hay posibilidad de mantener oculto. ¡Y de la boda rota de repente! ¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo! Gemma es una excelente muchacha y me quiere mucho; pero es una republicana furibunda, y no le importa la opinión de los demás. ¡Sólo usted podría convencerla!

Sanín, más aturdido todavía que antes, repitió:

—¿Yo, Frau Lenore?

—Sí, usted solo... Usted solo. Para eso he venido a verle a usted; no se me ha ocurrido otra cosa. Usted es tan instruido y tan buena persona... Como ha salido usted en su defensa, creerá cuanto le diga. Tendrá que creerlo, porque usted puso en peligro su vida por ella. Convénzala usted, porque yo ya no puedo más. Demuéstrele que, a todos, a ella y a nosotros, nos va a perder... Ha salvado usted a mi hijo, salve ahora a mi hija. Dios es quien le ha enviado aquí... Estoy dispuesta a ponerme de rodillas y rogárselo.

Frau Lenore estaba ya medio levantada de su silla como para echarse a los pies de Sanín...; pero este la contuvo.

—¡Frau Lenore, por Dios, qué pretende hacer usted!

Ella le cogió ansiosamente una mano y exclamó:

—¿Me lo promete usted?

—¡Frau Lenore, piense con qué motivo yo...!

—¿Me lo promete, o quiere que caiga muerta aquí mismo delante de usted?

Sanín estaba desconcertado; era la primera vez en su vida que tenía que vérselas con un temperamento italiano arrebatado.

—Haré todo lo que usted quiera —exclamó—. Hablaré con Fräulein Gemma.

Frau Lenore lanzó un grito de alegría.

—No sé, en realidad, qué resultado vamos a obtener...

—¡Ah, no se niegue usted, no se niegue usted! —profirió Frau Lenore con voz suplicante—. Ya me lo ha prometido usted. El resultado, seguramente, será muy bueno. En todo caso, es lo único que puedo intentar. A mí no me hace caso.

—¿Le ha declarado a usted definitivamente que no quiere casarse con Herr Klüber?
—preguntó Sanín después de una breve pausa.

—¡Absolutamente! Es enteramente como su padre, como Giovanni Battista. ¡Es muy decidida!

—¿Decidida, Gemma? —repitió Sanín.

—Sí... sí..., pero, sin embargo, es un ángel. A usted le hará caso. Venga usted, venga usted inmediatamente. ¡Oh, mi querido amigo ruso!

Frau Lenore se levantó bruscamente de la silla, y no menos bruscamente se agarró a la cabeza de Sanín que estaba delante de ella.

—Reciba la bendición de una madre... y deme un poco de agua.

Trajo Sanín un vaso de agua a la señora Roselli, y le dio su palabra de honor de ir enseguida. Después la acompañó hasta la escalera, y, de vuelta en su habitación, juntó las manos, chocándolas, y abriendo desmesuradamente los ojos, pensó: «¡Vaya unas vueltas que da mi vida! ¡Tales vueltas da, que hasta se me va la cabeza!».

Ni siquiera trató de analizar sus pensamientos, porque todo cuanto estaba ocurriendo era absurdo. «¡Menudo día! —murmuraban involuntariamente sus labios—. Conque... la chica es decidida..., según dice su madre, y yo tengo que aconsejarla. Pero ¿y qué le voy a aconsejar?».

La cabeza le daba vueltas; mas, por encima de aquel torbellino de diversas impresiones y sentimientos, y de pensamientos no formulados por completo, se elevaba constantemente aquella imagen, que de un modo tan indeleble se había grabado en su memoria, en aquella calurosa noche saturada de electricidad, en aquella ventana oscura, a la luz de miríadas de estrellas.

Capítulo 24

SANÍN SE APROXIMÓ VACILANTE A LA CASA de la señora Roselli; el corazón le palpitaba con tanta fuerza que hasta oía sus latidos.

¿Qué le iba a decir a Gemma? ¿Cómo iba a empezar a hablar con ella?

Entró en la casa por la puerta de la tienda, y encontró en la trastienda a Frau Lenore, que a la vez que se alegró de verlo, sintió un cierto miedo.

—Le estaba esperando —dijo, cuchicheando y estrechándole las manos—. Vaya usted al jardín: allí está Gemma. A ver cómo lo arregla; en usted pongo toda mi esperanza.

Sanín se fue al jardín, en donde encontró a Gemma sentada en un pequeño banco al borde de un sendero, y ocupada en llenar un plato con las cerezas más maduras que escogía de un cesto.

El sol había bajado mucho. Eran ya las siete de la tarde, y los rayos oblicuos que llenaban todo el jardincito de la señora Roselli eran, más que dorados, purpúreos.

De cuando en cuando se escuchaba un murmullo lánguido, apenas perceptible, de las hojas de los árboles, el zumbido repentino de las abejas y el arrullo monótono e incesante de las lejanas tórtolas.

Gemma llevaba el mismo sombrero con que había ido a Soden.

Miró a Sanín por debajo del ala y volvió a inclinar la cabeza sobre el cesto.

Sanín se acercó, acortando involuntariamente el paso, y no se le ocurrió nada mejor que preguntarle para qué escogía aquellas cerezas.

Ella, sin apresuramiento, le contestó:

—Las más maduras, para hacer dulce, y las otras, para pastelillos. Aquí vendemos unos pastelillos rellenos de este dulce.

Diciendo esto, Gemma inclinó todavía más la cabeza y se quedó con la mano derecha, en que sostenía dos cerezas, en el aire, entre la cesta y el plato.

—¿Me permite usted sentarme a su lado? —preguntó Sanín.

—Sí, faltaría más.

Y se movió, haciéndole sitio en el banco.

Sanín se sentó a su lado, sin saber cómo empezar a hablar.

Gemma lo sacó de dudas, diciéndole con viveza, y volviendo hacia él su hermoso rostro, encendido de rubor, y los ojos resplandeciendo con el fuego de la gratitud:

—Hoy se ha batido usted en duelo, ¡y está tan tranquilo! ¿De modo que para usted no existe el peligro?

—¡Por Dios! ¡No he corrido ningún peligro! Todo se hizo del modo mejor.

Gemma movió de derecha a izquierda un dedo delante de los ojos... Un gesto italiano.

—No, no, no diga usted eso. No me engañe usted. Pantaleone me lo ha contado todo.

—¡A quién ha ido usted a creer! Pantaleone me ha comparado con la estatua del comendador.

—Su manera de hablar podría provocar la risa; pero ni sus sentimientos, ni lo que ha hecho usted hoy son cosa para reír. Y todo ello por mí... y a causa mía... Yo no lo olvidaré nunca...

—Le aseguro a usted, Fräulein Gemma...

—No lo olvidaré—repitió acentuando las palabras, al tiempo que lo miraba fijamente otra vez, y se volvió.

Pudo él contemplar entonces su fino y puro perfil, y le pareció que nunca había visto nada semejante, ni experimentado cosa análoga a la que experimentaba en aquel instante. Su alma se abrasaba.

«¡Y mi promesa!», pensó.

—Fräulein Gemma... —dijo, después de una breve pausa.

—¿Qué?

Sin volverse hacia él, continuó eligiendo las cerezas, que cogía cuidadosamente por los rabos con las puntas de los dedos, arrancándoles con esmero las hojitas...

¡Pero qué persuasiva entonación había en aquella palabra única: «qué»!

—¿No le ha dicho nada su mamá... acerca de...?

—¿Acerca de qué?

—Acerca de mí.

Gemma volvió a dejar en la cestilla las cerezas que había cogido, y preguntó a su vez:

—¿Ha hablado con usted?

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho?

—Me ha dicho... que..., de repente, había usted decidido alterar sus anteriores propósitos.

Volvió Gemma a inclinar la cabeza, que desapareció debajo del sombrero, viéndose solamente el cuello flexible y tierno, como el tallo de una flor.

—¿Qué propósitos?

—Los que usted tenía... sobre su vida futura.

—¡Ah!... ¿Se refiere usted sin duda al señor Klüber?

—Sí.

—¿Le ha dicho mamá que ya no quiero ser la esposa del señor Klüber?

—Sí.

Gemma se movió en el banco, y al hacerlo tropezó con la cestilla, que cayó al suelo, derramándose algunas cerezas. Transcurrió un minuto... dos...

—¿Para qué le ha dicho a usted eso? —preguntó.

Sanín siguió sin ver, como antes, más que el cuello de Gemma, y su pecho que subía y bajaba con más rapidez.

—¿Para qué? Su mamá ha supuesto que, como usted y yo hemos hecho tan buenas migas en poco tiempo, y me ha otorgado tanta consideración, me hallaría en condiciones de darle a usted un consejo útil, y que usted me obedecería.

Gemma dejó caer silenciosamente las manos sobre las rodillas y se puso a hacer y deshacer pliegues en su falda.

—¿Y qué consejo me daría usted, *monsieur* Dimitri? —preguntó, después de un corto silencio.

Sanín observó que los dedos de Gemma le temblaban sobre las rodillas y la maniobra de los pliegues de la falda tenía por objeto sólo ocultar aquel temblor.

Y colocando suavemente su mano sobre aquellos dedos pálidos y temblorosos, dijo:

—Gemma, ¿por qué no me mira usted?

Instantáneamente echó atrás el sombrero sobre la espalda, fijó en él los ojos, más confiados y agradecidos que al principio, y quedó esperando a que él hablase...

Pero la vista de su rostro lo turbó, lo deslumbró... Los tibios rayos del sol vespertino bañaron su juvenil cabeza, cuya expresión era todavía más radiante y luminosa que los propios rayos del sol.

—Le obedeceré, *monsieur* Dimitri —dijo con una leve sonrisa y arqueando ligeramente las cejas—. Pero ¿qué consejo me va usted a dar?

—¿Qué consejo? —repitió Sanín—. Pues el siguiente: su mamá supone que rechazar al señor Klüber, sólo por no haber demostrado anteayer una valentía especial...

—¿Sólo por qué? —preguntó Gemma, inclinándose para coger la cestilla, que colocó a su lado en el banco.

—Que... en términos generales... el rechazarlo no está bien por parte de usted; que este es un paso cuyas consecuencias hay que sopesar bien, y que, finalmente, la situación del negocio de ustedes impone ciertas obligaciones a cada uno de los miembros de su familia...

—Todo eso es la opinión de mamá —interrumpió Gemma—. Son las palabras de ella. Ya las conozco. Pero, la opinión de usted, ¿cuál es?

—¿La mía? —y no dijo más. Sentía que se le había puesto en la garganta una cosa que le impedía la respiración—. Yo también creo... —añadió, haciendo un esfuerzo.

Gemma se enderezó y exclamó:

—¿También, usted también?

—Sí... Es decir...

Sanín, en realidad, no pudo añadir ni una sola palabra.

—Está bien —dijo Gemma—. Si como amigo me aconseja usted que modifique mi decisión..., es decir, que no altere mi anterior decisión, lo pensaré. (Y sin darse cuenta ella misma de lo que hacía, empezó a trasladar de nuevo las cerezas del plato a la cesta...) Mamá tiene la esperanza de que yo le haga caso a usted... ¿Quién sabe? Es posible que sí...

—Permítame usted, sin embargo, *Fräulein* Gemma. Desearía saber primero qué motivos la han impulsado...

—Haré lo que usted diga —repitió Gemma, iniciando un continuo fruncimiento de cejas, y palideciendo, al mismo tiempo que se mordía el labio inferior—. Ha hecho usted tanto por mí, que estoy obligada a hacer lo que usted quiera, a cumplir sus deseos. Se lo diré a mamá... Ya lo pensaré. A propósito, aquí viene.

Efectivamente, Frau Lenore apareció en el umbral de la puerta que conducía al jardín. La impaciencia la devoraba y no había podido estarse quieta en su sitio. Según

sus cálculos, Sanín debía haber concluido ya la explicación con Gemma, a pesar de que la conversación no había durado más de un cuarto de hora.

—¡No, por Dios! ¡No le diga usted nada todavía! —exclamó Sanín precipitadamente y casi con espanto—. Espere usted..., ya le diré..., ya le escribiré..., pero entretanto no decida nada..., espere usted.

Le apretó la mano a Gemma, saltó del asiento, y con gran asombro de Frau Lenore, pasó corriendo por su lado, levantando el sombrero, murmurando algo incomprensible, y desapareció.

Frau Lenore se acercó a la hija.

—Dime, hija mía...

Gemma se levantó de repente y se abrazó a ella.

—¡Mamá querida! ¿Puedes esperar un poco, un poquito... hasta mañana? ¿Podrás? ¿Y no decirme, además, ni una palabra?... ¡Ah!

Brotaron de sus ojos repentinamente unas lágrimas brillantes, inesperadas para ella misma, lo cual admiró a Frau Lenore, tanto más cuanto que la expresión del rostro de Gemma estaba muy lejos de ser de tristeza. Antes bien, era de alegría.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Nunca te he visto llorar, y, de repente...

—¡Nada, mamá, nada! Sólo te pido que esperes. Tenemos que esperar las dos. No me preguntes nada hasta mañana, y déjame escoger las cerezas antes de que se ponga el sol.

—Pero ¿vas a ser juiciosa?

—¡Oh, muy juiciosa! —y movió la cabeza significativamente.

Luego se puso a hacer unos manojitos de cerezas, que contemplaba teniéndolos en el aire a la altura de su cara, teñida de un rosa vivo.

No se secó las lágrimas: se secaron solas.

Capítulo 25

SANÍN REGRESÓ A SU CASA apresuradamente.

Sentía, y de ello se daba cuenta, que únicamente en su habitación y a solas consigo mismo, podría explicarse por fin lo que le estaba pasando.

Efectivamente, apenas entró en su cuarto y se hubo sentado ante su escritorio, colocó sobre él los codos, y oprimiéndose las mejillas con las manos, exclamó sorda y doloridamente: «¡La amo, la amo con locura!». Y su pecho ardió como una brasa, que se despoja de la ceniza muerta que la recubre.

Un instante después... ya no era capaz de comprender cómo había podido estar sentado a su lado y hablar con ella sin advertir que la adoraba, y que estaba dispuesto, como suele decir la juventud, «a morir a sus pies».

Su última entrevista lo había decidido todo. Pensando ahora en Gemma, ya no la veía con los rizos deshechos y a la luz de las estrellas; la veía sentada en el banco, echando atrás su sombrero y mirándole tan confiada y temblorosa, que despertaba en él una intensa fiebre del amor.

Le vino a la memoria la rosa que desde hacía dos días traía en el bolsillo, y sacándola, apretó contra ella los labios, con tal ansia, que hizo un gesto involuntario de dolor.

Ya no pensaba ni imaginaba nada; se había separado de su pasado dando un salto adelante; desde la árida orilla de su soledad, de su vida de soltero, se había precipitado en un arroyo hirviente, rápido, sin inquietud y sin querer saber adónde lo conduciría, ni si lo destrozaría contra una roca.

Ya no se trataba de las ondas silenciosas de la romanza de Uhland, que en otro tiempo le habían mecido...; ahora eran unas ondas violentas e irresistibles que corrían y saltaban arrastrándolo consigo...

Cogió un pliego de papel, y todo seguido, casi de un solo trazo, escribió lo siguiente:

Querida Gemma:

Ya sabe usted qué consejo he decidido darle a usted, lo que su madre desea y lo que me ha rogado; pero lo que usted no sabe, y estoy obligado a decirle ahora, es que la amo; y que la amo con toda la pasión de un corazón que ama por primera vez. Este fuego ha brotado en mí de repente, pero con tal fuerza que no encuentro palabras para expresarlo. Cuando su madre vino a verme y a formular su ruego, todavía no hacía más que arder entre ceniza; pues, de otro modo, en mi calidad de hombre honrado, seguramente hubiera rehusado su encargo. La confesión que ahora le hago es también la de un hombre honrado. Debe usted saber con quién trata, ya que entre nosotros es preciso que no exista mala inteligencia. Ya ve usted que no puedo darle ningún consejo... ¡La amo, la amo, la amo, y esto es todo lo que llena mi cabeza y mi corazón!

Dimitri Sanín

Plegada y cerrada la carta, quiso Sanín llamar al camarero para que la llevase... ¡Pero no era conveniente!

¿Y por medio de Emilio? Ir al almacén y buscarle entre los demás dependientes, tampoco convenía. Además, era ya de noche y probablemente se habría marchado ya del almacén.

Haciendo estas reflexiones, cogió el sombrero y se marchó a la calle. Dio la vuelta a una esquina, luego a otra, y con indescriptible alegría vio delante de sí a Emilio que, con una carpeta debajo del brazo y un rollo de papeles en la mano, regresaba de prisa a su casa.

No se dice en vano que todo enamorado «tiene su estrella» —pensó Sanín—, y llamó a Emilio.

Este se volvió y acudió rápidamente.

Sin darle tiempo a manifestarle su alegría, le entregó la carta y le explicó a quién tenía que dársela y cómo había de hacerlo...

Emilio le escuchó con atención, y dando a su rostro una expresión significativa y misteriosa, como diciendo: «Ya entiendo de qué se trata».

—¿De modo, que no la ha de ver nadie?

—Sí, mi joven amigo —respondió Sanín, algo confuso y dándole una pequeña palmada en la mejilla...

—Si hubiera respuesta..., ¿me la traería usted, no es verdad? Estaré en casa.

—No tenga usted cuidado —murmuró Emilio con acento de alegría, y echó a correr.

Mientras corría, todavía le hizo un gesto persuasivo con la cabeza.

Sanín volvió a su casa, y sin encender la luz se echó en el diván, cruzó las manos detrás de la cabeza y se entregó a esas impresiones del amor que acaba de brotar y que es inútil describir, porque el que las ha experimentado ya, conoce sus ansias y sus dulzuras, y el que no las ha sentido, no lograría comprenderlas.

Se abrió la puerta y apareció la cabeza de Emilio.

—Aquí la traigo —dijo con voz queda—. Aquí está la contestación —y enseñó, levantándolo por encima de la cabeza, un papelito doblado.

Sanín saltó del diván y lo arrancó de las manos de Emilio.

La pasión obraba en él con demasiada violencia, y no estaba ahora para la discreción ni para observar las conveniencias, aun delante de aquel jovencito, hermano de Gemma. Aunque hubiera querido contenerse, avergonzado de proceder así, no hubiera podido. Se acercó a la ventana, y a la luz de un farol de la calle, situado frente a la casa, leyó las siguientes líneas:

Le ruego, le suplico que en todo el día de mañana no venga ni aparezca por nuestra casa, lo necesito en absoluto, y entonces se arreglará todo. Sé que no me negará usted esto, porque...

Gemma

Sanín leyó dos veces esta carta. ¡Qué conmovedoramente graciosa y bonita le pareció la letra!

Quedó un momento pensativo, y volviéndose hacia Emilio, que, deseando demostrar su discreción, estaba de cara a la pared, arañándola con las uñas. Lo llamó por su nombre, con voz fuerte.

Emilio acudió de inmediato:

—¿Qué desea usted?

—Escúcheme, querido amigo...

—Señor Sanín —interrumpió con voz quejumbrosa—, ¿por qué no me llama usted de tú?

Sanín sonrió.

—Bueno, conforme. Escucha, querido amigo. —Emilio brincó de alegría—. Escucha; di *allí*, ¿comprendes? que todo se cumplirá al pie de la letra. —Emilio apretó los labios y movió la cabeza con gravedad—. Y tú... ¿qué vas hacer mañana?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué quiere usted que haga?

—Si te es posible, ven aquí por la mañana, temprano, y pasaremos por los alrededores de Fráncfort hasta la noche... ¿Quieres?

Emilio volvió a brincar.

—¿Si quiero? Pero ¿qué puede haber mejor en el mundo? ¡Pasear con usted! ¡Si es delicioso! ¡Vendré sin falta!

—¿Y si no te dejan?

—Me dejarán.

—Oye... no digas allí que te he dicho que vengas para todo el día.

—¿Por qué habría de decirlo? Saldré sin que sepan nada. ¡Vaya una cosa! —y dando un beso muy efusivo a Sanín, echó a correr.

Sanín continuó paseando largo rato por la habitación, y se acostó tarde.

Se había entregado a las impresiones vivas y agradables y a la alegre ansiedad que preceden a una nueva vida.

Estaba muy satisfecho de la idea de haber invitado para el día siguiente a Emilio, que se parecía mucho de cara a su hermana.

—Me la hará recordar —pensó.

Pero lo que más le maravillaba era imaginar cómo podía hoy ser el mismo de ayer. Se figuraba haber amado siempre a Gemma, y haberla amado exactamente igual que la amaba hoy.

Capítulo 26

AL DÍA SIGUIENTE, A LAS OCHO DE LA MAÑANA, se presentó Emilio, llevando a Tartaglia amarrado con una cuerda. De proceder de familia alemana, no hubiera podido demostrar mayor puntualidad.

En casa había inventado una mentirilla, diciendo que iba a pasear con Sanín hasta la hora del almuerzo, y que después iría al almacén.

Mientras Sanín se vestía, Emilio intentó hablar con él (a decir verdad, sin atreverse del todo) acerca de Gemma y de su ruptura con Herr Klüber; pero Sanín calló con aire severo, y Emilio, haciendo como que comprendía por qué no convenía hacer alusión a punto tan importante, no volvió a insistir, y se contentó con adoptar un aire reconcentrado y hasta solemne.

Después de tomar café, ambos amigos se dirigieron —a pie, por supuesto— a Hausen, una pequeña aldea situada no lejos de Fráncfort y rodeada de bosques, desde la cual se ve la cordillera del Taunus como si estuviera allí mismo.

El tiempo era magnífico; el sol brillaba y calentaba sin llegar a quemar; una brisa fresca murmuraba entre las verdes hojas; por el suelo se deslizaba rápidamente, formando manchones no muy grandes, la sombra de las nubes altas y redondeadas.

Los dos jóvenes se encontraron pronto fuera de la ciudad, caminando alegres y decididos por la bien cuidada carretera. Entraron en el bosque y lo recorrieron en todos los sentidos; después almorzaron concienzudamente en una posada de aldea; luego treparon a la montaña, admiraron los paisajes, echaron a rodar piedras desde lo alto, palmoteando de alegría al verlas dar saltos graciosos y entretenidos, semejando conejos, hasta que, desde abajo, un transeúnte, a quien ellos no habían visto, les amonestó con voz fuerte y sonora. Después se echaron sobre el musgo recortado, de color violeta amarillento; a continuación, bebieron cerveza en otra posada y corrieron y saltaron a cuál más.

Descubrieron un eco, y entablaron con él una conversación; cantaron, gritaron, lucharon, rompieron ramas, adornaron sus sombreros con hojas de helecho, y hasta

bailaron.

Tartaglia, en lo que estuvo a su alcance, también tomó parte en estas diversiones: claro es que piedras no pudo tirarlas, pero corrió tras ellas; aulló mientras los jóvenes cantaban, y hasta bebió cerveza, si bien con repugnancia visible. Esta habilidad le había sido enseñada por un estudiante, a quien había pertenecido anteriormente. A Emilio no le obedecía gran cosa (como que no era Pantaleone), y cuando le mandaba que «hablase» o que estornudase, se contentaba con menear la colita y sacar la lengua.

Los dos paseantes charlaron también entre ellos. Al principio del paseo, Sanín, como mayor y más juicioso, sacó la conversación acerca de lo que es el hado o predestinación, y lo que significa y en qué consiste el Destino del hombre; pero, poco después, la conversación tomó un rumbo menos serio.

Emilio empezó a preguntar a su amigo y mentor acerca de Rusia, de cómo se batían allí en duelo, si había mujeres bonitas, si se podía aprender pronto el ruso y qué había sentido cuando el oficial le apuntó.

Sanín, a su vez, le preguntó sobre su padre, sobre su madre, sobre los asuntos de familia, haciendo todos los esfuerzos posibles para no mencionar a Gemma, sin pensar en otra cosa que en ella.

Hablando en puridad, no era en ella en quien pensaba, sino en el día siguiente, en aquel misterioso día siguiente que le iba a traer una felicidad indecible y sin par.

Creía ver flotar delante de sí una cortina fina y ligera, detrás de la cual adivinaba la presencia de una cara juvenil, inmóvil y divina, con una sonrisa acariciadora en los labios y con los párpados severamente caídos; pero con una severidad fingida. Aquel rostro no era el de Gemma, sino el de la felicidad misma.

Pero, al fin, he ahí que su hora llegaba; se levantaba la cortina, la boca se entreabría, los párpados se alzaban... La divinidad le había visto, y de sus ojos brotaba una luz como la del sol y una alegría y un éxtasis infinitos...

Al pensar en aquel mañana, su alma se desvanecía de dicha en medio de la ansiedad constantemente creciente de la espera.

Aquella ansiedad y aquella espera no le mortificaban, sino que acompañaban cada uno de sus movimientos sin estorbarle, y no le impidieron comer admirablemente en una tercera posada con Emilio. Solamente de cuando en cuando, como un relámpago fugaz, fulguraba en su mente esta idea: ¡¡Si alguien lo supiese en el mundo!! Aquella ansiedad no le impidió después de la comida jugar al paso en una verde pradera.

Cuáles no serían el apuro y la confusión de Sanín cuando, advertido por los ladridos de Tartaglia, y en el momento en que, con las piernas abiertas, volaba como un pájaro

por encima de Emilio, encorvado, vio delante de sí, al borde mismo de la verde pradera, a dos oficiales, en quienes inmediatamente reconoció a su adversario de la víspera y a su padrino, los señores von Dönhof y von Richter, cada uno con su monóculo y mirándole sonrientes...

Al terminar el salto, Sanín se volvió y, apresurándose a ponerse el paletto, que estaba en el suelo, dijo rápidamente algo a Emilio, que se vistió también en seguida la chaqueta, y se alejaron ambos a toda prisa.

De vuelta en Fráncfort, al despedirse de Sanín, dijo Emilio:

—Me van a reñir; pero es igual. He pasado un día delicioso.

Una vez en el hotel, se encontró Sanín con una carta de Gemma, citándole para el día siguiente, a las siete de la mañana, en uno de los muchos jardines públicos que rodean a la ciudad.

¡Cómo le latió el corazón! ¡Qué contento estaba de haberla obedecido sin reserva! ¡Qué le traería, Dios mío, aquel día de mañana tan extraordinario, tan único, tan imposible...!

Bebiendo con los ojos la carta de Gemma, el largo y elegante rasgo de la letra G, primera de su nombre, que figuraba al final del pliego, le recordó sus lindos dedos y su mano, y pensó que ni una sola vez había aplicado a ella sus labios...

«Las italianas —se dijo—, a pesar de lo que se cuenta de ellas, son serias y pudorosas... Pero Gemma es desde luego una emperatriz... una diosa... un mármol virginal y puro...».

Mas llegará el día... que no está lejano... Aquella noche hubo en Fráncfort un hombre feliz... Durmió. Pero hubiera podido repetir las palabras del poeta: «Duermo; mas mi corazón, vigilante, no se duerme».

El corazón le latía, efectivamente, de un modo tan suave como bate sus alas la mariposa posada en una flor y envuelta en los rayos del sol estival.

Capítulo 27

A LAS CINCO DE LA MAÑANA DESPERTÓ SANÍN; a las seis estaba ya vestido, y a las seis y media se hallaba en el jardín público, junto al pabelloncito que Gemma le había indicado en su carta.

La mañana estaba tranquila, templada y gris; a veces parecía que llovía; pero la mano extendida no notaba nada, y sólo mirando las mangas de la ropa se podían advertir las huellas de minúsculas gotitas, semejantes a microscópicas perlas; sin embargo, aquella humedad duró poco.

De viento, nada; como si nunca hubiese existido en el mundo. Los sonidos no parecían volar, sino difundirse en torno. A lo lejos flotaba un vapor blanquecino, apenas perceptible, y el aire olía a reseda y a las flores de las acacias blancas.

Todavía no estaban abiertas las tiendas; pero ya había transeúntes por las calles. De vez en cuando, se oía el rodar de un coche solitario.

Un jardinero rastrillaba, sin apresurarse, un estrecho camino, y una viejecilla, con una capa de paño negro, atravesaba una calle de árboles. Ni por un instante pudo Sanín tomar a aquella pobre mujer por Gemma, y, sin embargo, el corazón le latió con violencia y siguió atentamente con la mirada aquella figura oscura que se alejaba.

El reloj de una torre dio las siete.

Sanín se detuvo. ¿Sería capaz de no venir? Por sus miembros pasó un estremecimiento de frío.

El mismo estremecimiento le repitió un momento después; pero ya por otra causa: había oído detrás de sí unos pasos ligeros y el roce de unas faldas. Se volvió, ¡era ella!

Gemma venía siguiéndole por el caminito. Traía una esclavina gris y un sombrero oscuro, no muy grande. Miró a Sanín, volvió la cabeza a otra parte, y al llegar al lado suyo, se le adelantó con rapidez.

—¡Gemma! —profirió con voz casi imperceptible.

Ella le hizo una ligerísima indicación y continuó su camino.

Él la siguió respirando anhelante; sus pies le obedecían con dificultad.

Gemma dejó atrás el pabellón, tomó a la derecha, pasó junto a la taza de una fuente, en donde un gorrión, batiendo las alas, hacía saltar el agua; y metiéndose detrás de un corpulento arbusto de lilas, se dejó caer sobre un banco.

El lugar era discreto y propicio. Sanín se sentó a su lado.

Transcurrió un minuto sin que ni él ni ella dijese una palabra; Gemma no lo miraba siquiera; él dirigía la vista, no a su rostro, sino a sus manos, que tenía juntas, apoyadas en una sombrilla pequeña.

¿Para qué hablar? ¿Qué podía haber más significativo que su propia presencia en aquel jardín, juntos, solos, tan temprano y tan cerca el uno del otro?

—¿No está usted incomodada conmigo? —profirió por fin Sanín.

Con dificultad hubiera podido decir nada más estúpido que estas palabras... y así lo reconoció... Pero, por lo menos, había roto el silencio.

—¿Yo? —contestó ella—. ¿Por qué? ¡No!

—¿Y usted cree en mí? —prosiguió él.

—¿Se refiere usted a lo que me escribí?

—Sí.

Gemma dejó caer la cabeza y no contestó. La sombrilla se le escapó de las manos; pero la recogió con presteza antes de que cayese al suelo.

—¡Ah, créame usted, crea usted lo que le he escrito! —exclamó Sanín. Toda su timidez se había desvanecido y hablaba con calor.

—¡Si hay en la tierra una verdad santa, una verdad indudable, es que yo la amo a usted, que la amo apasionadamente, Gemma!

Ella le dirigió una rápida mirada de reojo, y poco faltó para que no dejase caer otra vez la sombrilla.

—¡Créame usted! ¡Créame usted! —repetía Sanín suplicante, con las manos tendidas hacia ella y sin atreverse a tocarla—. ¿Qué quiere usted que haga yo... para convencerla?

Ella le miró de nuevo, y dijo:

—¿Dígame usted, *monsieur* Dimitri, anteayer, cuando vino a persuadirme, no sabía usted..., no sentía usted...?

—Sí, sentía —replicó Sanín—, pero no sabía. Me enamoré de usted en el mismo instante en que la vi; pero no comprendí en tal momento lo que era usted para mí. Además, había oído que estaba prometida... En cuanto al encargo de su mamá, en

primer lugar, ¿cómo había de negarme a ello?, y en segundo, creo que lo he cumplido de tal manera que ha podido usted adivinar...

Se oyeron unos pasos pesados, y asomó por detrás de las lilas un señor bastante grueso, con una bolsa de viaje cruzada sobre el pecho, aspecto de extranjero y la despreocupación de un viajero de paso; detuvo la mirada sobre la pareja, que estaba sentada en el banco, tosió ruidosamente y continuó su camino.

—Su mamá —prosiguió Sanín en cuanto cesó el ruido de aquellas pisadas— me dijo que su negativa acarrearía un escándalo —aquí Gemma frunció ligeramente el ceño—; que yo mismo, en parte, había dado motivo a comentarios desfavorables, y que..., por consiguiente..., estaba yo, hasta cierto punto, obligado a animarla a usted para que no despidiera a su novio, el señor Klüber.

—Monsieur Dimitri —expuso Gemma, pasando la mano por los cabellos, del lado que miraba hacia Sanín—, no llame usted, se lo ruego, “mi novio” al señor Klüber. Yo no seré jamás su mujer. Lo he despedido.

—¿Lo ha despedido usted? ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Personalmente?

—Personalmente. En nuestra propia casa.

—¿Gemma! ¿Entonces me ama usted?

Volviéndose hacia él contestó:

—¿Podría, si no fuese así, venir aquí? —y dejó caer ambas manos sobre el banco.

Sanín se apoderó de aquellas manos inertes, apoyadas en el banco, sobre el dorso, y las apretó contra sus ojos y contra sus labios...

¡Ahora es cuando se corría aquella cortina que había visto la víspera! ¡Allí estaba la felicidad! ¡Aquél era el rostro radiante!

Levantó la cabeza y miró a Gemma atrevidamente a los ojos. También esta le miró, y la mirada de sus ojos entornados se empañó con las lágrimas que asomaron a ellos. Su rostro no sonreía... no; resplandecía con un fulgor reconcentrado.

Quiso atraerla contra su pecho, pero ella se separó; y sin cesar de reír con aquella risa silenciosa, movió negativamente la cabeza, y pareció decir con sus ojos extasiados: «Espera».

—¡Oh Gemma! —exclamó Sanín—. ¿Podía yo pensar que tú... me amases?

Su corazón vibró como una cuerda al pronunciar sus labios, por primera vez, aquel «tú».

—Yo misma no lo esperaba —dijo en voz baja Gemma.

—¿Podía yo pensar a mi llegada a Fráncfort —prosiguió Sanín—, en donde creía pasar sólo algunas horas, que iba a encontrar aquí la felicidad de toda mi vida?

—¿De toda la vida? ¿De veras? —preguntó Gemma.

—¿De toda la vida, para siempre y por todos los siglos! —exclamó Sanín con un nuevo arrebató.

De repente sonó a dos pasos del banco, en donde estaban sentados, la pala del jardinero.

—Vámonos a casa —murmuró Gemma—. Vamos juntos, ¿quieres?

Si en aquel momento le hubiese dicho «tírate al mar, ¿quieres?», no hubiera llegado a pronunciar la última palabra, porque antes se hubiera arrojado de cabeza al abismo.

Salieron juntos del jardín y se dirigieron a casa, no por las calles de la ciudad, sino por las afueras.

Capítulo 28

SANÍN CAMINABA TAN PRONTO AL LADO DE GEMMA, como un poco detrás, sin dejar de mirarla y de sonreír. Ella parecía unas veces apresurarse..., y otras detenerse.

A decir verdad, ambos, el uno pálido, y la otra encendida de emoción, proseguían su marcha arrobados.

Lo que acababan de hacer momentos antes, es decir, aquel trueque de sus almas, era una cosa tan nueva, tan fuerte y tan extraña, que advirtieron de repente los dos que, sin darse cuenta de ello, habían cambiado por completo sus vidas y se sentían como arrebatados en un torbellino semejante al que había estado a punto de lanzarlos el uno en brazos del otro.

Al caminar, le parecía a Sanín que hasta miraba a Gemma con otros ojos. Repentinamente echó de ver ciertas particularidades en su andar y en sus movimientos, que eran de un encanto y una gracia infinitos.

A su vez ella sentía la impresión de aquella manera de ser mirada.

Tanto el uno como el otro amaban por primera vez, y ante ellos se realizaban todas las maravillas del primer amor.

El primer amor es como una revolución: la monótona y regular organización de la vida se destruye en un momento; la juventud se lanza a las barricadas con su brillante bandera ondeando muy en alto, y sea cual fuere el destino que le aguarde —la muerte o una nueva vida—, envía en torno a sí su saludo triunfal.

—¿Qué es eso? ¿No es aquel nuestro viejo? —profirió Sanín, señalando con el dedo una figura muy embozada, que apresuradamente tomaba por un camino lateral, como tratando de no ser advertido.

En medio de su enorme felicidad experimentaba la necesidad de hablar con Gemma, no de amor, que era ya cosa resuelta y consagrada, sino de cualquier otra cosa.

—Sí, es Pantaleone —respondió Gemma, alegre y feliz—. Probablemente salió de casa detrás de mí; ya ayer me siguió los pasos todo el día... Algo adivina.

—¡Algo adivina! —repitió Sanín como en éxtasis.

¿Pero hubiera podido decir algo Gemma que no provocase en él esa reacción de éxtasis?

Le rogó después que le detallase todo lo acaecido la víspera.

Y ella se puso a narrar, apresurándose, embrollándose, riendo, lanzando breves suspiros y cambiando con Sanín rápidas miradas luminosas.

Le explicó cómo, después de la conversación de hacía dos días, su madre había insistido en la pretensión de obtener de ella algo positivo; cómo se había librado de Frau Lenore con la promesa de comunicarle dentro de las veinticuatro horas su decisión; el trabajo que le había costado arrancar este plazo; cómo se había presentado Herr Klüber inesperadamente, más cursi y almidonado que nunca, a expresar su disgusto con motivo de la infantil e imperdonable conducta (y en relación con él, Klüber, profundamente ofensiva, esas fueron sus palabras) observada por el desconocido ruso —aludía a *tu* duelo—, y cómo exigió que, sin pérdida de tiempo, se te echase de casa.

—«Porque —añadió Gemma, imitando ligeramente la voz y los modales de su antiguo novio— esto proyecta una sombra sobre mi honor, como si yo no hubiese sabido defender a mi novia, si lo hubiese juzgado imprescindible y útil. Todo Fráncfort sabrá mañana que un extraño se ha batido con un oficial por mi novia». ¿Qué te parece? «Esto empaña mi honor...».

—Mamá le daba la razón. ¡Imagínate! Pero entonces declaré en el acto que no tenía por qué preocuparse de su honor y de su persona, ni tampoco de los comentarios acerca de su *novia*, porque yo no era ya su novia, ni sería nunca su mujer. Confieso que hubiera deseado hablar primero con usted... *contigo*, antes de despedirlo definitivamente; pero como se presentó él..., no pude contenerme. Mamá llegó hasta a gritar, asustada, y yo me fui a otra habitación, y le traje su anillo, ¿no has observado que desde hace dos días no llevo el anillo?, y se lo entregué. Se ofendió atrocemente. Pero como también su orgullo y su presunción son enormes, no siguió mucho tiempo hablando, y se marchó. Como es de suponer, mamá me hizo sufrir bastante, y me dolió mucho verla afligida. Tanto, que llegué a pensar que me había apresurado demasiado; pero había recibido tu carta, y, además... ya sabía yo...

—¿Que te quería? —interrumpió Sanín.

—Sí..., que me querías.

Así habló Gemma, atropellándose y sonriendo, y bajando la voz y hasta callando del todo cuando alguien se acercaba o pasaba por su lado.

Sanín la escuchaba con arrobamiento, deleitándose con el sonido de su voz, igual que la víspera se había deleitado con los rasgos de su escritura.

—Mamá está desconsoladísima —continuó Gemma, dejando fluir las palabras con rapidez—. No quiere comprender de ningún modo que Herr Klüber pudiese repugnarme, y que yo fuese a casarme con él, no por amor, sino por la fuerza de sus insistentes súplicas... Sospecha de usted... de ti. Es decir, para explicarlo bien, está convencida de que yo te quería, y esto es para ella tanto más doloroso cuanto que anteaer todavía no se le había ocurrido nada semejante, y hasta te había encargado que me hicieses reflexiones... ¡Qué encargo tan extraño!, ¿verdad? Ahora dice que tú... usted es un hombre terriblemente astuto, y que ha defraudado usted su confianza, y me pronostica que también me engañará a mí...

—¡Pero, Gemma! —exclamó Sanín—, ¿acaso no le has dicho...?

—No le he dicho nada. ¿Tenía derecho a hacerlo antes de hablar con usted?

Sanín dio una palmada, y dijo:

—Espero que, por lo menos, ahora le confesarás todo y me llevarás junto a ella... Quiero demostrar a tu madre que yo no engaño.

El pecho de Sanín se levantaba desbordante de nobles y ardientes sentimientos. Gemma lo miró con emoción.

—¿De modo que quiere usted ir ahora conmigo junto a mamá..., junto a mamá, que asegura que... que todo lo nuestro es imposible y no se realizará nunca?

Había una palabra que Gemma no se atrevía a pronunciar... porque le quemaba los labios; pero con tanta más gana la pronunció Sanín.

—¡Casarme contigo, Gemma, ser tu marido, no conozco felicidad mayor!

Ya no tenía límites para su amor, ni para su magnanimidad, ni para su decisión.

Al oír estas palabras, Gemma, que se había detenido un momento, comenzó a andar más deprisa... Parecía como si quisiese huir de aquella felicidad inesperada y demasiado grande.

De repente le flaquearon las piernas. A la vuelta de una esquina, a unos cuantos pasos de ella, apareció Herr Klüber con un sombrero y un paletó nuevos, tieso como un poste y rizado como un perro de aguas.

Al ver a Gemma y a Sanín, frunciendo el ceño y sacando el pecho fuera, salió a su encuentro, contoneándose.

Sanín vaciló un segundo. Pero miró a la cara a Klüber, el cual, en cuanto supo y pudo, trató de afectar una expresión de desdeñosa extrañeza y hasta de compasión.

Contemplando aquel rostro colorado y vulgar, sintió de repente un arrebató de cólera y dio un paso adelante.

Gemma lo contuvo, y cogiéndose de su brazo, con tranquila decisión, miró a la cara a su ex novio...

Este contrajo sus facciones, parpadeó un instante, se apartó a un lado, y murmuró entre dientes: «El clásico desenlace de la farsa» (*Das alte ende vom Liede*). Y se alejó con su contoneo y su paso casi saltarín.

—¿Qué ha dicho ese majadero? —preguntó Sanín, queriendo lanzarse tras Herr Klüber. Pero Gemma lo sujetó, y continuaron el camino, sin soltarle ya el brazo.

La confitería de Roselli apareció al fin ante ellos. Gemma, deteniéndose de nuevo, dijo:

—Dimitri, *monsieur* Dimitri, todavía no hemos entrado ahí, ni hemos visto a mamá... Si quiere usted reflexionar..., es aún libre.

Como respuesta, Sanín apretó fuertemente contra su pecho la mano de Gemma, y la arrastró hacia adelante.

—¡Mamá! —dijo Gemma, entrando con Sanín en la habitación en donde estaba Frau Lenore—. Aquí traigo a mi verdadero...

Capítulo 29

SI GEMMA HUBIESE ANUNCIADO QUE TRAÍA CONSIGO el cólera o la muerte misma, hay que suponer que Frau Lenore no hubiese recibido la noticia con mayor desesperación.

Inmediatamente se sentó en un rincón de cara a la pared y empezó a derramar lágrimas y a dar gritos, igual que una aldeana rusa sobre el féretro de su marido o de su hijo.

Fue tal la turbación de Gemma en los primeros momentos, que ni siquiera se acercó a su madre, permaneciendo como una estatua en mitad de la habitación. Sanín, desconcertado del todo, estaba también casi a punto de llorar.

¡Una hora duró aquel inconsolable llanto!, ¡una hora entera!

Pantaleone estimó discreto cerrar la puerta exterior de la confitería, ante la posibilidad de que entrase alguien; felizmente, era temprano todavía. El propio viejo andaba desorientado, y, desde luego, no aprobaba la celeridad con que habían procedido Gemma y Sanín. Pero, por otra parte, no se decidía a censurarlos, y estaba dispuesto a otorgarles su protección, si fuese necesaria. ¡Le había gustado tan poco Klüber!

Emilio se consideraba el intermediario entre su amigo y su hermana, y no le faltaba nada para enorgullecerse de lo perfecto que había resultado todo. No le era posible comprender por qué Frau Lenore se afligía tanto, y en el fondo de su corazón estaba casi resuelto a declarar que las mujeres, aun las mejores, se resienten de la carencia de facultad imaginativa.

Sanín era quien lo estaba pasando peor de todos, pues en cuanto se acercaba a Frau Lenore soltaba esta unos aullidos y manoteaba desafortadamente. Fue en vano que intentase varias veces decir gritando, desde cierta distancia: «Pido a usted la mano de su hija».

Frau Lenore se lamentaba, sobre todo, de «haber estado tan ciega que no había visto nada».

—Si mi Giovanni Battista viviese, no hubiera ocurrido esto —repetía entre lágrimas.

«¡Señor, qué es esto! —se preguntaba Sanín—. ¡En todo caso es una cosa estúpida!».

Ni se atrevía ya a mirar a Gemma, ni osaba ella levantar los ojos hasta él, sino que se limitaba a acariciar pacientemente a su madre, que al principio había intentado rechazarla...

Al fin, poco a poco, fue amainando la tempestad. Frau Lenore cesó de llorar, permitió que Gemma la sacase del rincón en donde se había acurrucado, la instalase en el sillón junto a la ventana, y le diese a beber agua con flor de azahar. A Sanín le permitió, no el acercarse... ¡oh, no!, sino el permanecer siquiera en la habitación (antes había exigido terminantemente que se fuese), y no le interrumpió cuando habló.

Sanín se apresuró a aprovechar aquella encalmada, y desplegó una elocuencia asombrosa; le hubiera sido difícil saber exponer con tal calor y persuasión sus deseos y sus sentimientos a la misma Gemma. Sus sentimientos eran los más sinceros y sus deseos los más puros, lo mismo que ocurría con Almaviva de *El barbero de Sevilla*.

No ocultó a Frau Lenore, ni se ocultó a sí mismo, el lado desventajoso de tales deseos e intenciones; pero las desventajas eran solo aparentes.

Es verdad que era un extranjero, conocido hacía poco, que no sabían nada positivo acerca de su persona ni de sus recursos; pero estaba dispuesto a presentar todas las pruebas necesarias que demostraran que era hombre formal y de posición; lograría los más fehacientes testimonios por parte de sus compatriotas. Esperaba que Gemma sería feliz con él, y que sabría dulcificar su separación de la familia.

Esta palabra «separación» estuvo a punto de dar al traste con todo... Frau Lenore se puso agitadaísima, y Sanín tuvo que apresurarse a exponer, que la separación había de ser solo temporal, y que, naturalmente, hasta quizás no llegase a efectuarse en absoluto.

La elocuencia de Sanín no fue en vano... Frau Lenore empezó a mirarle, todavía afligida y con aire ceñudo, pero no ya con la repugnancia y la ira de antes; después le permitió acercarse y hasta sentarse junto a ella (Gemma estaba sentada al otro lado); luego comenzó a dirigirle reproches, no sólo con la mirada, sino con la palabra, lo cual significaba ya un cierto ablandamiento de su corazón; seguidamente se puso a lamentarse, con quejas que fueron haciéndose cada vez más suaves, y cediendo el paso a preguntas dirigidas tan pronto a su hija como a Sanín; a continuación permitió que le cogiese este la mano, sin retirarla inmediatamente...

Lloró de nuevo; pero ya otra clase de lágrimas...; enseguida sonrió amargamente, y lamentó la ausencia de Giovanni Battista; pero por un motivo distinto del anterior.

Transcurridos unos instantes, ambos culpables, Sanín y Gemma, se hallaban de rodillas a sus pies, y ella les ponía sucesivamente las manos sobre la cabeza. Otros instantes más, y los dos empezaron a abrazarla y a besarla, en tanto que Emilio, con el rostro resplandeciente de entusiasmo, entraba corriendo en la habitación y se arrojaba en medio de aquel grupo tan estrechamente unido.

Pantaleone lanzó una mirada a la habitación, sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo. Y dirigiéndose a la tienda, abrió la puerta de la calle.

Capítulo 30

EL PASO DE LA DESESPERACIÓN A LA TRISTEZA y de esta a una «silenciosa resignación», se verificó con bastante rapidez en Frau Lenore; pero tampoco esta silenciosa resignación tardó mucho en convertirse en una honda satisfacción. Trató, sin embargo, de ocultarla por todos los medios, y de contenerla por respeto a las conveniencias.

Desde el primer día, Sanín se había ganado a Frau Lenore, la cual, una vez acostumbrada a la idea de que iba a ser su yerno, ya no encontraba en ello nada particularmente desagradable, si bien se consideraba obligada a conservar en su rostro una cierta expresión de ofensa, o, más bien, de preocupación.

Además, todo cuanto había ocurrido aquellos días era muy extraordinario... ¡Cuántas cosas!

Como mujer práctica y como madre, Frau Lenore consideraba también deber suyo someter a Sanín a diferentes preguntas. Este, al dirigirse por la mañana a su cita con Gemma, no pensaba en casarse con ella —a decir verdad, no pensaba en nada, simplemente se dejaba arrastrar de su pasión—. Con gran condescendencia, y hasta podría decirse con audacia, entró en su papel de novio, y contestó a todas las preguntas con detalle y hondura, y de buen ánimo.

Después de quedar plenamente convencida de que se trataba de un verdadero noble de abolengo, y hasta maravillada de que no fuese príncipe, la señora adoptó un aire serio y le previno de antemano que iba a ser con él enteramente franca, porque a ello le obligaba el sagrado deber de madre; a lo cual contestó Sanín que no esperaba otra cosa de ella, y hasta le pedía que lo fuese sin compasión.

Entonces, Frau Lenore le hizo observar que el señor Klüber —dio un suspiro breve al pronunciar su nombre, apretó los labios y se emocionó ligeramente—, el señor Klüber, el antiguo novio de Gemma, poseía ahora ya ocho mil *gulden* de renta, cantidad que iría aumentando cada año rápidamente... ¿Y él, el señor Sanín, de cuánto disponía?

—Ocho *mil gulden*... —repitió lentamente Sanín—. En nuestra tierra vienen a ser unos quince mil rublos... Mis rentas son mucho menores. Yo tengo unas tierras, no muy extensas, en el Gobierno de Tula... Bien administradas pueden producir, mejor dicho, deben producir, cinco o seis mil rublos... Sí. Y si entro al servicio del Estado, con facilidad puedo conseguir dos mil rublos de sueldo.

—¿Al servicio del Estado en Rusia? —exclamó Frau Lenore—. ¿Entonces tendré que separarme de Gemma?

—Podría entrar en la carrera diplomática —contestó Sanín—. Tengo algunos contactos... Pero entonces será preciso servir en el extranjero. Sin embargo, podría hacer otra cosa, y mucho mejor que todas: vender mis tierras y emplear ese capital en cualquier empresa lucrativa; por ejemplo, en la ampliación del negocio de la confitería de ustedes...

El propio Sanín comprendía que estaba diciendo una insensatez, pero se hallaba poseído de una inexplicable audacia. Miró a Gemma —que en el instante mismo en que había empezado la conversación sobre la «parte práctica» se levantaba, andaba por la habitación y volvía a sentarse a cada minuto—, y ya no hubo obstáculos para él. Se hallaba dispuesto a arreglarlo todo en el acto, de la mejor manera, con tal de que ella no experimentase inquietud.

También Herr Klüber quería darme una pequeña cantidad para mejorar la confitería —explicó Frau Lenore, después de una pequeña vacilación.

—¡Mamá, por amor de Dios, mamá! —suplicó Gemma en italiano.

—De estas cosas es necesario hablar a tiempo, hija mía —contestó Frau Lenore en la misma lengua.

Dirigiéndose de nuevo a Sanín, le preguntó qué leyes existían en Rusia sobre el matrimonio, y si no había obstáculos para el casamiento con católicos, como en Prusia. Por aquel tiempo, en el año cuarenta, toda Alemania recordaba aún la disputa entre el Gobierno prusiano y el arzobispo de Colonia sobre los matrimonios mixtos. Cuando Frau Lenore se enteró de que, casándose con un noble ruso, su hija iba a convertirse en noble, manifestó cierta satisfacción. ¿Pero antes tendrá usted que ir a Rusia?

—¿Para qué?

—¿Para qué! Para recibir el permiso de su emperador.

Sanín le explicó que era absolutamente innecesario..., pero que quizá tuviese que ir antes de la boda, y por un breve tiempo, y que trataría de aprovechar la estancia en su tierra natal para vender sus tierras. En todo caso traería de allá el dinero necesario.

Al hablar del viaje se le oprimió dolorosamente el corazón, y Gemma, que lo estaba mirando, comprendió su pena, y se puso colorada y pensativa.

—Si es así, le rogaría que me trajese una buena piel de Astracán para un abrigo —dijo Frau Lenore—. Según dicen, allí son preciosas y de un precio bien barato.

—Sin falta, y con mucho gusto se la traeré a usted y a Gemma —contestó Sanín.

—Y a mí una gorra de tafilete, bordada en plata —propuso Emilio asomando la cabeza desde la habitación contigua.

—¡Muy bien! Te la traeré... Y a Pantaleone unas pantuflas.

—Bueno, ¿para qué hablar de eso? —interrumpió Frau Lenore, con aire práctico—. Estábamos tratando de cosas serias. Decía usted que iba a vender sus tierras. ¿Y cómo va usted a hacerlo? Por supuesto, venderá también los siervos...

Sanín sintió como si hubiera recibido un golpe en el vacío. Recordó que, hablando con la señora Roselli y con su hija acerca de la servidumbre, que según sus palabras suscitaba en él un profundo disgusto, les había asegurado más de una vez que jamás, por nada del mundo, vendería sus siervos, pues consideraba tal venta como un acto inmoral.

—Trataré de vender mis tierras a un hombre del que tenga buenas referencias —dijo, no sin cierta vacilación—. Quizá mis siervos quieran rescatarse a sí mismos.

—Eso sería lo mejor —concedió Frau Lenore—. ¡En cambio, vender personas vivas...!

—*Barbari!* — exclamó Pantaleone, que apareció detrás de Emilio en la puerta y se fue, después de sacudir la melena.

«¡Es una atrocidad!», pensó para sí Sanín, mirando a Gemma a hurtadillas. Esta pareció no haber oído sus últimas palabras. «Bueno, no importa», pensó de nuevo.

Así se prolongó la conversación práctica, casi seguido, hasta la comida.

Al final, Frau Lenore estaba completamente amansada, y llamaba ya Dimitri a Sanín, le amenazaba cariñosamente con un dedo y le prometía vengarse de su mala partida.

Le preguntó, larga y detalladamente, por su familia, porque «también esto es muy importante». Le pidió que le describiese la ceremonia del casamiento según se celebra en la iglesia rusa, y se extasió anticipadamente con la idea de contemplar a Gemma con traje blanco y con una corona de oro en la cabeza.

—Es hermosa como una reina —exclamó con orgullo maternal—, pero reinas como ella no las hay en el mundo.

—¡No hay en el mundo otra Gemma! —añadió Sanín—. Así es, y por eso se llama Gemma (es sabido que, en lengua italiana, Gemma significa piedra preciosa).

—Gemma se lanzó a besar a su madre...

Parecía como si sólo entonces respirase con libertad y se le hubiese desprendido un peso que le oprimiese el alma.

Sanín se sintió de pronto muy feliz, y una alegría infantil le llenó el corazón, al pensar que se realizaban los sueños a los que se había entregado en aquella misma habitación, no hacía mucho tiempo; todo su ser se animó de tal modo, que se dirigió de inmediato a la tienda, deseando a toda costa y del modo que fuese, vender detrás del mostrador, como había hecho algunos días atrás... «Ahora tengo derecho a hacerlo. Ahora soy de la familia».

Se puso, efectivamente, tras el mostrador, y vendió, sí, algo. Es decir, vendió a dos muchachas una libra de caramelos, por la cual entregó al menos dos, recibiendo en cambio el precio de media.

En la mesa, en su calidad de novio oficial, se sentó al lado de Gemma.

Frau Lenore continuó con sus disquisiciones prácticas. Emilio se reía por nada e insistía a Sanín para que lo llevase con él a Rusia.

Se acordó entre todos que Sanín marcharía dos semanas más tarde.

Solamente Pantaleone se mostraba ceñudo, hasta el punto de que Frau Lenore se lo reprochó diciendo:

—¡Usted, que ha sido padrino!

Pantaleone la miró receloso e irritado.

Gemma se mantuvo callada casi todo el tiempo. Pero nunca estuvo más hermosa ni más radiante.

Después de comer llamó a Sanín un momento al jardín; y deteniéndose junto a aquel mismo banco donde dos días antes había estado escogiendo cerezas, le dijo:

—Dimitri, no te incomodes conmigo, pero quiero recordarte una vez más que no debes considerarte obligado...

Sanín no la dejó concluir.

Gemma volvió la cabeza, y añadió:

—En cuanto a lo que mamá te dijo —¿te acuerdas?— sobre la diferencia de nuestras religiones, toma...

Cogió una crucecita de granates que tenía al cuello, pendiente de un cordoncito, dio un tirón y, rompiendo el cordón, se la entregó.

—¡Puesto que soy tuya —dijo—, tu fe es mi fe!

Los ojos de Sanín estaban húmedos cuando volvió a casa en compañía de Gemma.

Llegada la noche, todo había regresado a su orden habitual.

Capítulo 31

DESPERTÓ SANÍN MUY TEMPRANO a la mañana siguiente. Se encontraba en el grado más alto de la humana felicidad, pero esto no era lo que le impedía dormir; la cuestión vital, la cuestión fatal era cómo vender sus tierras de la manera más rápida y ventajosa. Esto era lo que alteraba su tranquilidad.

Por su cabeza cruzaban los planes más diversos, pero sin lograr precisarse todavía. Salió de casa para tomar el aire y despejarse. No quería presentarse delante de Gemma sin un proyecto definido.

¿Quién era ese individuo gordote y pesado, pero bien vestido, que caminaba delante balanceándose? ¿En dónde había visto ese cogote cubierto de remolinos de pelo claro, esa cabeza metida entre los hombros, esas espaldas anchas y blandas y esos brazos hinchados y colgantes? ¿Sería acaso Polósov, su antiguo compañero interno del colegio, a quien había perdido de vista cinco años atrás? Sanín pasó delante de dicho individuo y se volvió. Aquella caraza ancha y amarillenta, aquellos ojos menudos y cerdunos, de pestañas y cejas blanquecinas; aquella nariz corta y anchota, aquellos labios gordos y como pegados, aquella barbilla redonda e imberbe, aquella expresión de su rostro avinagrado, perezoso y desconfiado..., sí, efectivamente, eran de Hipólito Polósov.

«¿Será mi estrella que interviene de nuevo?» —pensó Sanín.

—¿Polósov, Hipólito Sidorowich! ¿Eres tú?

Se detuvo el individuo, levantó sus ojos minúsculos, vaciló un momento, y despegando por fin los labios, profirió con voz de caña hueca:

—¿Dimitri Sanín!

—¿El mismo! —exclamó Sanín, estrechando la mano que le había tendido Polósov, calzada con un guante ceñido, de piel de perro, color ceniza. Los brazos de Polósov colgaban inertes a lo largo de sus muslos voluminosos.

—¿Hace mucho que estás aquí? ¿De dónde vienes? ¿En dónde paras?

—Llegué ayer de Wiesbaden —respondió con calma Polósov—. He venido a hacer compras para mi mujer, y hoy mismo regreso a Wiesbaden.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad que te has casado! Y dicen que tu mujer es muy guapa.

Polósov apartó la mirada y contestó:

—Sí, eso dicen.

Sanín se echó a reír, y añadió:

—Veo que eres el mismo... flemático del colegio.

—¿Para qué había de cambiar?

—Dicen también —añadió Sanín acentuando de un modo particular la palabra «dicen»— que tu mujer es muy rica.

—Eso dicen también.

—Pero tú, Hipólito, ¿no sabes eso?

—¡Yo, Dimitri... Pablovich!... Eso es, Pablovich, no me meto en las cosas de mi mujer.

—¿No te metes? ¿En ninguna?

Polósov volvió a apartar la mirada.

—En ninguna, querido amigo. Ella, por su lado... y yo, por el mío.

—¿Y adónde vas ahora? —preguntó Sanín.

—Ahora no voy a ninguna parte. Estoy en la calle charlando contigo; pero en cuanto concluyamos, me iré al hotel y almorzaré.

—¿Me dejas que te acompañe?

—¿Con qué objeto? ¿Para lo del almuerzo?

—Sí.

—Con mucho gusto. La comida en compañía es mucho más agradable. Tú no eres parlanchín, ¿verdad?

—No creo.

—Pues magnífico.

Echó a andar, y Sanín se puso a su lado.

Volvió Polósov a pegar los labios y a resoplar, balanceándose, sin decir palabra.

Sanín pensó: «¿Cómo se habrá arreglado este majadero para atrapar a una mujer tan rica y tan bonita? Él no es rico, ni instruido, ni listo; en el colegio se le tenía por perezoso, tonto, dormilón y tragón, y le llamábamos “baboso”. ¡Qué cosa tan rara! Si su mujer es muy rica —dicen que es hija de un contratista— podrá comprarme mis

bienes. Aunque dice que no se mete en los asuntos de su mujer, no es posible darle crédito. La pediré un precio regular. ¿Por qué no intentarlo? Tal vez sea mi buena estrella... Decididamente voy a probar».

Polósov llevó a Sanín a uno de los primeros hoteles de Fráncfort, en donde ocupaba, como es natural, la mejor habitación.

Sobre las mesas y las sillas se amontonaban cajas y paquetes...

—Todo esto, querido, son compras para María Nikolayevna (así se llamaba la mujer de Hipólito Sidorovich) —dijo Polósov dejándose caer en un sillón—. ¡Uf, qué calor! —añadió aflojándose la corbata.

Después llamó al mayordomo, le encargó con toda minuciosidad un abundante almuerzo, y ordenó que a la una en punto estuviese dispuesto el coche. «Pero a la una en punto!»

El mayordomo se inclinó respetuoso y solícito, y desapareció.

Polósov se desabrochó el chaleco. Solo por la manera como arqueaba las cejas e inflaba y arrugaba la nariz, se deducía que hablar debía de ser para él una operación penosísima. Se preguntaba, no sin cierta ansiedad, si Sanín tomaría sobre sí el darle a la lengua o si tendría él que encargarse de sostener la conversación.

Sanín comprendió el estado de ánimo de su amigo y se abstuvo de abrumarlo a preguntas, limitándose a las imprescindibles.

Supo que Polósov había estado dos años en el servicio, en calidad de hombre para todo. «¡Habría que verlo con su chaquetilla corta!», pensó Sanín.

También supo que se había casado hacía tres años, que llevaba dos viajando por el extranjero con su mujer, «la cual estaba curándose de no sé qué, en Wiesbaden», y que desde allí marcharían a París.

Por su parte, Sanín dijo algo de su vida pasada y de sus planes, y entró de lleno en el asunto; es decir, en su proyecto de venderle sus tierras.

Polósov le escuchaba en silencio, mirando de cuando en cuando a la puerta por donde tenía que entrar el almuerzo. Al fin apareció el almuerzo. Entró el mayordomo acompañado de dos criados que traían varios platos tapados con cubiertas de plata.

—¿Tus tierras están en el gobierno de Tula? —preguntó Polósov sentándose a la mesa y sujetándose la servilleta en el cuello de la camisa.

—Sí, de Tula.

—Distrito de Efremov, ya sé.

—¿Conoces mi finca de Alexiéyevka? —preguntó Sanín, sentándose también a la mesa.

—Claro que la conozco. —Polósov se metió en la boca un pedazo de tortilla con trufas—. María Nikolayevna, mi mujer, tiene por allí otra finca... Oye, camarero, destapa esta botella. La tierra es regular; pero los mujiks le han talado el bosque. ¿Tú, por qué la vendes?

—Porque necesito dinero, amigo. La daré barata. Si me la compras tú, me vendría muy bien.

Polósov se tragó un vaso de vino, se limpió con la servilleta y se puso de nuevo a masticar lenta y ruidosamente.

—Bueno —exclamó al fin—. Yo no compro tierras, porque no tengo capital... Acércame la manteca... Quizá compre mi mujer... Habla con ella... Si no pides mucho, no le disgustará... Pero ¡qué burros son estos alemanes! ¡No saben preparar el pescado! ¿Y hay algo que sea más sencillo? ¡Y todavía hablan de la unidad de su *Vaterland!*... ¡Camarero, llévate esta porquería!

—¿Y es verdad que tu mujer es la que administra? —preguntó Sanín.

—Ella misma. ¡Hombre, estas chuletas están buenas! Te las recomiendo... Como te decía, Dimitri Pablovich, yo no me meto en las cosas de mi mujer, te lo vuelvo a repetir.

Polósov continuó mascando ruidosamente.

—¿Y cómo podría yo hablar con ella, Hipólito Sidorovich?

—Pues, muy sencillo, Dimitri Pablovich... Te vienes a Wiesbaden, que no está lejos de aquí. ¡Mozo! ¿No tienes mostaza inglesa? ¿No?... ¡Animales!... Pero no tienes que perder tiempo, porque nos vamos pasado mañana. Permíteme que te llene el vaso; este vino tiene *bouquet*... y tiene cuerpo.

El rostro de Polósov se animó y se congestionó, lo cual le ocurría sólo cuando comía... o cuando bebía.

—La verdad es que no sé cómo voy a hacer —dijo Sanín.

—Pero ¿es tanta la prisa que te corre?

—Naturalmente que me corre prisa.

—¿Y es grande la cantidad que necesitas?

—Bastante. Y... ¿cómo te diría yo?... Es que tengo intención de casarme.

Polósov dejó sobre la mesa el vaso que iba a llevarse a los labios.

—¡Casarte! —exclamó con voz ronca y pasmado, cruzando sobre el estómago sus manos amorcilladas—. ¡Con tanta precipitación!

—Sí..., enseguida.

—¿La novia estará en Rusia, supongo?

—No está en Rusia.

—¿En dónde, pues?

—Aquí, en Fráncfort.

—¿Y quién es?

—Una alemana. Es decir, no, una italiana que vive aquí.

—¿Tiene dinero?

—No tiene dinero.

—Entonces, ¿es que sientes por ella un amor muy grande?

— ¡Cómo me haces reír! Sí, muy grande.

—¿Y para eso necesitas el dinero?

—¡Sí, hombre, sí... sí!...

Polósov trasegó el vino, se enjuagó la boca, se lavó los dedos, los secó cuidadosamente con la servilleta, sacó un cigarro y lo encendió.

Sanín lo miraba en silencio.

—El único medio —dijo por fin Polósov, echando atrás la cabeza y soltando una tenue bocanada de humo— es que veas a mi mujer. Pues, si quiere, puede sacarte de apuros.

—Pero ¿cómo he de ver a tu mujer si dices que os marcháis mañana?

Polósov cerró los ojos.

—¿Sabes lo que te digo? —exclamó dando vueltas al cigarro entre los labios y resoplando—. Vete a tu casa, vístete y vuelve aquí enseguida... A la una me marcho, mi coche es grande y te llevo conmigo... Esto es lo mejor. Y ahora voy a dormir un rato; después de comer necesito forzosamente echar un sueño... La naturaleza me lo exige, y yo no me opongo... Y tú, no me lo estorbes.

Sanín se quedó un momento pensativo... y, de repente, levantó la cabeza. Se había decidido.

—Bueno, estoy de acuerdo y te lo agradezco. A las doce y media estoy aquí y nos iremos juntos a Wiesbaden. Espero que tu mujer no me lo tomará a mal...

Pero Polósov ya se estaba durmiendo y repetía: «No me estorbes». Después movió los pies y se quedó dormido como un niño.

Sanín volvió a contemplar su voluminosa figura, su cabeza, su cuello, su barbilla prominente y redonda como una manzana, y salió del hotel, dirigiéndose precipitadamente a la confitería Roselli. Necesitaba prevenir a Gemma de su ausencia.

Capítulo 32

LA ENCONTRÓ EN LA TIENDA, ACOMPAÑADA de su madre. Frau Lenore, doblado el cuerpo, estaba midiendo con una vara plegable la distancia entre las ventanas, y al ver a Sanín se irguió y lo saludó con alegría, aunque un poco confusa:

—Después de sus palabras de ayer —dijo—, no hago más que darle vueltas en la cabeza a la idea de mejorar nuestro establecimiento... Aquí, creo que se podrían poner dos armarios pequeños con estantes de espejo. Ahora, ¿sabe usted?, esto está de moda. Además...

—Magnífico, magnífico —interrumpió Sanín—. Habrá que pensar en todo esto... Pero, venga usted aquí, que tengo algo que comunicarle.

Y cogiendo del brazo a Frau Lenore y a Gemma, las llevó a la habitación inmediata. Frau Lenore, alarmada, dejó caer la vara de la mano.

Gemma se inquietó también; pero, mirando con más atención a Sanín, se tranquilizó. La expresión del rostro de este, aunque preocupada, revelaba, al propio tiempo, una alegre audacia y resolución.

Rogó a las dos que se sentasen, y, en pie delante de ellas, moviendo mucho los brazos y con el cabello revuelto, les refirió todo: su encuentro con Polósov, el viaje que proyectaba a Wiesbaden y la posibilidad de vender sus tierras.

Imaginen ustedes mi contento —exclamó, por último—; las cosas se disponen de tal modo, que hasta quizá no tenga necesidad de ir a Rusia y podamos celebrar nuestra boda mucho más pronto de lo que pensaba.

—¿Cuándo tiene usted que irse? —preguntó Gemma.

—Hoy mismo, dentro de una hora; mi amigo ha alquilado un coche y me lleva consigo.

—¿Nos escribirá usted?

—¡Inmediatamente! En cuanto hable con esa señora, escribiré.

—¿Dice usted que esa señora es muy rica? —preguntó la práctica Frau Lenore.

—Inmensamente rica. Su padre era millonario, y le dejó todo.

—¿Todo a ella sola? Pues es una suerte para usted. Pero tenga usted mucho cuidado, no vaya a venderle sus tierras demasiado baratas. No se apresure usted... Ya comprendo yo que su deseo es ser lo antes posible marido de Gemma; pero la prudencia es antes que todo, y no olvide usted que cuanto más le den por sus fincas, más tendrán para ustedes dos y para sus hijos.

Gemma volvió la cara y Sanín comenzó de nuevo a gesticular, diciendo:

—Puede usted confiar en mi prudencia, Frau Lenore. Lo que no he de hacer es regatear. Le pediré el precio justo. ¿Me lo da? Bien. ¿No me lo da? Pues que se quede con Dios.

—¿La conoce usted... a esa señora? —preguntó Gemma.

—Nunca la he visto.

—¿Y cuándo vuelve usted?

—Si no concluimos nuestro trato, pasado mañana. Pero, si se arregla la cosa, quizá tenga que pasar allí un día o dos más. En todo caso no he de perder un minuto. ¡Como que me dejo aquí el corazón! Pero estoy hablando, hablando, y, antes de ponerme en camino, tengo que ir todavía a casa... Deme usted la mano, Frau Lenore, para tener buena suerte: entre nosotros en Rusia, hacemos siempre así.

—¿La derecha o la izquierda?

—La izquierda, que está más cerca del corazón. Volveré pasado mañana, derrotado o vencedor; pero algo me dice que volveré vencedor. ¡Adiós, mis buenas, mis entrañables amigas!

Abrazó y besó a Frau Lenore y pidió a Gemma que entrase con él en su habitación un instantito, porque necesitaba comunicarle algo muy importante.

Lo que quería era despedirse de ella a solas, y así lo comprendió Frau Lenore, porque no sintió curiosidad por saber qué cosa tan importante sería aquella...

Sanín no había estado todavía en el cuarto de Gemma.

Todo el encanto del amor, todo su fuego, y su ilusión, y sus dulces temores, brotaron en él repentinamente y se derramaron por su alma en cuanto traspasó el umbral sagrado...

Dirigió en torno una mirada enternecida, cayó a los pies de la gentil muchacha y apretó el rostro contra su cintura.

—¿Eres mío? —murmuró ella—. ¿Volverás enseguida?

—Soy tuyo... y volveré —aseguró, dando un suspiro.

—Te esperaré, amor mío.

Instantes después, Sanín apresuraba el paso por la calle con dirección a su hotel. Ni siquiera observó que Pantaleone, completamente desgredado, había salido en su persecución por la puerta de la confitería, gritando no se sabe qué y con un brazo levantado con el que parecía amenazarle.

A la una menos cuarto en punto se presentó Sanín a Polósov. A la puerta del hotel estaba ya un coche tirado por cuatro caballos.

Al ver a Sanín, Polósov murmuró solamente: «¡Ah! ¿Te has decidido?». Se puso el sombrero, el gabán y unos chanclos, y después de meterse en los oídos, aunque era verano, un poco de algodón en rama, se dirigió a la salida.

Los mozos colocaron dentro del carruaje, por orden suya, sus innumerables compras, rodearon el asiento que iba a ocupar de pequeños almohadones de seda, de sacos de mano y de paquetes, pusieron a sus pies una cesta de provisiones y ataron en el pescante la maleta.

Polósov pagó a todos con mano generosa, y empujado, si bien respetuosamente, por detrás, por el solícito portero, trepó al coche lanzando gruñidos, se sentó, palpó bien todo lo que había a su alrededor, sacó un cigarro y lo encendió; sólo entonces hizo una seña a Sanín con el dedo, y le dijo: «Sube tú también». Sanín se sentó a su lado.

Polósov ordenó al cochero que arrease bien si quería tener propina.

Cerraron con estrépito las portezuelas, y el coche se puso en camino.

Capítulo 33

ACTUALMENTE EL FERROCARRIL RECORRE, en menos de una hora, la distancia entre Fráncfort y Wiesbaden; pero en aquellos tiempos se tardaba unas tres horas por la posta extraordinaria y había que cambiar cinco veces de caballos.

Polósov, que a ratos se quedaba dormido, balanceándose con el cigarro apretado entre los dientes, hablaba muy poco y no miró ni una sola vez por la ventanilla: las vistas pintorescas no le interesaban, y hasta hubo de declarar que «¡la naturaleza es aburridísima!».

Sanín también callaba, indiferente a la belleza del paisaje, porque no estaba entonces para eso, entregado por completo, como se hallaba, a sus pensamientos y recuerdos.

En los relevos, Polósov liquidaba debidamente las cuentas, comprobaba la marcha del reloj y gratificaba a los postillones con mayor o menor generosidad, según el celo que habían mostrado.

A la mitad del camino sacó dos naranjas del cesto de las provisiones, y después de escoger la mejor, ofreció la otra a Sanín.

Este miró fijamente a su compañero de viaje, y soltó de repente la carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Polósov, mondando con esmero la naranja, valiéndose de sus uñas cortas y blancas.

—¿De qué? —repitió Sanín—. Pues de ir viajando contigo.

—Pues, ¿qué pasa? —preguntó de nuevo Polósov, metiéndose en la boca un gajo.

—Es demasiado extraño este viaje. Confieso que ayer pensaba tanto en ti, como en el emperador de la China; y hoy vamos juntos a venderle mis fincas a tu mujer, de quien tampoco tengo la menor idea.

—En este mundo todo es posible —contestó Polósov—. Con el tiempo verás todavía muchas más cosas. Por ejemplo: ¿puedes imaginarme yendo a recibir órdenes de un jefe? ¡Pues las he recibido!, y el gran duque Miguel Pablovich tuvo la ocurrencia de mandar: «¡Ese teniente gordo, al trote! ¡Al trote largo!».

Sanín se rascó la oreja.

—Dime, por favor, Hipólito Sidorovich, ¿cómo es tu mujer? ¿Qué ideas tiene? Necesito saberlo.

—A él, qué más le daba mandar «¡al trote!» —prosiguió Polósov con súbita explosión de ira—, ¡pero a mí...!, ¡a mí sí me importaba! Entonces, pensé: ¡tomen ustedes sus grados y sus charreteras, y quédense con Dios!... Sí... ¿me has preguntado por mi mujer? Pues nada, es como las demás. Ahora bien: no necesita que se le expliquen mucho las cosas. Lo principal es que hables..., y que haya algo de qué reírse. Cuéntale tus amores, o cualquier otra cosa que sea entretenida, ¿sabes?

—¿Qué quiere decir entretenida?

—Pues, sencillamente, una cosa de risa. ¿No me has contado que estás enamorado, y que quieres casarte? Pues, refiérele todo eso.

Sanín se sintió molesto.

—Pero, ¿qué encuentras tú en mis amores que pueda provocar risa?

Polósov se contentó con mirarle fijamente a los ojos, mientras el zumo de la naranja le chorreaba por la barba.

—¿Y ha sido tu mujer la que te ha enviado a Fráncfort para hacer compras? —preguntó Sanín, después de un corto silencio.

—Ella misma.

—¿Qué clase de compras?

—¡Ya se sabe, juguetes!

—¿Juguetes? ¿Tienes, acaso, hijos?

Polósov llegó hasta separarse de Sanín en un movimiento brusco de extrañeza.

—¡Vamos, hombre! Y, ¿para qué iba yo a tener hijos?... Los juguetes son chucherías de mujeres... Objetos de tocador y para la *toilette*...

—¿Entiendes tú de eso?

—Entiendo.

—¿Cómo me has dicho entonces que jamás te metes en las cosas de tu mujer?

—En otras no intervengo; pero en esta... no tiene importancia... Lo hago para no aburrirme... Mi mujer se fía de mi gusto. Además, yo sé regatear...

Polósov empezó a cortar las frases, fatigado ya de tanto hablar.

—¿Y es muy rica tu mujer?

—Rica, sí es. Pero para ella sola.

—Sin embargo, no creo que puedas quejarte...

—Para eso soy su marido. ¡Solo faltaba que no me aprovecharse! ¡Claro le soy de utilidad! De mí saca un gran partido... ¡Como que soy muy flexible!

Polósov se secó la cara con el pañuelo y resopló con fatiga. Parecía querer decir: «Ten piedad de mí; no me obligues a pronunciar una palabra más. Ya ves qué trabajo me cuesta».

Sanín le dejó en paz, y de nuevo se sumergió en sus meditaciones.

El hotel de Wiesbaden, delante del cual paró el coche, parecía un verdadero palacio.

Empezaron inmediatamente a sonar campanillas en el interior, y todo fue movimiento y agitación entre la dependencia.

En la puerta principal aparecieron unos cuantos mozos vestidos de frac, y el portero, con uniforme todo galoneado de oro, abrió de un golpe la portezuela del coche.

Como un triunfador se apeó de él Polósov, y comenzó a subir la escalera, perfumada y alfombrada.

Un criado, también correctamente vestido y con cara de ruso, se le acercó precipitadamente: era su ayuda de cámara.

Polósov le dijo que, en lo sucesivo, le llevaría siempre consigo, porque la víspera, en Fráncfort, a él, a Polósov, ¡le habían dejado toda una noche sin agua caliente!

El ayuda de cámara hizo un gesto de horror, se inclinó presuroso, y quitó los chanclos a su señor.

—¿Está en casa María Nikolayevna? —preguntó Polósov.

—Sí, señor. La señora se está vistiendo. Comerá hoy en casa de la señora condesa de Lasunsky.

—¡Ah!... ¡En casa de esa!... ¡Espérate! En el coche hay unas cosas, sácalas y tráetelas. Y tú, Dimitri Pablovich —añadió Polósov—, busca una habitación y vuelve dentro de tres cuartos de hora. Comeremos juntos.

Polósov, se alejó. Sanín, pidió una habitación modesta, y después de haber arreglado su *toilette* y descansado un poco, se dirigió al inmenso departamento que ocupaba «Su Alteza (*Durchlaucht*) el príncipe *von* Polósov».

Encontró a Su Alteza medio tumbado en un lujoso sillón de terciopelo, en medio de un suntuoso salón.

El flemático amigo de Sanín, que ya había tomado su baño, vestía una riquísima bata de raso, y cubría la cabeza con un fez de color grosella.

Sanín se acercó a él, y le estuvo contemplando durante algún tiempo.

Polósov permanecía inmóvil, como un ídolo; ni siquiera volvió la cabeza del lado de Sanín, ni pestañeó, ni profirió el menor sonido.

El espectáculo era verdaderamente solemne.

Después de contemplarlo durante unos minutos, iba Sanín a hablar, rompiendo aquel sagrado silencio, cuando, de repente, se abrió la puerta de la habitación inmediata, y en el umbral apareció una dama joven y hermosa, que llevaba un vestido de seda blanco adornado de encajes negros, y los brazos y el cuello cubiertos de brillantes.

Era la propia María Nicolayevna Polósov.

Sus espesos cabellos rubios caían a ambos lados de la cabeza, formando dos grandes trenzas dispuestas para el peinado.

Capítulo 34

—¡AH, DISPENSEN USTEDES! —exclamó, con una sonrisa medio confusa, medio burlona.

Cogió rápidamente la punta de una de sus trenzas, y, clavando en Sanín sus grandes ojos, grises y luminosos, añadió:

—No sabía que usted ya estaba aquí.

—Sanín, Dimitri Pablovich, mi amigo de la infancia —dijo Polósov sin levantarse ni mirar a Sanín, y señalándole con el dedo.

—Sí... ya sé... me habías hablado del señor Sanín. Mucho gusto en conocerlo; pero quería rogarte, Hipólito Sidorovich... Mi doncella está hoy tan torpe...

—¿Quieres que te ayude a peinarte?

—Sí, sí, hazme el favor. Dispense usted —repitió María Nikolayevna, con la misma sonrisa de antes.

E inclinando levemente la cabeza ante Sanín, dio con rapidez una vuelta y desapareció por la puerta, dejando tras de sí la impresión rápida, pero agradable, de su espléndido cuello, de sus admirables hombros y de su preciosa figura.

Se levantó Polósov, y, con paso vacilante y pesado, salió por la misma puerta.

Sanín no dudó un segundo de que la joven conociese su presencia en el salón del «príncipe Polósov», y de que toda aquella comedia había tenido por objeto exhibir sus cabellos, que, en efecto, eran bellísimos.

Sanín se alegraba interiormente del rasgo de la señora Polósov.

—Ha querido lucirse delante de mí —pensaba—. ¡Quién sabe si no pondrá entonces grandes dificultades para comprarme la finca!

Su alma estaba tan ocupada por Gemma, que las demás mujeres no tenían para él ningún interés; apenas les hacía caso. Y aquella vez se limitó sólo a pensar: «Sí, no me han engañado: esta señora es muy guapa».

Si no se hubiese hallado en tan excepcional disposición de ánimo, con seguridad se habría expresado en otra forma.

María Nikolayevna Polósov, cuyo nombre de familia era Kolechkin, era un tipo admirable. Y no porque fuese de una belleza extraordinaria; pues, lejos de eso, eran muy ostensibles en ella los rasgos de su origen plebeyo. Tenía la frente baja, la nariz algo carnosa y arremangada, y no podía vanagloriarse ni de la finura de su piel, ni de la elegancia de sus pies y de sus manos... Pero ¿qué valor tenían todos esos detalles?

El que la encontraba no se detenía a contemplar «su sagrada belleza», como decía el poeta Puchkin, sino la fuerza de un floreciente cuerpo de mujer, medio rusa, medio gitana... ¡y al que no había más remedio que admirar!

Pero la imagen de Gemma protegía a Sanín, como el triple escudo que canta el poeta.

Diez minutos después apareció de nuevo María Nikolayevna, acompañada de su marido.

Se aproximó a Sanín... caminando de tal manera, que algunos hombres originales — ¡qué lejanos, ay, están aquellos tiempos!— se enamoraban locamente de ella solo de verla andar.

«Cuando esa mujer se te acerca, parece que sale a tu encuentro toda la felicidad de tu vida», decía uno de sus admiradores.

Se acercó a Sanín, y, tendiéndole la mano, le dijo en ruso, con voz cariñosa y contenida:

—Me esperará usted un poco, ¿no es verdad? Pronto vuelvo.

Sanín se inclinó respetuosamente, y María Nikolayevna desapareció tras la cortina de la puerta; pero, volviendo antes la cabeza por encima del hombro, sonrió, y de nuevo sintió Sanín la misma impresión armoniosa que había experimentado anteriormente.

Al sonreír, no eran uno ni dos, sino tres los hoyuelos que se formaban en cada una de sus mejillas, y todavía los ojos sonreían más que la boca, de labios bermejos, alargados y brillantes, con dos lunaritos en el lado izquierdo.

Polósov entró en la habitación, y de nuevo se dejó caer en el sillón, sin decir, como antes, ni una palabra; pero, de cuando en cuando, una extraña sonrisa inflaba sus mejillas, descoloridas y ya arrugadas.

Tenía aspecto avejentado, a pesar de que sólo llevaba a Sanín tres años.

La comida que dio a su huésped hubiera, naturalmente, satisfecho al mejor gastrónomo; pero a Sanín le pareció infinitamente insoportable.

Polósov comía muy despacio, «con sentimiento, reflexión y lentitud», inclinándose con aire de atención sobre el plato y husmeando casi todos los bocados.

Al beber, se enjuagaba de antemano la boca con vino que después tragaba, haciendo chasquear los labios.

Cuando trajeron el asado emprendió de improviso un largo discurso... ¿Sobre qué?... Sobre los carneros merinos, de los que estaba dispuesto a llevar un rebaño entero a sus propiedades, y hablaba de ellos con grandes detalles, empleando siempre diminutivos afectuosos.

Después de tomar una taza de café, que estaba casi ardiendo (había repetido varias veces al mozo de comedor, con voz iracunda y lacrimosa, que la víspera le habían servido frío el café, ¡frío como el hielo!), mordió la punta de un habano con sus dientes amarillos y mal alineados, y, según su costumbre, se quedó dormido, con gran alegría de Sanín, que se puso a andar de arriba abajo, con pasos lentos y quedos, sobre la blanda alfombra, pensando en la vida que iba a hacer con Gemma y en las noticias que le llevaría al volver.

Despertó Polósov, sin embargo, mucho más pronto que de costumbre, según observación que él mismo hizo (no había dormido más que hora y media).

Después de haberse bebido un vaso de agua de Seltz con hielo, y de haberse tragado siete u ocho cucharadas de verdadera confitura rusa de Kiev, que su ayuda de cámara le trajo en un frasco de vidrio de color verde oscuro, y sin la cual, según él decía, no hubiera podido vivir, fijó sus ojos hinchados en Sanín, y le preguntó si quería jugar con él una partida de *burro*.

Aceptó Sanín con mucho gusto, temiendo que, de no hacerlo así, empezase de nuevo Polósov a hablarle de los corderos y de las ovejitas.

El anfitrión y el huésped pasaron al salón, donde trajo el camarero la baraja, y empezaron la partida, sin poner dinero ninguno.

Al regresar María Nikolayevna de casa de la condesa Lasunsky, los halló en esta inocente ocupación.

En cuanto vio, al entrar, la baraja y la mesa de juego, empezó a reírse a carcajadas.

Sanín se levantó rápidamente. Pero ella exclamó:

—Siéntese y continúen jugando. Voy a ponerme otro vestido, y enseguida vuelvo.

Y desapareció, haciendo ruido con las faldas y quitándose los guantes mientras andaba.

Regresó, en efecto, casi al momento. Había cambiado su suntuoso traje por una amplia blusa de seda color lila, de mangas muy anchas y cortas; un grueso cordón, trenzado, le rodeaba la cintura.

Tomó asiento junto a su marido, y, cuando este se quedó de *burro*, le dijo:

—¡Bueno, basta ya, gordinflón!

Al pronunciar la palabra «gordinflón», Sanín la miró con asombro, y ella sonrió alegremente, devolviéndole la mirada y haciendo aparecer todos los hoyuelos de las mejillas.

—Basta —repitió—, veo que quieres dormir. Bésame la mano y vete. El señor Sanín y yo nos quedaremos charlando un poco.

—No quiero dormir —dijo Polósov, levantándose con pereza del sillón—. Pero en cuanto a besarte la mano y marcharme, no tengo inconveniente.

Le tendió ella la mano, sin dejar de sonreír y de mirar a Sanín.

También Polósov le echó una mirada, y se fue sin despedirse.

—Bueno, cuénteme, cuénteme —dijo con viveza María Nikolayevna, colocando a la vez sobre la mesa ambos codos desnudos y golpeando con las uñas de una mano las de la otra—. ¿Es verdad lo que me han dicho, que se va usted a casar?

Y, al decir estas palabras, María Nikolayevna inclinó un poco a un lado la cabeza para poder dirigir a Sanín una mirada fija y penetrante.

Capítulo 35

LOS MODALES DESENVUELTOS DE LA SEÑORA POLÓSOV hubieran probablemente turbado a Sanín —aunque no era novato y había recorrido ya un poco de mundo—, si no hubiese creído ver en aquel desembarazo y familiaridad un feliz augurio para su empresa. «Halaguemos los caprichos de esta señora rica», se dijo. Y con la misma libertad con que ella le había preguntado, contestó él:

—Sí, me caso.

—¿Con quién? ¿Con una extranjera?

—Sí.

—¿La ha conocido usted hace poco en Fráncfort?

—Sí, señora.

—¿Y quién es? ¿Se puede saber?

—Sí, señora. Es hija de un confitero.

María Nikolayevna abrió mucho los ojos y arqueó las cejas.

—Pero eso es un encanto —dijo con voz lenta—. ¡Es admirable! Creía que jóvenes como usted no se encontraban ya en el mundo. ¡Hija de un confitero!

—Veo que eso la asombra —observó Sanín, no sin cierta dignidad—, pero, ante todo, yo no tengo esos prejuicios...

—Ante todo, eso no me asombra de ninguna manera —interrumpió María Nikolayevna—, yo tampoco tengo prejuicios.

Yo misma soy hija de un *mujik*. ¿Eh? ¿Qué le parece? Lo que me admira y me alegra es encontrar un hombre que no teme amar, porque ¿usted la ama?

—Sí.

—¿Es muy guapa?

Esta última pregunta molestó a Sanín... Sin embargo, ya no podía retroceder.

—Sabe usted, María Nikolayevna —prosiguió—, que a todo el mundo le parece mejor la cara de su amada que la de las demás. Pero mi novia es verdaderamente una

belleza.

—¿De veras? ¿Qué tipo tiene? ¿Italiano clásico?

—Sí, tiene las facciones muy regulares.

—¿No lleva usted consigo su retrato?

—No.

(En aquella época no existía aún la fotografía. Los daguerreotipos comenzaban apenas a propagarse.)

—¿Cómo se llama?

—Se llama Gemma.

—¿Y usted?

—Dimitri.

—¿Y además?

—Páblovich.

—Sabe usted —dijo María Nikolayevna, con su característica lentitud de voz—.

Me gusta usted mucho, Dimitri Pablovich. Debe usted de ser buena persona. Deme usted la mano y seamos amigos.

Le estrechó con vigor la mano entre sus dedos fuertes y blancos.

No era su mano mucho más pequeña que la de él; pero sí más caliente, más suave y más llena de vida.

—¿Sabe usted lo que se me está ocurriendo?

—¿Qué se le ocurre a usted?

—No se enfadará, ¿verdad? Dice usted que es su novia. ¿Es que acaso... acaso no podía ser de otra manera?

Sanín frunció las cejas.

—No la comprendo a usted, María Nikolayevna.

María Nicolayevna sonrió, sacudió la cabeza y echó atrás los cabellos, que le caían sobre las mejillas.

—¡Es encantador! —profirió medio pensativa, medio distraída—. ¡Un caballero! ¡Vaya usted, después de esto, a creer a las gentes que aseguran que ya no existen idealistas!

María Nikolayevna hablaba durante todo este tiempo en ruso, con una pureza perfecta; el verdadero ruso de Moscú, la lengua del pueblo, y no la de la nobleza.

—¿Se ha educado usted, probablemente, en su casa, en una familia piadosa y patriarcal? —preguntó—. ¿De qué Gobierno es usted?

—Del Gobierno de Tula.

—¡Hombre! ¡De modo que somos paisanos! Mi padre... Seguramente sabrá usted quién era mi padre.

—Sí, lo sé.

—Nació en Tula. Bueno, bien está... Vamos ahora a ocuparnos de nuestro asunto.

—¿Cómo de nuestro asunto? ¿Qué quiere usted decir con eso?

María Nikolayevna medio cerró los ojos y preguntó:

—¿Pero para qué ha venido usted aquí?

Cuando entornaba así los ojos, su expresión se hacía muy cariñosa y un poco burlona. Al abrirlos todo lo grandes que eran, en su brillo luminoso, casi frío, bullía algo maligno..., amenazador. Prestaban a aquellos ojos una particular belleza las cejas espesas, un poco prominentes, como de marta.

—¿No quiere usted que le compre su hacienda? ¿No necesita usted dinero para su casamiento?

—Sí, lo necesito.

—¿Mucho?

—Para los primeros gastos, me contentaría con unos cuantos miles de francos. Su esposo conoce mis tierras. Podía usted consultar con él... Yo pediría un precio módico...

María Nikolayevna movió la cabeza a uno y otro lado.

—*En primer lugar* —comenzó a decir separando las palabras y dando golpecitos con los dedos en la extremidad de la manga de Sanín, yo no tengo costumbre de consultar a mi marido, a no ser cuando se trata de comprar objetos de tocador, porque en eso es un verdadero artista... *En segundo lugar*, ¿por qué dice usted que fijará un precio barato? Yo no quiero aprovecharme de que esté usted ahora muy enamorado y dispuesto a todos los sacrificios... No acepto ningún sacrificio de usted. ¿Cómo? En vez de estimular en usted... ¿cómo se le diría mejor?... de favorecer unos sentimientos tan nobles, ¿iba yo a sacarle el pellejo? Eso no está en mis costumbres; pues, aunque en muchas ocasiones no tengo piedad de las gentes... es de otra manera.

Sanín no podía comprender si se burlaba de él o hablaba en serio, y solamente se decía para sí: «¡Oh, contigo hay que mantenerse en alerta!».

Entró un criado trayendo en una bandeja un *samovar* ruso, un servicio de té, crema y bizcochos. Puso todo aquello encima de la mesa, entre Sanín y la señora Polósov, retirándose en el acto.

Ella le sirvió una taza de té.

—¿No le disgusta?... —preguntó, sirviéndole el azúcar con los dedos, aunque las tenacillas estaban encima de la mesa.

—¡Por Dios! De una mano tan hermosa...

No acabó la frase, y por poco se ahoga con un sorbo de té.

Ella, sin quitarle los ojos de encima, le miraba fijamente.

—He ofrecido mis tierras por un precio módico —continuó Sanín—, porque ahora se halla usted en el extranjero, y no puedo suponer que tenga usted mucho dinero disponible. Además, comprendo que la venta... o la compra de una finca en tales condiciones tiene algo de anormal, y debo tener esto en cuenta.

Sanín se enredaba y cortaba las frases, y María Nikolayevna, que se había reclinado silenciosamente en el respaldo de la butaca, cruzó los brazos y siguió mirándole con aquella misma mirada, clara y observadora.

Sanín, al fin, se quedó callado.

—Hable usted, hable usted —dijo ella, como acudiendo a su ayuda—. Le escucho, me es agradable oírle. Hable usted.

Sanín se puso a describir su hacienda, explicando cuántas hectáreas tenía, dónde se encontraba, sus dependencias y la renta que podía sacarse de ella... Hasta hizo mención de la pintoresca situación de la casa. María Nikolayevna continuaba clavando en él su mirada, cada vez más clara y penetrante, moviendo sus labios ligeramente, sin sonreír, y mordiéndoselos de cuando en cuando. Finalmente se sintió turbado otra vez, y de nuevo quedó silencioso.

—Dimitri Pablovich —empezó a decir María Nikolayevna, y se detuvo pensativa...— Dimitri Pablovich —repitió al cabo de un instante—, ¿sabe usted una cosa? Estoy segura de que la compra de su hacienda es para mí un negocio muy ventajoso, y que nos arreglaremos. Pero tiene usted que darme... dos días, sí, dos días... ¿No será usted capaz de estar separado de su novia un par de días? No le detendré más tiempo contra su voluntad, le doy mi palabra. Pero si necesita usted ahora mismo cinco o seis mil francos, se los prestaré con mucho gusto y luego ya ajustaremos las cuentas.

Sanín se levantó, diciendo:

—Debo agradecerle, María Nikolayevna, su cordial disposición para servir a un hombre, casi desconocido para usted... Pero si a usted le viene bien así, prefiero

esperar su resolución acerca de mi finca, y me quedaré aquí dos días.

—Sí, me viene bien así, Dimitri Pablovich. ¿Y le será a usted difícil? ¿Mucho? Diga usted.

—Quiero a mi novia, María Nikolayevna, y me cuesta mucho separarme de ella.

—¡Ah, es usted una persona digna de admiración! —exclamó suspirando María Nikolayevna—. Le prometo hacerlo lo más pronto posible. ¿Se va usted?

—Ya es tarde —observó Sanín.

—Y le hace falta descanso después del viaje, y de esa partida de burro con mi marido. Diga, ¿es usted muy amigo de Hipólito Sidorovich, mi marido?

—Nos hemos educado en el mismo colegio.

—¿Ya era así entonces?

—¿Cómo «así»? —preguntó Sanín.

María Nikolayevna se echó a reír a carcajadas, y lo hizo de tal modo, que su rostro se puso muy encarnado. Se llevó el pañuelo a los labios, se levantó de la butaca, y, balanceándose como si se sintiese fatigada, se acercó a Sanín y le tendió la mano. Este se despidió de ella, y se dirigió hacia la puerta.

—Procure usted venir mañana temprano, ¿oye usted? —le gritó cuando salía del salón.

Se volvió Sanín y la vio de nuevo medio echada sobre una butaca, con las manos detrás de la cabeza...

Las anchas mangas de la blusa se habían corrido casi hasta los hombros, y era imposible no confesar que la postura de aquellos brazos y toda su figura eran un verdadero encanto.

Capítulo 36

MUCHO DESPUÉS DE MEDIANOCHE estaba todavía encendida la lámpara en el cuarto de Sanín, el cual, sentado a la mesa, escribía a «su Gemma».

Le contaba todo, le describía los Polósov, marido y mujer, y sobre todo sus propios sentimientos, y terminaba diciéndole que podían verse ya dentro de tres días (con tres signos de exclamación).

Por la mañana muy temprano llevó la carta al correo y se fue a pasear al jardín del *Kurhaus*, donde estaba ya tocando la música.

Aun había poca gente; estuvo un poco delante del quiosco de la orquesta, oyó un *potpourri* de *Roberto il Diavolo*, tomó café, y buscando luego una alameda solitaria, se sentó en un banquito y quedó pensativo.

El mango de una sombrilla, manejado con viveza y energía, le pegó en el hombro, haciéndole estremecerse...

Delante de él, vestida con un traje ligero de gasa de color gris verdoso, con sombrero de tul blanco y guantes de piel de Suecia, fresca y rosada como una mañana de estío, y conservando todavía en los movimientos y en las miradas la huella de un sueño tranquilo, apareció María Nikolayevna.

—Buenos días —exclamó—. Le he mandado a usted recado, pero ya había usted salido. Acabo de beber mi segundo vaso... Me obligan, sabe usted, a tomar las aguas..., e ignoro por qué. ¿No estoy acaso sana? Y tengo que pasear después una hora entera. ¿Quiere usted acompañarme? Tomaremos juntos el café.

—Ya lo he tomado —contestó Sanín, levantándose—. Pero tengo mucho gusto en pasear con usted.

—Bueno, deme usted su brazo... No tenga usted miedo, que como su novia no está aquí, no le verá.

Sanín se esforzó en sonreír.

Cada vez que María Nikolayevna aludía a su novia, experimentaba una impresión desagradable. Sin embargó, se inclinó presuroso y solícito... El brazo de María

Nikolayevna se apoyó en el suyo, dejándolo resbalar con un movimiento suave y lánguido, como ciñéndose a él.

—Vamos por aquí —dijo echándose al hombro la sombrilla abierta—. En este parque me encuentro como en mi casa: le llevaré por sitios bonitos... Y ¿sabe usted una cosa? (Empleaba con frecuencia esta frasecilla.) Ahora no vamos a hablar de nuestro negocio: lo dejaremos para después del almuerzo; ahora tiene usted que hablarme de sí mismo..., para que sepa yo con quién trato, y luego, si usted quiere, le hablaré yo de mí. ¿Estamos conformes?

—Pero, María Nikolayevna, ¿qué puede haber para usted de interesante...?

—Espere usted, espere usted, que no me ha comprendido. No es que me proponga coquetear con usted —dijo María Nikolayevna, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo había de hacerlo con un hombre que tiene una novia que es como una estatua antigua? Es que usted tiene una mercancía y yo soy el comprador, y deseo saber cómo es esa mercancía. A ver, dígame cómo es. Quiero enterarme, no sólo de lo que compro, sino a quién se lo compro. Esta era la regla de mi padre. Vamos, empiece usted..., pero no lo haga, por ejemplo, desde la infancia. ¿Hace mucho que está usted en el extranjero? Hasta ahora, ¿en dónde ha estado usted? Pero no vaya usted tan deprisa, que no hay nada que nos apure.

—He venido aquí desde Italia, en donde he pasado algunos meses.

—Por lo visto, todo lo italiano tiene un atractivo especial para usted. Es raro que no haya encontrado *allí* el objeto de sus ansias. ¿Le gusta el arte? ¿La pintura? ¿O tal vez más la música?

—El arte me gusta, en general... Me gusta todo lo bello.

—¿Y la música?

—La música también.

—En cambio, a mí no me gusta nada. Me agradan solo las canciones rusas... Pero en el campo y en la primavera... cuando se baila, ¿sabe usted?... Las camisetas rojas, los abalorios, la hierba tierna de los prados, el olor a heno... ¡Qué delicia! Pero no hablemos de mí. Siga usted contándome.

Al andar iba mirando María Nikolayevna a Sanín.

Como era de elevada estatura, su cara se hallaba a la misma altura que la de él.

Comenzó este a hacer su relato, primero como contra su gusto, pero después casi con volubilidad. María Nikolayevna le escuchaba con gran atención. Pero como, además, parecía tan expansiva, inducía involuntariamente a los demás a confiarse.

Poseía el gran don de la cordialidad, *le terrible don de la familiarité*, de que habla el cardenal de Retz.

Sanín refirió sus viajes, su vida en San Petersburgo y su juventud... Si María Nikolayevna hubiese sido una mujer de sociedad, de modales finos, no se habría él atrevido a confiarse tanto; pero ella misma había querido que la considerase como un «buen muchacho enemigo de ceremonias», y marchaba a su lado con paso felino, apoyándose ligeramente en él y mirándole a los ojos. Aquel «buen muchacho» tenía una figura de mujer, de la cual se desprendía esa seducción dulce y ardiente, lánguida y embriagadora, que para perdición de nosotros los hombres débiles y pecadores, poseen algunas naturalezas eslavas, no de sangre eslava pura, sino de la procedente de ciertas mezclas.

El paseo de Sanín con María Nikolayevna y su conversación se prolongaron más de una hora, durante la cual ni una sola vez se detuvieron, andando y andando siempre por las interminables alamedas del parque, ya ascendiendo por las colinas y recreándose en la contemplación del paisaje, ya descendiendo a las hondonadas y sumergiéndose en la sombra de sus frondas impenetrables al sol, sin dejar nunca de ir cogidos del brazo.

Alguna vez Sanín llegó hasta sentir rabia: nunca había paseado tanto tiempo con Gemma, con su encantadora Gemma... Y ahora aquella señora se apoderaba de él...

—¿No está usted cansada? —le preguntó más de una vez.

—Yo nunca me canso —contestó ella.

Se cruzaron con algunos raros paseantes, que la saludaron casi todos, con respeto los unos, y hasta con servilismo otros. A uno de estos últimos, muy buen mozo, moreno y elegantemente vestido, le gritó desde lejos con el mejor acento parisiense:

—*Comte, vous savez, il ne faut pas venir me voir; ni aujourd'hui, ni demain.*

El aludido se quitó el sombrero, sin decir una palabra, e hizo una profunda reverencia.

—¿Quién es ese? —preguntó Sanín, siguiendo la mala costumbre de curiosear, propia de todos los rusos.

—¿Ese? Es un francesito. Hay muchos por aquí... También me hace la corte... Pero ya es hora de tomar café. Vámonos a casa; a usted ya se la habrá abierto el apetito. Mi fiel marido ya debe de haber despegado los ojos.

«¡Mi fiel marido!». «¡Despegado los ojos!», repitió Sanín para sus adentros. «¡Y habla tan bien el francés!... ¡Qué mujer tan singular!».

María Nikolayevna no se había equivocado. Cuando llegó al hotel con Sanín, «su fiel esposo» o «gordinflón» estaba ya sentado en la mesa, con su invariable fez en la cabeza.

—Ya no te esperaba —exclamó enfurruñado—. Iba a tomar el café sin ti.

—¡No importa, no importa! —dijo ella alegremente—. ¿Te has incomodado? Pues eso le sentará bien a tu salud; si no, engordarías demasiado. Como ves, te traigo un convidado. Llama enseguida. Vamos a tomar café, café del mejor, en tazas de Sajonia, sobre un mantel blanco como la nieve.

Se quitó el sombrero y los guantes, y comenzó a palmotear.

Polósov la miró de reojo, y dijo a media voz:

—¿Qué te pasa hoy, que estás tan alegre?

—No te importa nada, Hipólito Sidorovich. Llama. Siéntese usted, Dimitri Pablovich, y tome la segunda taza. ¡Qué agradable es mandar! En el mundo no hay placer mayor.

—Cuando uno es obedecido —refunfuñó el marido.

—Así es, cuando le obedecen a uno. Eso es precisamente lo que me agrada. Sobre todo, contigo. ¿No es verdad, gordinflón? Aquí está el café.

En la enorme bandeja con que apareció el criado venía un prospecto del teatro, que María Nikolayevna cogió al momento.

—¡Un drama! —exclamó con disgusto—. ¡Un drama alemán! Bueno, siempre es mejor que una comedia alemana. Manda a buscar un palco, un proscenio, o si no... prefiero el *Fremden-Loge* (palco de los extranjeros) —añadió, dirigiéndose al mozo.

—Pero si el *Fremden-Loge* está ya tomado por el excelentísimo señor burgomaestre (*seine Excellenz der Herr Stadt-Direktor*) —insinuó el criado.

—Dele usted diez *thalers* a su excelencia, y que me deje el palco. ¿Ha oído usted?

El mozo inclinó sumiso la cabeza.

—Dimitri Pablovich, ¿vendrá usted conmigo al teatro? Los cómicos alemanes son insoportables; pero, sin embargo, si viene usted... ¿Sí? ¡Sí! ¡Qué amable es usted! Gordinflón, y tú, ¿no vienes?

—Como tú dispongas —rezongó Polósov, dentro de la taza que tenía cerca de la boca.

—¿Sabes una cosa? Mejor es que te quedes, porque en el teatro siempre te quedas dormido, y, además, el alemán lo entiendes muy mal. ¿Sabes lo que podrías hacer? Contestar al administrador. ¿Te acuerdas? Sobre lo de nuestro molino... Lo de la

molienda de los aldeanos. Dile que no me da la gana, no me da la gana y no me da la gana. Ya tienes ocupación para toda la noche.

—Así lo haré —respondió Polósov.

—Muy bien, eres un buen marido. Y ahora, señores, ya que hemos hablado del administrador, tratemos de nuestro asunto. En cuanto el mozo levante la mesa nos dirá usted, Dimitri Pablovich, todo lo referente a sus tierras: lo que son, cómo son, por cuánto las vende, cuánto quiere adelantado... En una palabra: todo.

—¡Al fin! —pensó Sanín—. ¡Gracias a Dios!

—Algo me ha dicho usted ya del jardín; recuerdo que me lo describió admirablemente; pero el gordinflón no estaba presente. Me es muy agradable pensar que puedo ayudarle a casarse... pero le había prometido ocuparme de usted después del desayuno, y cumplo mi promesa, ¿no es verdad, Hipólito Sidorovich?

Polósov se pasó la palma de la mano por la cara, y dijo:

—Lo que es verdad, es verdad. Tú no engañas a nadie.

—¡Nunca! Yo nunca engaño a nadie. Bueno, Dimitri Pablovich, «defienda usted su causa», como decimos en los tribunales.

Capítulo 37

SANÍN «DEFENDIÓ SU CAUSA». Es decir, describió por segunda vez sus tierras, pero sin mencionar ya la belleza de la naturaleza, e invocando de cuando en cuando a Polósov para que confirmase sus «hechos y cifras».

Pero Polósov no hacía más que dar gruñidos y cabezadas, que, si eran de aprobación o desaprobación, sólo el diablo lo sabía.

Por otra parte, María Nikolayevna no necesitaba mucho de su concurso, pues demostraba tales aptitudes comerciales y administrativas, que no había más remedio que admirarse. Conocía perfectamente los detalles más minuciosos de la administración de una propiedad; sobre todo hacía detalladas preguntas y no dejaba nada por tratar; cada una de sus palabras iba derecha a su objeto y ponía todos los puntos sobre las íes.

Sanín, que no esperaba tal interrogatorio, no se había preparado para él.

Duró el interrogatorio hora y media, durante la cual experimentó todas las emociones del reo que se sienta en el estrecho banquillo, delante del juez severo y sagaz.

—¿Qué precio pide usted por alma?

Por aquel entonces el valor de las fincas se estimaba por almas^[3].

—Creo que menos de quinientos rublos no puedo pedir —contestó Sanín con dificultad.

¡Ah Pantaleone, Pantaleone, en dónde estás! ¡Ahora sí que era ocasión para que volvieses a exclamar: *Barbari!*

María Nikolayevna levantó los ojos al cielo como si reflexionase.

—¿Qué le voy a decir? —contestó, por último—. Ese precio no me parece fuera de lugar. Pero me he tomado dos días de plazo, y tendrá usted que esperar hasta mañana. Creo que nos arreglaremos, y entonces me dirá usted cuánto tengo que darle de anticipo.

Y ahora, *basta così* —interrumpió, al observar que Sanín quería decir algo—. Ya nos hemos ocupado bastante del vil metal..., *à demain les affaires*. ¿Sabe usted una cosa? Ahora le doy a usted suelta... (miró un relojito de esmalte que llevaba en la cintura) hasta las tres... Hay que dejarle descansar. Vaya usted a jugar a la ruleta.

—Yo nunca juego a juegos de azar —contestó Sanín.

—¿Es posible? Entonces es usted perfecto. Claro es que tampoco yo juego. Es una estupidez tirar el dinero a sabiendas. Pero vaya usted a la sala de juego a ver las caras. Las hay entretenidísimas. Hay allí una vieja con barba y bigotes, magnífica. También hay uno de nuestros príncipes, que no está mal: figura majestuosa y nariz aguileña; pero en cuanto apunta un *thaler*, hace a escondidas el signo de la cruz por debajo del chaleco. Lea los periódicos, pasee; en una palabra: haga lo que quiera... Pero a las tres le espero... *de pied ferme*. Será preciso que comamos más temprano. Estos ridículos alemanes empiezan los teatros a las seis y media.

Y, tendiéndole la mano, le dijo:

—*Sans rancune, n'est-ce pas?*

—¿Por qué, María Nikolayevna? ¿Por qué he de tenerle rencor?

—Por lo que le he fastidiado. Espere usted, que esto no es todo aún —añadió entornando los ojos y haciendo aparecer, a la vez, todos sus hoyuelos en sus rosadas mejillas—. ¡Hasta la vista!

Sanín se inclinó y salió.

Detrás de él resonó una carcajada, y en un espejo junto al cual pasaba en aquel preciso momento, vio reflejada la siguiente escena: María Nikolayevna le había calado a su marido el fez hasta las narices, y él manoteaba con ambas manos, haciendo inútiles esfuerzos para levantarlo.

Capítulo 38

¡CON QUÉ HONDA ALEGRÍA RESPIRÓ SANÍN en cuanto se vio en su habitación!

María Nikolayevna había dicho la verdad. Le convenía descansar de todos aquellos nuevos acontecimientos, encuentros y conversaciones; de aquel aire viciado, que le atacaba al cerebro y al espíritu; de aquella inesperada intimidad con una mujer tan extraña a él.

¡Y en qué momento ocurría esto! Casi al día siguiente de saber que Gemma lo amaba y de ser novia suya.

¡Era casi un sacrilegio! Mil veces pidió interiormente perdón a su pura y cándida paloma, aun cuando propiamente no podía acusarse de nada.

Mil veces besó la crucecilla que le había dado, y si no hubiese tenido la esperanza de terminar pronto y bien el asunto que le había traído a Wiesbaden, hubiera emprendido inmediatamente el regreso a aquel simpático Fráncfort, a aquella querida casa, donde era ya de la familia; hacia *ella*, para arrojarse a sus pies amados...

¡Pero no había otro remedio! Era preciso beber el cáliz hasta las heces, vestirse, ir a comer, y desde allí al teatro... ¡Con tal que al día siguiente le soltase temprano!...

Había otra cosa que le tenía desazonado y de mal humor: pensaba en Gemma con amor, con ternura y con agradecido fervor; pensaba en la existencia que llevarían, en la felicidad que le aguardaba en lo porvenir; y, entretanto, aquella extraña mujer, aquella señora de Polósov, le buscaba incesantemente... ¡No, buscarle no! ¡Se le metía por los ojos!... —se decía Sanín con enojo—, y no podía alejar su imagen, ni dejar de oír su voz y recordar sus palabras, ni librarse de percibir aquel perfume especial, fino, fresco y penetrante como el de un lirio amarillo, que se desprendía de sus ropas.

Aquella mujer se proponía, evidentemente, jugar con él; para lo cual, por todos los medios trataba de acercarse...

Pero, ¿con qué fin? ¿Para qué? ¿Se trataba, acaso, del capricho de una mujer rica, mimada y casi desprovista de moral?

¡Y el marido! ¡Qué tipo! ¿En qué relación se hallaba con su mujer?

Y ¿por qué le daban vueltas en la cabeza a él, Sanín, que no tenía nada que ver ni con Polósov ni con su mujer? ¿Por qué no podía arrojar su imagen ni aun en aquellos instantes en que toda su alma tendía hacia otra, luminosa y clara como el sol?

¿Cómo se atreven estos impuros pensamientos a mezclarse con los otros, que son casi divinos? Y no solo mezclarse, sino a mostrarse cínicamente embriagadores... Aquellos ojos grises y astutos, aquellos hoyuelos, aquellos cabellos ondulantes, ¿se habían agarrado de tal modo a él que no tenía fuerzas para sacudirlos y arrojarlos fuera?

¡Qué tonterías! Todo eso desaparecerá mañana sin dejar huellas... Pero ¿me dejará ella marchar mañana?

Haciendo todas estas reflexiones, se acercó la hora de las tres, y entonces se vistió la levita negra, y, después de pasear un poco por el parque, se dirigió a casa de los Polósov.

Encontró con ellos en el salón a un secretario de Embajada, alemán, largo y rubio, con perfil acaballado y el pelo partido por detrás (que era la moda en aquel momento), y... ¡qué coincidencia! a von Dönhof, el mismo oficial con que se había batido días antes. De ningún modo esperaba tropezar con él, y precisamente allí. Ligeramente turbado, lo saludó.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó María Nikolayevna, a quien no pasó inadvertida la confusión de Sanín.

—Sí... Ya tenía el honor —contestó Dönhof, y, volviéndose un poco del lado de María Nikolayevna, añadió a media voz, con una sonrisa:

—Es el mismo... su paisano... el ruso.

—¡No puede ser! —exclamó ella, también a media voz, amenazándole con un dedo.

E inmediatamente empezó a despedirse de él y del secretario larguirucho; el cual, según todos los indicios, estaba perdidamente enamorado de ella, cosa que le hacía quedarse boquiabierto cada vez que la miraba.

Dönhof se retiró sin tardanza, haciendo una amable reverencia, como un amigo de la casa que a medias palabras comprende lo que se desea de él. El secretario quería hacerse el remolón; pero María Nikolayevna le despachó sin ninguna ceremonia.

—Váyase usted junto a la soberana. ¿Qué se le pierde a usted en casa de una plebeya como yo? —le dijo.

Estaba entonces en Wiesbaden cierta *principessa di Monaco*, que tenía todo el aspecto de una vulgar *cocotte*.

— Dispéñseme, señora —contestó el pobre secretario—, todas las *principessas* del mundo...

Pero María Nikolayevna no tuvo piedad, y el secretario se marchó, con su raya atrás y todo.

María Nikolayevna vestía aquel día de un modo que la «favorecía» mucho, según expresión de nuestras abuelas.

Llevaba un traje de *glacé* rosa, con mangas *à la Fontanges*, y un brillante muy gordo en cada oreja. Sus ojos no brillaban menos que aquellos brillantes: parecía estar contenta y feliz.

Hizo sentar a Sanín junto a ella, y empezó a hablarle de París, adonde pensaba ir pocos días después; de lo que la fastidiaban los alemanes, que son unos tontos cuando pretenden ser discretos, e inoportunamente discretos, cuando hacen el tonto.

De repente, y como suele decirse a boca de jarro, le preguntó si era verdad que se había batido hacía pocos días, por una dama, con aquel mismo oficial que acababa de estar allí.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó, turbado, Sanín.

—No se habla de otra cosa, Dimitri Pablovich; y sé, además, que tenía usted razón, mil veces razón, y que se portó usted como un caballero. Dígame usted, ¿la dama era su novia?

Sanín frunció ligeramente el ceño.

—¡No sigo, no sigo! —añadió precipitadamente María Nikolayevna—. Eso le desagrada a usted, y no hablaré más de ello. Dispéñseme usted. No se incomode.

En esto salió de la habitación vecina Polósov con un periódico en la mano.

—¿Qué, está la comida lista? —preguntó su mujer.

—Van a servirla en seguida. Pero mira lo que he encontrado en *La Abeja del Norte*. El príncipe Gromovoy ha muerto.

María Nikolayevna levantó la cabeza y exclamó:

—¡Ah! ¡Que Dios lo tenga en su gloria! Todos los años —añadió dirigiéndose a Sanín—, por el mes de febrero, el día de mis cumpleaños me llenaba todas las habitaciones de camelias. Pero eso no es compensación bastante para tener que vivir en invierno en San Petersburgo.

—¿Cuántos años tenía? ¿Setenta? —preguntó a su marido.

—Sí. En el periódico describen su entierro. Asistió toda la corte. Hay unos versos del príncipe Kovrichkin con tal motivo.

—¡Vaya, tanto mejor!

—¿Quieres que te lea? El príncipe le llama hombre de buen consejo.

—No, no me lo leas. ¡Hombre de buen consejo! Era sencillamente el marido de Tatiana Yurievna. Vamos a comer. Los vivos tenemos que pensar en vivir. Dimitri Pablovich, su brazo.

La comida fue, como la del día anterior, magnífica, y transcurrió muy animada. María Nikolayevna tenía el don de la conversación... raro en la mujer, y todavía más en la rusa.

No se preocupaba de las expresiones, y los que más sufrían de sus críticas eran sus compatriotas. Más de una vez tuvo Sanín que soltar la carcajada con motivo de alguna frase atrevida y oportuna.

Con lo que menos transigía María Nikolayevna era con la mojigatería, con la charlatanería y con la mentira... ¡Y casi en todas partes tropezaba con ellas!

Parecía como vanagloriarse del medio humilde en donde había empezado su vida; contaba anécdotas bastante raras sobre sus padres y sobre la época de su niñez. Se llamaba asimismo *lápotnitsa*^[4] como Natalia Kirilovna Narichkina (madre del zar Pedro el Grande).

Polósov comía con el mayor cuidado, bebía con gran atención, y solo de vez en cuando dirigía a su mujer o a Sanín la mirada de sus pupilas blanquecinas, con aspecto de ciegas; pero que, en realidad, eran muy perspicaces.

—¡Qué buen chico eres! —exclamó María Nicolayevna—. ¡Qué bien has hecho todos mis encargos en Fráncfort! Te hubiera dado un beso en la frente, pero no creo que eso te entusiasme.

—Efectivamente, no me entusiasma —contestó Polósov cortando una piña con un cuchillo de plata.

María Nikolayevna le miró y se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Entonces, ¿sigue nuestra apuesta? —preguntó a su marido significativamente.

—Sí, sigue.

—Muy bien; la perderás tú.

Polósov adelantó la mandíbula inferior y dijo:

—Por esta vez, por mucha esperanza que pongas en ti misma, María Nikolayevna, quien perderá, supongo que serás tú.

—¿Sobre qué es la apuesta? ¿Puedo saberlo yo?

—No..., ahora no —contestó María Nikolayevna, echándose a reír.

Dieron las siete, y anunció el mozo que el coche estaba listo. Polósov acompañó a su mujer, y regresó en seguida a su sillón.

—¡Ten cuidado, no vayas a olvidar la carta al administrador! —le gritó María Nikolayevna desde la antesala.

—La escribiré, estate tranquila. Soy hombre ordenado.

Capítulo 39

EN 1840, EL TEATRO DE WIESBADEN era un edificio muy malo, y la compañía que en él trabajaba, por su pretenciosa y mísera vulgaridad, y por su rutina trivial y trabajosa, no se alzaba ni el grueso de un cabello por encima del nivel que hasta entonces podía considerarse como normal en todos los teatros alemanes. La compañía de Karlsruhe, bajo la «distinguida» dirección del señor Devrieut, era lo que podía considerarse como modelo.

En el fondo del palco tomado para «Su Alteza la señora von Polósov» (sabe Dios cómo se ingeniaría el mozo para lograrlo, porque, naturalmente, no se lo había ido a comprar al burgomaestre), en el fondo de dicho palco había un antepalco no muy grande con divanes.

Antes de entrar en él, María Nikolayevna pidió a Sanín que levantase las pantallas que separaban el palco del teatro.

—No quiero que me vean —dijo—. Si no, van a meterse todos aquí enseguida.

Y lo hizo sentar a su lado, dando la espalda a la sala, para que el palco pareciese vacío.

La orquesta tocó la obertura de *Las bodas de Fígaro*. Se levantó el telón, y comenzó la representación.

Se trataba de una de esas innumerables y anodinas producciones alemanas, en las que los autores, cultos pero sin talento, desenvolvían en un lenguaje escogido pero martirizado, una idea «profunda» o «de interés vital», desarrollando un «conflicto trágico» que producía un aburrimiento... asiático, algo así como el cólera que hay de este nombre.

María Nicolayevna escuchó pacientemente la mitad de un acto; pero cuando el galán joven se enteró de la traición de su amada (iba vestido con una levita color marrón, de amplias mangas y cuello de terciopelo; chaleco a rayas con botones de nácar, pantalones verdes sujetos a la bota con tirantes de charol, y guantes de gamuza), cuando el referido galán, apoyando ambas manos en el pecho y echando los

codos hacia adelante, en ángulo recto, se puso a aullar exactamente como un perro, María Nicolayevna no pudo contenerse, y exclamó con disgusto:

—El último actor francés del último poblacho de provincias, trabaja mejor y con más naturalidad que la primera de las celebridades alemanas.

Y diciendo esto, se fue al antepalco.

—Venga usted aquí —propuso a Sanín dando con la mano unos golpecitos en el diván, señalando el sitio a su lado—. Vamos a charlar.

Sanín obedeció.

María Nikolayevna lo miró, y dijo:

—Por lo que se ve, es usted dócil. Su mujer se va a encontrar muy a gusto con usted. Ese majadero —prosiguió, apuntando con el abanico al actor que había aullado, y que representaba el papel de preceptor doméstico—, ese majadero me ha recordado mi juventud: yo también estaba enamorada de mi profesor. Fue mi primera... no, mi segunda pasión; la primera vez me enamoré de un lego del monasterio del Don. Tenía yo doce años. Lo veía sólo los domingos. Vestía una sotana de terciopelo, se perfumaba con agua de flor de espliego, y al atravesar entre la gente con el incensario, decía a las señoras: «*Pardon, excusez*». Nunca levantaba los ojos; pero tenía unas pestañas así...

Y María Nicolayevna señaló con la uña del dedo pulgar la mitad del meñique.

—El profesor se llamaba *monsieur* Gastón. Debo decirle a usted que era sapientísimo y muy sereno; era suizo, y tenía un rostro muy enérgico. Las patillas, negras como ala de cuervo; el perfil, griego, y los labios como modelados en hierro fundido. Yo le tenía miedo. En toda mi vida es el único hombre a quien he tenido miedo. Era profesor de mi hermano, que después murió... ahogado. Una gitana me pronosticó también una muerte violenta, pero eso son tonterías que yo no creo. ¿Se imagina usted a Hipólito Sidorovich con un puñal en la mano?

—Pero se puede morir violentamente de otra manera.

—¿Todo eso son necesidades! ¿Es usted supersticioso? Yo, nada. Lo que viene de Dios es inevitable. *Monsieur* Gastón vivía con nosotros en casa, encima de mi habitación, y solía suceder que, dormida, de noche, oía sus pasos (se acostaba bastante tarde), y mi corazón desfallecía de dicha... o de otro sentimiento. Mi padre apenas entendía de letras, pero nos dio una buena educación. ¿Sabe usted que hasta entiendo latín?

—¿Usted, latín?

—Sí, yo. Me lo enseñó *monsieur* Gastón, y con él leí *La Eneida*. Una cosa bastante aburrida, pero tiene pasajes bonitos. ¿Recuerda usted cuando Dido está con Eneas en

el bosque?

—Sí, sí, ya recuerdo —profirió precipitadamente Sanín, que hacía muchísimo tiempo que había olvidado su latín, y tenía muy escasa idea de *La Eneida*.

María Nikolayevna le miró, según su costumbre, un poco de lado, y de arriba abajo.

—No piense usted que soy muy instruida. En absoluto. No soy instruida, ni tengo talento ninguno. Escribir, apenas sé... a decir verdad. Leer en voz alta, no puedo, ni sé tocar el piano, ni dibujar, ni bordar... ¡Nada! ¡Eso es lo que soy, y nada más!

Y abriendo los brazos, añadió:

—Le cuento todo esto, en primer lugar, para evitar el tener que oír a esos majaderos (señaló a la escena, en donde en aquel momento había reemplazado al galán la dama joven, que también echaba los codos hacia adelante), y en segundo lugar, porque estoy en deuda con usted: ayer me habló de sí mismo...

—Porque tuvo usted a bien preguntarme —observó Sanín.

María Nicolayevna se volvió de repente hacia él, interrogándole en esta forma:

—¿Y no tiene usted deseos de saber qué clase de mujer soy yo? Por supuesto, no lo considero extraño —añadió, recostándose otra vez en los cojines del diván—. Un hombre que se dispone a casarse, y por amor, y después de un duelo... ¿Cómo le ha de interesar ninguna otra cosa?

Quedó pensativa y se puso a morder el mango del abanico con sus dientes un poquito grandes, pero iguales y blancos como la leche.

Sanín creyó sentir de nuevo en la cabeza aquel vapor del que no podía librarse desde hacía dos días.

Su conversación entre él y María Nicolayevna proseguía a media voz, casi como un murmullo, y esto le irritaba y agitaba todavía más...

¿Cuándo iba a terminar aquello?

Las gentes débiles no terminan nada por sí mismas: se limitan a esperar la conclusión.

En la escena alguien dio un estornudo.

Aquel estornudo lo había introducido el autor en la obra como «elemento cómico», único de su clase que había en toda ella, naturalmente, y los espectadores lo acogieron con risas de aprobación.

Aquellas risas sirvieron también para irritar a Sanín.

Había instantes en los que no sabía decididamente si estaba colérico o contento, si se aburría o lo pasaba bien. ¡Si Gemma llegara a verlo en aquel momento!

—Verdaderamente, es esto una cosa rara —dijo de repente María Nicolayevna—. Viene un individuo y nos dice con toda tranquilidad: «Tengo intención de casarme», pero nadie nos dice con la misma tranquilidad: «Tengo intención de arrojarme al agua», y, sin embargo, ¿qué diferencia hay entre ambas cosas? Verdaderamente, es raro.

Sanín se impacientó y contestó:

—La diferencia es grande, María Nicolayevna. Para los que saben nadar, no es nada tremendo tirarse al agua; y sobre todo... por lo que se refiere a lo extraño de ciertos matrimonios... ya que la conversación recae sobre eso...

Bruscamente se detuvo y se mordió la lengua.

María Nicolayevna le dio un golpecito en la mano con el abanico, y agregó:

—Siga usted, Dimitri Pablovich, siga usted; ya sé yo lo que quería usted decir: «Puesto que la conversación recae sobre esto, distinguida señora María Nicolayevna de Polósov», quería usted decir, «más extraño que su matrimonio, no es posible imaginar nada... para mí, que conozco bien a su esposo desde la niñez». Eso es lo que quería usted decirme, que es de los que saben nadar.

—¡Por Dios, señora! —exclamó Sanín.

—Pero, ¿acaso, no es verdad? ¿Cree usted que no es verdad? —insistió María Nikolayevna—. Míreme a la cara y dígame si no es verdad lo que acabo de decirle.

Sanín no sabía adonde mirar, y dijo por fin:

—Bueno, dispense usted. Es verdad, ya que con tanta tenacidad me lo exige.

María Nikolayevna movió la cabeza, y añadió:

—Eso... eso. Y se preguntaría usted, que sabe nadar, qué motivo podría haber para proceder de un modo tan extraño por parte de una mujer que no es pobre... ni tonta... ni fea. Quizás esto no le interese, pero no importa; yo le contaré el motivo, aunque no ahora, sino en cuanto termine el entreacto. Siempre estoy intranquila temiendo que entre alguien...

Apenas había pronunciado María Nikolayevna esta última palabra, cuando se entreabrió la puerta exterior del palco, y asomó una cabeza rubicunda, reluciente de sudor, joven aún, pero ya sin dientes, de cabellos largos y lisos, nariz colgante, orejas enormes como alas de murciélago, y con lentes de oro de gruesos cristales, tras los que brillaban unos ojillos curiosos y miopes.

El individuo exploró el palco con la mirada, y al ver a María Nicolayevna adoptó una expresión de solicitud, y se inclinó dejando ver un largo pescuezo, todo surcado de venas.

María Nikolayevna agitó el pañuelo diciendo:

—¡No estoy en casa! *¡Ich bin nicht zu Hause, Herr P...! ¡Ich bin nicht zu Hause!*
¡Váyase, váyase!

El individuo, desconcertado, sonrió forzosamente, y con voz de hipo, imitando a Liza, a cuyos pies se había arrastrado alguna vez, contestó: *Sehr gut! Sehr gut!*, y desapareció.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Sanín.

—¿Ese? El crítico de Wiesbaden. Literato o lacayo; como usted quiera... Está a sueldo de este empresario, y por consiguiente, obligado a alabar todo y a entusiasmarse con todo; pero está siempre lleno de bilis asquerosa, que ni siquiera tiene valor para echar fuera. Me da miedo, porque es un chismoso terrible, y ahora correrá a contar que estoy en el teatro... Bueno. Lo mismo me da.

La orquesta tocó un vals, se alzó otra vez el telón, y de nuevo se apoderaron de la escena los gestos y los aullidos.

—Bien —prosiguió María Nikolayevna reclinándose en el diván—. Ya que lo he cogido y tiene usted que estar aquí conmigo, en lugar de deleitarse con la compañía de su novia... ¡no revuelva los ojos y se incomode! ¡Le comprendo y ya le he prometido que lo dejaría en absoluta libertad, pero ahora escuche mi confesión! ¿Quiere usted saber lo que amo por encima de todo?

—La libertad —contestó Sanín.

María Nikolayevna puso una mano sobre las de él y con voz en que había un especial matiz de indudable confianza y sinceridad, añadió:

—Sí, Dimitri Pablovich. La libertad, más que todo y por encima de todo. Y no piense usted que me alabo de ello; porque no hay por qué; sino que la cosa es así y siempre ha sido lo mismo, y así será para mí hasta la hora de la muerte. En mi niñez, tuve ocasión de ver muy de cerca la servidumbre, y por causa de ella sufrí bastante. Monsieur Gastón fue quien me abrió los ojos. Ahora comprenderá quizás por qué me casé con Hipólito Sidorovich; con él soy libre, completamente libre, como el aire, como el viento... Y antes de mi boda ya sabía yo esto; sabía que con él iba a ser libre como un cosaco.

María Nikolayevna calló un momento, puso a un lado el abanico y continuó:

—Todavía le diré una cosa: no desdeño el pensar...; es distraído y además para eso se nos dio la inteligencia; pero pensar en las consecuencias de lo que hago... eso jamás; no me cuido de mí, ni tampoco me quejo, ¿para qué? Tengo un proverbio para mi uso: *cela ne tire pas à conséquence*. No sé cómo puede decirse esto en ruso, y, a decir

verdad ¿qué hay que *tire à conséquence*? Aquí, no me han de pedir cuentas, en este mundo; y allá (señaló con un dedo hacia arriba), allá, que lo arreglen como quieran. Cuando me juzguen *allá*, ya no existiré. ¿Me escucha usted? ¿No le aburre?

Sanín que la escuchaba inclinado, levantó la cabeza y contestó:

—No me aburre, de ninguna manera, María Nikolayevna, y la escucho con muchísimo gusto. Confieso solamente... que me pregunto para qué me dice usted todo esto.

María Nikolayevna se acercó a él ligeramente en el diván y añadió:

—¿Se pregunta usted...? ¿Es que es usted tan torpe... o tan modesto?

Sanín levantó la cabeza todavía más.

—Le cuento todo esto —prosiguió la señora Polósov con un tono de tranquilidad, que no correspondía sin embargo a la expresión de su rostro— porque me gusta usted mucho. Sí, no se admire, que no es broma. Porque después de nuestro encuentro, me desagradaría pensar que conservase usted de mí una impresión desfavorable... Y ni aun desfavorable, que eso no me importaría, sino falsa. Por eso le he traído aquí y estoy con usted a solas y le hablo con tanta franqueza... Sí, sí, con franqueza. No le miento. Y observe, Dimitri Sanín, que sé que está usted enamorado de otra y dispuesto a casarse con ella... Haga, pues, justicia a mi desinterés. Por otro lado, ahora, se le presenta ocasión de decir a su vez: *cela ne tire pas à conséquence*.

Se echó a reír; pero, de repente, se contuvo, quedando inmóvil, como sorprendida de sus propias palabras, y por sus ojos, de ordinario tan alegres y risueños, pasó algo parecido a la timidez y hasta a la tristeza.

«¡Serpiente! ¡Ah, es una serpiente! —pensó entretanto Sanín—, ¡pero qué serpiente tan hermosa!».

—Deme usted mis gemelos —dijo bruscamente María Nikolayevna. Deseo ver si esa dama joven es en efecto tan fea. La verdad es que podría pensarse que el gobierno la ha elegido con un propósito moral, para que no arrebatase demasiado a la juventud.

Sanín le entregó los gemelos, y, al tomarlos ella, rápidamente, y de modo casi imperceptible, le cogió con ambas manos la suya.

—No esté usted tan serio —murmuró, sonriendo—. ¿Sabe usted una cosa? A mí no es posible ponerme cadenas, pero yo tampoco se las pongo a nadie. Amo la libertad y no reconozco obligaciones, ni para conmigo misma. Y ahora, sepárese un poco y vamos a oír la representación.

María Nikolayevna dirigió los gemelos a la escena y Sanín se puso también a mirar, sentado a su lado en la semioscuridad del palco, aspirando involuntariamente el tibio

perfume de su cuerpo magnífico, y barajando en la cabeza, también involuntariamente, lo que le había dicho ella en el transcurso de una hora... y sobre todo en los últimos minutos...

Capítulo 40

LA REPRESENTACIÓN DURÓ TODAVÍA OTRA HORA; pero pronto dejaron Sanín y María Nikolayevna de mirar a la escena, para reanudar la conversación, que él encaminó por el mismo sendero que antes; y esta vez ya no se mantuvo tan silencioso.

Interiormente, estaba disgustado consigo mismo y con María Nikolayevna, y se esforzaba en demostrarle toda la falta de fundamento de su «teoría», como si a ella le preocupasen las teorías.

Se puso a discutir con ella, de lo cual se sintió encantada, porque el discutir significa ceder o hallarse dispuesto a ceder. Atraído por el cebo, se entregaba, o por lo menos cesaba ya de ser huraño.

Ella le hacía objeciones, se reía, se mostraba de acuerdo, quedaba pensativa, atacaba... y entretanto sus caras iban aproximándose y ya no separaba él los ojos de los de ella... Aquellos ojos vagaban como rozando sus facciones, y él, para corresponder, sonreía, cortésmente, pero sonreía.

Había sabido lanzarlo ya a los temas abstractos, a juzgar de la pureza de las relaciones recíprocas, acerca del deber, de la santidad del amor y del matrimonio... Es cosa sabida que estas abstracciones sirven muy bien de comienzo... de punto de partida...

Los que conocían perfectamente a María Nikolayevna aseguraban que, cuando con toda su fuerte y enérgica naturaleza se abandonaba a un cierto estado de ternura, modestia y casi virginal pudor (que no había manera de imaginar de dónde los sacaba), entonces... ¡entonces tomaba la cosa un giro peligroso!

Evidentemente tomaba para Sanín aquel giro... Si hubiese podido reconcentrarse, tan sólo un momento, hubiera sentido desprecio de sí mismo; pero ni tenía tiempo para reconcentrarse ni para despreciarse.

Tampoco perdía ella el tiempo. Todo provenía de que Sanín era muy buen mozo. Y es cosa de preguntarse repetidas veces: «¿De qué dependerá nuestra salvación o nuestra pérdida?».

Terminó la obra y María Nikolayevna rogó a Sanín que le pusiese el chal, permaneciendo inmóvil, mientras él la cubría con el suave tejido sus espaldas, verdaderamente regias. Después le cogió del brazo, salió al pasillo y faltó poco para que soltase un grito: en la misma puerta del palco, como un fantasma, apareció Dönhof, y detrás de él la despreciable figura del crítico de Wiesbaden. La sudorosa cara del «literato» resplandecía de malicia.

—¿Quiere usted, señora, que vaya a buscar su coche? —ofreció el joven oficial, con un temblorcillo de rabia, mal contenida, en la voz.

—No, muchas gracias —respondió María Nikolayevna— lo hará mi lacayo... ¡Déjeme usted! —añadió, con tono imperioso.

Y se alejó rápidamente, arrastrando consigo a Sanín.

—¡Váyase al diablo! —gritó de repente Dönhof al literato, deseoso de descargar en alguien su ira—. ¿Por qué anda usted pegado a mí como una lapa?

Sehr gut, sehr gut —murmuró el aludido, y desapareció.

El lacayo de María Nikolayevna, que estaba esperando en el vestíbulo, fue en un abrir y cerrar de ojos a buscar el coche, que ocupó ella con presteza, y Sanín subió a continuación. Al cerrarse la portezuela, prorrumpió María en una carcajada:

—¿De qué se ríe usted? —preguntó Sanín, intrigado.

—¡Ah, perdóneme usted!... Pero se me ha ocurrido la idea de que si Dönhof se batiese con usted otra vez... por causa mía, ¿no sería muy gracioso?

—¿Se conocen ustedes mucho? —preguntó Sanín.

—¿Si conozco a ese... jovencillo? Me hace un poco la corte. Pero tranquilícese usted.

—Estoy completamente tranquilo.

María Nikolayevna dio un suspiro, y añadió:

—Sí, ya sé que está usted tranquilo. Pero escúcheme una cosa. Usted es tan amable que no sabrá negarme un ruego, que es el último que le hago; no olvide que dentro de tres días me voy a París, y usted regresa a Fráncfort... ¡Sabe Dios cuándo nos volveremos a encontrar!

—¿Y qué ruego es ese?

—¿Usted, por supuesto, sabe montar a caballo?

—Sí.

—Entonces, he aquí mi ruego. Mañana por la mañana me lo llevo conmigo, e iremos a pasear juntos por fuera de la ciudad. Tendremos caballos excelentes. Regresaremos después, concluiremos nuestro negocio... y amén. No se extrañe usted,

ni me diga que esto es un capricho y que estoy chiflada. Quizás sea todo verdad. Pero usted diga únicamente que está conforme.

María Nikolayevna volvió hacia él su rostro. Dentro del coche había oscuridad, pero sus ojos brillaban en aquella misma oscuridad.

—Está bien, conforme —profirió Sanín, dando un suspiro.

—¡Ah, suspira usted! —dijo María, imitándolo—. Eso significa «a mal tiempo, buena cara». No, no... Usted es muy amable y muy simpático... y yo cumpliré mi promesa. Aquí tiene usted mi mano sin guante, la derecha, la activa. Cójala y confíe en su presión. Qué clase de mujer soy, no lo sé, pero estoy segura de que soy persona formal y de que pueden hacerse tratos conmigo.

Sanín, sin darse bien cuenta de lo que hacía, llevó aquella mano a los labios. María Nikolayevna la retiró en silencio, quedó inmediatamente callada y ya no volvió a hablar hasta que el coche se detuvo.

Dio entonces un suspiro y... ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Fue ilusión de Sanín, o efectivamente sintió en la mejilla un contacto brusco y ardiente?

—«Hasta mañana» —murmuró María Nikolayevna en la escalera, toda iluminada por las cuatro bujías del candelabro, que un criado galoneado de oro había cogido al llegar ella.

Bajando luego los ojos, repitió:

—Hasta mañana.

Al volver a su habitación encontró Sanín sobre la mesa una carta de Gemma. Repentinamente... tuvo una impresión de susto; pero luego se alegró, para ocultarse a sí mismo el susto.

La carta tenía solo unos cuantos renglones. Se alegraba Gemma del feliz «comienzo del negocio», le aconsejaba que tuviese paciencia, y añadía que en casa estaban todos bien y que se alegraban de su regreso.

Sanín encontró la carta bastante seca. Sin embargó, cogió papel y pluma... y los volvió a dejar.

¿Para qué escribir? ¡Si mañana regresaba! ¡Había tiempo...!

Se acostó sin tardanza y trató de dormirse lo más pronto posible.

Si no se hubiese metido en la cama y estuviese desvelado, seguramente hubiera empezado a pensar en Gemma. Pero sentía una especie de vergüenza de pensar en ella... Le remordía la conciencia. Pero se tranquilizó con la idea de que mañana habría

concluido todo y se habría separado para siempre de aquella caprichosa mujer, olvidando todas aquellas tonterías.

Las personas débiles, cuando hablan consigo mismas, emplean con delectación expresiones de energía.

Et puis... cela ne tire pas à conséquence!

Capítulo 41

ESO PENSÓ SANÍN AL METERSE EN LA CAMA. Pero la historia calla acerca de lo que pensó al día siguiente, cuando María Nikolayevna llamó impaciente a su puerta con el mango de coral de su fusta, cuando la vio en el umbral de su habitación con la cola de su amazona azul oscura recogida sobre el brazo, con un sombrero de hombre cubriendo sus cabellos trenzados y con una sonrisa incitadora en los labios, en los ojos y en todo el rostro.

— ¿Está usted listo? —preguntó con voz alegre.

Sanín se abrochó el chaqué, y sin proferir palabra cogió el sombrero.

María Nikolayevna le dirigió una mirada expresiva, movió la cabeza y se puso a bajar rápidamente la escalera.

También él descendió con presteza.

Los caballos estaban ya delante de la puerta. Eran tres: una yegua de color alazán dorado, purasangre, de cabeza enjuta, ojos negros no salientes, patas de ciervo, delgada, pero bonita y ardiente como el fuego, para María Nikolayevna; otro recio, corpulento, algo pesado, negro sin una mancha, para Sanín, y el tercero para el mozo de cuadra.

María Nikolayevna montó ágilmente sobre su yegua, que empezó a piafar, a levantar la cola y a intentar levantarse de manos; pero la dama, excelente jinete, la dominó en el acto.

Había que despedirse de Polósov, que con su invariable tez y su bata entreabierta había aparecido en el balcón y agitaba un pañuelo de batista, sin sonreír, sino más bien con aire enfurruñado.

Montó también Sanín, y después de despedirse María Nikolayevna de su marido, con la fusta dio un latigazo en el cuello liso y arqueado de su yegua, que se puso en dos patas, dio un salto y comenzó a andar con paso vivo, menudo y contenido, con todos los nervios estremecidos, tascando el freno, sorbiendo el aire y resoplando.

Sanín iba detrás y miraba a María, que, poseída de sí misma, movía con soltura y gracia su talle fino y flexible, modelado por un corsé que lo ceñía sin oprimirlo.

Volvió la cabeza y lo llamó sólo con la mirada. Sanín se puso a su lado.

—¡Ve usted qué bien! —exclamó ella—. Se lo digo en los últimos momentos antes de nuestra separación: es usted un hombre encantador, y no le pesará.

Al pronunciar estas últimas palabras movió unas cuantas veces la cabeza de arriba abajo, como si deseara confirmarlas y darle a entender mejor su sentido.

Parecía tan feliz que Sanín se quedó admirado; hasta había en su cara esa expresión que suele haber en la de los niños cuando están muy contentos.

Llegaron al paso hasta una barrera, en donde se pusieron al trote largo.

El tiempo era magnífico y de verdadero verano. El viento, que les alcanzaba de frente, zumbaba en sus oídos. Se encontraban satisfechos, y una sensación de juventud, de vida sana y libre, y de impulso arrollador, que se acentuaba a cada instante, se había apoderado de ambos.

María Nikolayevna refrenó su cabalgadura y la puso otra vez al paso. Sanín hizo lo mismo.

—Mire usted, la única cosa por la que vale la pena de vivir —dijo María, con un profundo suspiro de satisfacción— es hacer lo que uno ha deseado, y que le ha parecido imposible. Entonces el alma se esponja hasta el límite y ya no cabe aquí (se puso la mano sobre el pecho). ¡Y qué buena se siente uno entonces! Yo misma... ¡qué buena soy ahora! Me sentiría capaz de abrazar a todo el mundo. Es decir... a todo el mundo, no. A ese no lo abrazaría.

Y señaló con la fusta a un viejo miserablemente vestido, que pasaba al lado por el camino.

—Pero a hacerlo feliz sí estoy dispuesta. ¡Para usted! ¡Tome! —gritó en alemán, tirándole a los pies una bolsita, que sonó al chocar con él suelo.

El caminante se detuvo asombrado, y María Nikolayevna, soltando una carcajada, puso la yegua al galope.

—¿Le gusta tanto montar a caballo? —preguntó Sanín cuando la alcanzó.

María Nikolayevna volvió a parar su montura en seco; no tenía otra manera de pararla.

—Solo quería evitar sus palabras de gratitud —dijo—. Quien me da las gracias, echa a perder mí placer. No lo he hecho por él, sino por mí misma. ¿Por qué me ha de dar las gracias? No he oído bien lo que me preguntó usted...

—Le he preguntado... quería saber por qué está usted hoy tan contenta.

—¿Sabe usted una cosa? —le interrumpió María Nikolayevna que, o no había vuelto a oír a Sanín, o no había considerado necesario contestar a su pregunta—. Me molesta ese mozo de cuadra que viene trotando detrás de nosotros, y que probablemente está pensando sólo en la hora en que sus amos volverán a casa. ¿Qué haríamos para librarnos de él?

Sacó rápidamente del bolsillo un librito de notas.

—¿Enviarlo con una esquila al pueblo? No..., no funcionará. ¡Ah, ya se me ocurre! ¿Qué es aquello que hay allí enfrente? ¿Es un restaurante?

Sanín miró hacia donde María le indicaba, y contestó:

—Sí, parece un restaurante.

—Entonces, muy bien. Le ordenaré que se quede en él y beba cerveza hasta nuestro regreso.

—Pero, ¿qué va a pensar?

—¿Y a nosotros, que nos importa? Ni pensará nada tampoco, beberá cerveza, y se acabó. Bueno, Sanín (era la primera vez que le llamaba por su apellido), ¡adelante! ¡Al trote!

Llegados al restaurante María Nikolayevna llamó al mozo de cuadra y le explicó lo que quería. Este, inglés de nacimiento e inglés por temperamento, llevó en silencio la mano a la visera de la gorra, se apeó del caballo y lo tomó de las riendas.

—¡Ahora somos libres como los pájaros! —exclamó María Nicolayevna. ¿A dónde nos iremos, al Norte, al Sur, al Este o al Oeste? Fíjese, soy como el Rey de Hungría en la coronación (y con el extremo de la fusta señaló a los cuatro puntos cardinales). Todo es nuestro. No... ¿Sabe usted una cosa? ¡Mire usted qué magníficas montañas hay allá, y qué bosque! Vamos allá, arriba, arriba... *In die Berge, wo die Freiheit thront!* (¡A la montaña, donde reina la libertad!)

Separándose de la carretera, echó al galope por un estrecho sendero poco transitado, que parecía efectivamente conducir a la montaña.

Sanín siguió también tras ella, poniendo su caballo al galope.

Capítulo 42

EL CAMINITO SE CONVIRTIÓ BIEN PRONTO en un senderillo, y al fin terminó cortado por un foso.

Sanín aconsejó retroceder; pero María Nikolayevna dijo:

—¡No. quiero ir a la montaña! Vamos rectos, como vuelan los pájaros —y obligó a su yegua a saltar el foso, lo cual hizo también Sanín.

Al otro lado del foso empezaba un prado; primero, seco; luego, húmedo, y por fin completamente encharcado; el agua, filtrándose por todas partes, formaba pozas que María Nikolayevna se complacía en obligar a atravesar a su cabalgadura, riendo a carcajadas y repitiendo: «¡Hagamos novillos!».

—¿Sabe usted —preguntó a Sanín— lo que llaman en Rusia cazar chapoteando?

—Sí —contestó Sanín.

—Un tío mío era muy aficionado —prosiguió—. Yo iba con él en la primavera. ¡Qué delicia! Pues ahora usted y yo estamos chapoteando. Sólo que ahora veo que usted, que es ruso, quiere casarse con una italiana. Pero eso es un asunto que solo le importa a usted. ¿Qué es esto? ¿Otro foso? ¡Hop!

Saltó la yegua, y al hacerlo se le cayó el sombrero a María Nikolayevna, dejando flotar los rizos sobre los hombros.

Sanín quiso apearse para cogerlo; pero ella le gritó:

—¡No se mueva usted, yo misma lo alcanzaré!

E inclinándose desde la silla cuanto pudo, enganchó con la punta de la fusta el velo y levantó el sombrero, que puso en la cabeza sin arreglarse el cabello, y de nuevo echó a correr lanzando un grito salvaje.

Sanín corrió al lado suyo; saltó a su lado los setos, los arroyos; bajó a las hondonadas, subió las cuestas metiéndose en el barro y librándose de él como podía; pero mirando constantemente a María a la cara.

¡Qué cara aquella! Todo en ella parecía abierto: abiertos los ojos, ávidos, brillantes, salvajes; abiertos los labios y las ventanas de la nariz, que respiraban ansiosas; miraba delante de sí, y miraba tenazmente, como si quisiera conquistar cuanto veía aquella alma: la tierra, el cielo, el sol y hasta el aire; y solo una cosa lamentaba: que los peligros fuesen tan pequeños. ¡Todos los hubiese vencido!

—¡Sanín! —gritó ella—. ¡Esto es como en la *Lenore*, de Burger! Solo que usted no está muerto, ¿verdad? ¿No está usted muerto?... ¡Yo estoy viva!

Desplegadas todas sus energías, ya no era una amazona que lanzaba su caballo al galope: era una mujer joven que parecía un centauro, medio fiera, medio diosa, y las gentes apacibles y tranquilas que contemplaban su impetuoso desenfreno, quedaban mudas de asombro.

Detuvo al fin María Nikolayevna a su yegua, cubierta de espuma y de barro, que vacilaba bajo su peso. El robusto, pero pesado caballo de Sanín, respiraba jadeante.

— ¿Qué? ¿Le gusta? —preguntó María Nikolayevna casi en un murmullo.

—¡Me encanta! —contestó entusiasmado Sanín, cuya sangre empezaba a arder.

—Espere, no hemos concluido —dijo ella tendiéndole la mano, cuyo guante estaba destrozado—. Le he dicho que le llevaría a la montaña... ¡Allí está la montaña!

Efectivamente; cubierta de altos bosques, allí empezaba la montaña, a unos doscientos pasos del sitio donde se habían detenido los jinetes.

—Mire usted un camino. Adelante. Pero al paso, porque hay que dejar descansar los caballos.

Se pusieron en marcha. Con un vigoroso movimiento de su mano, echó María Nikolayevna hacia atrás sus cabellos. Miró después los guantes, y se los quitó diciendo:

—Me van a oler las manos a cuero; pero a usted no le importa, ¿verdad?

Sonrió, y Sanín sonrió también.

Aquella carrera desenfrenada parecía haberlos aproximado al fin.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó ella de pronto.

—Veintidós.

—¡No puede ser! Yo también tengo veintidós. Buena edad. Aun juntando nuestros años, queda lejos la vejez. Pero hace calor. ¿Qué? ¿Estoy muy colorada?

—Como una amapola.

María Nikolayevna se pasó el pañuelo por la cara.

—Si llegásemos nada más hasta el bosque... allí hará fresco. Un bosque antiguo como ese, es como un amigo viejo. ¿Tiene usted amigos?

Sanín pensó un momento y contestó:

—Sí..., solo que pocos. Verdaderos, ninguno.

—Yo los tengo verdaderos; pero no viejos. Miré usted otro a este otro amigo: el caballo. ¡Con qué cuidado nos llevan! ¡Ah, aquí se está muy bien! ¡Y pensar que pasado mañana me iré a París!

—Sí..., es verdad —dijo Sanín.

—¿Y usted a Fráncfort?

—A Fráncfort, sin falta.

—Bueno, ¡que sea lo que Dios quiera! Pero el día de hoy es nuestro... nuestro... nuestro...

Llegaron los caballos al bosque y penetraron en él. La sombra, profunda y suave, envolvió a los jinetes por todas partes.

—¡Esto es el paraíso! —exclamó María Nikolayevna—. ¡Penetraremos más adentro en esta sombra, Sanín!

Los caballos entraron lentamente en la umbría, cabeceando y resoplando.

El sendero por donde caminaban torcía de repente a un lado, y los llevó a una angostura bastante estrecha. El olor de los helechos, de los brezos, de la resina de los pinos y de las hojas en fermentación procedentes del año anterior, saturaba el aire y lo hacía denso de aromas. Las grandes rocas oscuras exhalaban por sus grietas una frescura profunda. A ambos lados de la senda el terreno se elevaba en colinas redondeadas, cubiertas de musgo verde.

—¡Alto! —gritó María Nikolayevna—. Quiero sentarme y descansar sobre este terciopelo. Ayúdeme a apearme.

Sanín saltó del caballo y acudió presuroso. Ella se apoyó en su hombro, se dejó caer veloz al suelo y se sentó en un relieve del terreno tapizado de musgo, mientras él, de pie ante ella, sujetaba a los dos caballos de las riendas.

María levantó hacia él los ojos...

—Sanín, ¿sabe usted olvidar? —le preguntó.

Se acordó Sanín de la víspera, en el coche, y contestó:

—¿Eso es una pregunta, o un reproche?

Desde que nací no he hecho un reproche a nadie por nada. ¿Y en los bebedizos, cree usted?

—¿Cómo?

—Si cree usted en los bebedizos. Ya sabe usted lo que es: eso de que hablan las canciones.

—¡Ah, ya comprendo!... —interrumpió Sanín.

—Pues eso. Yo creo en ellos..., y usted también debería creer.

—Los bebedizos..., los encantamientos... —repitió Sanín—, todo eso es posible en este mundo. Antes yo no creía en ellos. Ahora sí creo. No me conozco a mí mismo.

María Nikolayevna quedó pensativa y miró alrededor.

—Este sitio me parece como si lo conociera. Mire usted, Sanín, detrás de esa encina vieja, ¿hay ahí una cruz roja de madera, o no?

Dio Sanín algunos pasos y dijo:

—Sí, la hay.

María Nikolayevna sonrió y exclamó:

—¡Ah, muy bien! Ya sé dónde estamos. Hasta ahora no nos hemos perdido todavía. ¿Qué ruido es ese? ¿Un leñador?

Sanín miró por entre la espesura y contestó:

—Sí... Por ahí anda uno cortando ramas secas.

—Tengo que arreglarme el cabello —dijo María Nikolayevna—, porque si me ven así podrán juzgar mal...

Y quitándose el sombrero empezó a trenzar sus largos cabellos en silencio y con gravedad.

Sanín continuaba delante de ella en pie...

Las elegantes líneas de su cuerpo se acusaban claramente por debajo de los oscuros pliegues del vestido, en el cual, aquí y allá, había briznas de musgo adheridas.

Uno de los caballos resopló bruscamente a espaldas de Sanín, que involuntariamente se estremeció de pies a cabeza.

Todo en él estaba trastornado, tenía los nervios tirantes como cuerdas. Tenía razón cuando dijo que no se conocía a sí mismo.

Estaba realmente hechizado. Todo su ser se hallaba lleno de un solo pensamiento y un solo deseo. María Nicolayevna le dirigió una mirada penetrante.

—Bueno, ahora ya está todo en orden —dijo, poniéndose el sombrero—. ¿No se sienta usted? Siéntese aquí. No, espere usted... no se siente. ¿Qué es eso?

Por las cimas de los aires, y por el aire del bosque, pasó una vibración sorda.

—¿Es un trueno?

—Parece que es un trueno —respondió Sanín.

—¡Ah, pues entonces es una fiesta! ¡Una verdadera fiesta! ¡Era lo único que faltaba! El trueno sordo resonó otra vez, intensificándose y retumbando.

—¡Bravo, bis! ¿Se acuerda usted de lo que le hablaba ayer de *La Eneida*? Pues a ellos también los sorprendió en el bosque la tempestad. Lo que hay que hacer es refugiarse.

Y levantándose con rapidez, dijo:

—Tráigame la yegua... Ponga usted la mano. Así. No soy pesada.

Como un pájaro saltó a la silla.

Sanín montó a su vez sobre su caballo.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó este con voz insegura.

—¿A casa? —respondió ella con lentitud después de un breve silencio, y recogiendo las riendas—. ¡Sígame usted! —añadió con tono imperativo.

Salió al camino, y después de pasar la cruz roja, descendió la ladera hasta alcanzar una encrucijada, torció a la derecha y emprendió de nuevo el ascenso...

Se veía que sabía adonde llevaba aquel camino que se internaba cada vez más y más en el bosque.

No decía una palabra, ni volvía la cabeza, sino que marchaba en línea recta, siguiéndola él sumiso y humilde, sin una chispa de voluntad en su desfallecido corazón.

Empezaron a caer unas gotas. Apresuró el paso de su caballo sin que él se separase de ella.

Por fin, a través del oscuro verdor de unos abetos jóvenes, protegida por una roca gris, descubrió una miserable cabaña, con una puerta muy baja practicada en la pared de ramas entretejidas...

María Nikolayevna obligó a la yegua a meterse por entre los abetos. Se apeó, y contemplando un momento la entrada de la choza, se volvió hacia Sanín, murmurando:

—¡Eneas!

Cuatro horas más tarde, María Nikolayevna y Sanín, acompañados del mozo de cuadra que dormitaba en la silla, regresaban al hotel de Wiesbaden.

El señor Polósov recibió a su esposa con la carta del administrador en la mano, y después de mirarla con aire investigador, manifestó en su rostro un cierto descontento y hasta llegó a murmurar entre dientes:

—¿Habré perdido la apuesta?

María Nikolayevna se contentó con encogerse de hombros.

Aquel mismo día, dos horas después, Sanín estaba en pie delante de María Nikolayevna, en su habitación, como abatido y perdido...

—¿A dónde te vas, a París o a Fráncfort?

—Iré a donde tú vayas y estaré contigo mientras no me despidas —contestó él con aire de desesperación.

Y arrodillándose, cogió las manos de su dominadora, que después de libertarlas las puso sobre la cabeza de él, e introdujo los diez dedos entre sus cabellos.

Enrollando y martirizando aquellos rizos dóciles, se irguió enteramente, con una sonrisa de triunfo que serpenteó en sus labios, y expresando en sus ojos grandes y luminosos, hasta parecer blancos, la despiadada saciedad y embotamiento de la victoria.

Cuando el ave de rapiña hunde las garras en el pájaro que ha cazado, no debe ser otra su mirada.

Capítulo 43

HE AQUÍ LO QUE RECORDÓ DIMITRI SANÍN cuando, revolviendo sus papeles viejos, en el silencio del gabinete, encontró entre ellos una crucecita de granates.

Los acontecimientos que acabamos de relatar, se le aparecieron clara y sucesivamente ante los ojos del alma...

Pero, al llegar a aquel momento en que se había dirigido a la señora de Polósov con tan humillante súplica, al momento en que había caído a sus pies y había empezado su esclavitud, alejó de sí las imágenes por él evocadas, y no quiso recordar más.

Y no es que la memoria le engañase, ¡oh, no! Sabía, y lo sabía demasiado bien, lo que había seguido a aquel instante; pero la vergüenza le ahogaba. Todavía, al cabo de tantos años, tenía miedo a aquel inevitable sentimiento de desprecio de sí mismo, que (y sobre esto no podía caberle duda) fatalmente había de acometerle y arrollar como una ola todos los demás sentimientos, mientras no impusiese a su memoria el silencio.

Pero por mucho que se esforzaba en alejar aquellos recuerdos, no lograba sofocarlos por completo.

Recordaba aquella miserable, falsa y lamentable carta, llena de lágrimas, que había enviado a Gemma, y que había quedado sin respuesta...

Aparecer ante ella, volver junto a ella después de tal engaño, después de tal traición, ¡no, no!, por cuanto quedaba en él todavía de conciencia y de honradez.

Además, había perdido toda confianza en sí mismo y en su propia estima, de tal modo que ya no se atrevería a dar su palabra de honor.

Recordó también Sanín, cómo después —¡oh, vergüenza!— había enviado uno de los lacayos de Polósov a Fráncfort a buscar sus cosas; cómo se había sentido cobarde, y cómo pensaba sólo en una cosa: ir lo antes posible a París, a París; cómo, por orden de María Nikolayevna, había tratado de ganarse a Hipólito Sidoróvich y se había hecho amigo de Dönhof, que llevaba en el dedo un anillo de hierro exactamente igual a otro que le había dado a él María Nikolayevna.

Después acudieron recuerdos peores, todavía más vergonzosos...

Un criado le trajo una tarjeta, que decía: «Pantaleone Cippatola, cantante de cámara de S. A. R. el duque de Módena». Él se negó a recibir al viejo, pero no pudo evitar encontrarse con él en un pasillo...

Ve aparecer delante de sí aquel rostro lleno de ira, con la melena gris erizada, los ojos, aquellos ojos de viejo, ardientes como ascuas, y escucha sus maldiciones y exclamaciones amenazadoras: *Maledizione!* y hasta aquellas extrañas palabras: *Codardo! Infame! Traditore!*

Sanín cierra los ojos, sacude la cabeza, se vuelve una vez y otra, pero sigue viéndose sentado en la silla de posta, en el estrecho asiento delantero... en tanto que en los cómodos asientos de la trasera están María Nikolayevna e Hipólito Sidorovich. Del coche tiran cuatro caballos, que trotan con paso igual por el empedrado de Wiesbaden.

—¡A París! ¡A París!

Hipólito Sidorovich va comiendo una pera que él, Sanín, le ha mondado, y María Nikolayevna le mira y sonrío como a hombre sometido, con aquella sonrisa que ya él conoce: la del amo y dominador...

Pero, ¡por Dios santo!, allá, en la esquina de la calle, cerca de la salida del pueblo, ¿no es Pantaleone? ¿Y quién hay con él? ¿Acaso Emilio? ¡Sí, es él, aquel muchacho entusiasta y rendido amigo suyo!

No hacía muchos días, aquel corazón juvenil le admiraba como un héroe, como el ideal; y ahora, aquel rostro pálido y hermoso —tan hermoso que María Nikolayevna lo advirtió y se asomó para contemplarlo desde la ventanilla del coche—, aquel noble rostro está lleno de odio y de desprecio. Sus ojos, tan parecidos a *aquellos* otros, devoran a Sanín, y los labios contraídos... se separan de repente para dejar pasar una injuria...

Pantaleone extiende el brazo y señala a Sanín. ¿A quién se lo señala? A Tartaglia, que está detrás de él, y Tartaglia le ladra a Sanín, y hasta el ladrido del honrado can suena como un insupportable insulto... ¡Qué terrible vergüenza!

Después, la vida en París, y todas las bajas, todos los humillantes tormentos del esclavo a quien no se le consiente ni tener celos ni quejarse, y a quien se arroja, finalmente, como una prenda ya usada.

Luego, la vuelta a la patria, una existencia vacía y envenenada, las preocupaciones y los cuidados menudos, el arrepentimiento amargo y estéril, y el olvido igualmente estéril y amargo; el castigo, no definido pero constante, en todo momento, semejante

a una enfermedad que no es seria pero sí incurable, o a una deuda que se va pagando céntimo a céntimo, sin poder darla nunca por saldada...

Colmado está el cáliz... ¡Basta!

¿Cómo había conservado la crucecita que le había dado Gemma? ¿Por qué no se la había devuelto y cómo era posible que no la hubiera visto hasta aquel día?

Largo, larguísimo rato permaneció abstraído, y aunque enseñado por la experiencia de tantos años, seguía sin comprender cómo había abandonado a Gemma, a la que tan tierna y apasionadamente había amado, por una mujer a quien no amaba en absoluto...

Al día siguiente, llenó de asombro a todos sus amigos y conocidos, al comunicarles que se marchaba al extranjero.

El asombro cundió por la sociedad. Sanín dejaba a San Petersburgo, en mitad del crudo invierno, cuando acababa de alquilar y amueblar una magnífica casa, y hasta de abonarse a las representaciones de una compañía de ópera italiana, de la que formaba parte la propia Patti, ¡la mismísima Patti!

Los amigos y los conocidos no lograban comprenderlo; pero las gentes no acostumbran a ocuparse mucho tiempo de los asuntos ajenos, y cuando Sanín partió para el extranjero, el único que le acompañó hasta la estación fue un sastre francés, y este, con la esperanza de liquidar una cuentecita que estaba sin pagar: *pour un saute-en-barque en velours noir, tout à fait chic.*

Capítulo 44

SANÍN HABÍA DICHO A SUS AMIGOS que se iba al extranjero, pero no les explicó a qué sitio...

Los lectores adivinarán fácilmente que se dirigió derecho a Fráncfort. Gracias a los caminos de hierro extendidos por todas partes, al cuarto día de su salida de San Petersburgo estaba ya allí. No lo había visitado desde el año 1840.

El hotel del Cisne Blanco estaba en el mismo sitio, y prosperaba, aunque había dejado ya de ser de primera clase; la Zeile, la calle principal de Fráncfort, había cambiado poco; pero de la casa de la señora Roselli, y hasta de la misma calle en donde estaba su confitería, ya no quedaban ni vestigios.

Sanín anduvo errante, como un enajenado, por los lugares que había conocido tanto en otro tiempo, sin reconocer nada; las antiguas construcciones habían desaparecido, para dar paso a nuevas calles, formadas por casas inmensas y elegantes villas; hasta el jardín público en donde había tenido su entrevista con Gemma, había cambiado tanto, y se habían desarrollado los árboles de tal modo, que se preguntó si sería, en efecto, el mismo.

¿Qué haría? ¿Cómo y dónde conseguir informes? Treinta años habían transcurrido desde entonces... ¡No era cosa fácil!

Ninguna de las personas a quienes se dirigió había oído siquiera nunca el nombre de Roselli. El dueño del hotel le aconsejó que fuese a la biblioteca pública; allí encontraría, tal vez, todos los periódicos antiguos. Ahora bien: en cuanto a la utilidad que de ellos pudiese sacar, el patrón no era capaz de valorarla.

Preguntó Sanín, a la desesperada, por Herr Klüber. El dueño del hotel conocía bien a aquella persona, pero los datos que dio sobre ella tampoco le sirvieron para lo que él deseaba... El almidonado encargado, después de triunfar y llegar a capitalista, había hecho malos negocios, y, declarado en quiebra, había muerto en la cárcel...

Esta noticia no le produjo a Sanín ninguna pena. Empezaba a darse cuenta de que había actuado con ligereza al emprender aquel viaje, cuando, hojeando la *Guía de Fráncfort*, tropezó con el nombre de von Dönhof, comandante retirado.

Inmediatamente tomó un coche y se dirigió a su casa, aunque no sabía por qué *este* Dönhof tenía que ser, forzosamente, *aquel* Dönhof, ni por qué este último podría

proporcionarle noticias de la familia Roselli.

Era igual: el que se ahoga, se agarra a un clavo ardiendo.

Sanín encontró en casa al comandante retirado von Dönhof, y en el señor de cabello gris que le recibió, reconoció inmediatamente a su adversario.

También este le reconoció, y hasta se alegró de su visita, que le recordaba su juventud y sus locuras.

Sanín escuchó de sus labios que la familia Roselli se había ido hacía muchísimo tiempo a América, a Nueva York; que Gemma se había casado con un negociante; que él, el comandante, tenía un amigo, también negociante, que sabría, probablemente, las señas del marido, pues tenía muchos negocios en América.

Sanín rogó a Dönhof que fuese a ver a aquel amigo, y ¡qué alegría! Dönhof le trajo las señas del marido de Gemma: Jeremías Slocum, Nueva York, Broadway, núm. 501. Solo que estas señas se referían al año 1863.

—Es de esperar —dijo Dönhof— que nuestra antigua beldad de Fráncfort viva todavía y no haya abandonado Nueva York. A propósito —añadió bajando la voz—, ¿qué ha sido de aquella rusa, recuerda usted... que estaba por entonces en Wiesbaden, la señora von Bo..., von Bosólov? ¿Vive todavía?

— No —contestó Sanín—. Murió hace mucho tiempo.

Dönhof levantó la mirada, pero al observar que Sanín se volvía sombrío, se retiró sin añadir una palabra.

El mismo día, Sanín envió una carta a Gemma Slocum a Nueva York, en la que le decía que le escribía desde Fráncfort, a donde había venido únicamente en busca de sus huellas; que reconocía perfectamente hasta qué punto se hallaba privado de todo derecho a pretender contestación; que de ningún modo merecía su perdón, y esperaba sólo que, encontrándose feliz en las condiciones en que se hallaba, se hubiese olvidado hacía tiempo de su existencia.

Añadía que se había decidido a ofrecerse a su recuerdo por una circunstancia casual que había despertado en él, con gran viveza, las imágenes del pasado; le contaba su vida, solitaria, sin familia y sin alegría; la exhortaba a comprender las causas que le habían decidido a dirigirse a ella, y le rogaba que no le hiciese llevar al sepulcro el amargo reconocimiento de su culpa —largo tiempo expiada, pero aún no perdonada— y que le proporcionase la alegría de comunicarle siquiera la más pequeña noticia acerca de cómo vivía en aquel nuevo mundo a donde se había trasladado.

Escribiéndome, aunque no sea más que una palabra —concluía Sanín—, realizará usted una buena obra, digna de la nobleza de su alma, y yo le guardaré agradecimiento hasta que exhale mi último suspiro. Me he alojado aquí en el hotel de El Cisne Blanco (estas palabras las subrayó) y esperaré hasta la primavera su respuesta. Esperaré.

Enviada esta carta, se dispuso a aguardar.

Seis semanas enteras pasó en su habitación casi sin salir y rehusando tenazmente recibir a persona alguna. Nadie podía escribirle, ni desde Rusia ni desde otra parte, lo cual le alegraba, y sabía que si viniese a su nombre alguna carta había de ser *la que* esperaba.

Leía desde la mañana hasta la noche, y no periódicos, sino libros serios y obras históricas.

Aquellas lecturas prolongadas, aquel mutismo, aquella vida oscura y retirada, eran muy adecuadas a su disposición de ánimo. Solo por eso hubiera dado gracias a Gemma.

¿Pero viviría aún? ¿Le contestaría?

Al fin llegó la carta, con sello de los Estados Unidos, procedente de Nueva York, dirigida a su nombre. La dirección del sobre estaba escrita con letra inglesa...

No la conocía y el corazón se le oprimió. Vaciló antes de decidirse a abrirla. Miró la firma. ¡Gemma!

Se le saltaron las lágrimas.

Sólo el hecho de firmarla con su nombre, sin añadir el apellido, fue para él como una prenda de reconciliación y perdón.

Desdobló el fino pliego azulado... y cayó una fotografía. Se apresuró a recogerla y quedó aturdido. ¡Gemma, la misma Gemma, viva y joven, como la había conocido treinta años antes! ¡Aquellos mismos ojos! ¡Aquellos mismos labios! ¡El mismo tipo de cara!

Al dorso de la fotografía había escrito: «Mi hija Mariana».

Toda la carta era muy cariñosa y sencilla.

Gemma daba las gracias a Sanín por no haber vacilado en dirigirse a ella, por haber tenido confianza; no le ocultaba que, en efecto, después de su fuga había pasado momentos muy penosos; pero agregaba que, de todos modos, consideraba —y había considerado siempre— su encuentro con él un acontecimiento feliz, pues tal encuentro le había impedido llegar a ser la esposa de Herr Klüber, y, por consiguiente,

aunque de una manera indirecta, había sido la causa del matrimonio con su actual marido, con quien vivía hacía ya veintiocho años completamente feliz y en la abundancia.

Su casa era muy conocida en Nueva York.

Le anunciaba que tenía cinco hijos: cuatro varones y una muchacha, de dieciocho años, ya prometida, cuya fotografía incluía. Según la opinión general, era muy parecida a ella.

Las noticias tristes las había dejado Gemma para el final de la carta.

Frau Lenore había muerto en Nueva York, adonde había seguido a su hija y a su yerno; pero había logrado regocijarse con la dicha de sus hijos y las caricias de sus nietos.

Pantaleone se había dispuesto también a trasladarse a América, pero había fallecido antes de salir de Fráncfort.

En cuanto a Emilio, nuestro querido e incomparable Emilio, había muerto gloriosamente por la independencia de la patria, en Sicilia, adonde había ido formando parte de los «mil» que mandaba el gran Garibaldi.

Todos hemos llorado ardientemente —decía— la muerte de nuestro inapreciable hermano; pero, al mismo tiempo, estamos orgullosos de él, y su memoria será eternamente sagrada para nosotros. Su alma grande y desinteresada era digna de la corona del martirio.

Después expresaba Gemma su pesar, porque la vida de Sanín hubiese sido, por lo visto, tan triste, y le deseaba ante todo la paz y la tranquilidad del espíritu, diciéndole que se alegraría mucho de verlo, aunque reconocía cuán poco probable sería que tal aconteciese.

No trataremos de describir los sentimientos que experimentó Sanín con la lectura de esta carta, porque no tienen expresión satisfactoria: son hondos y fuertes, las palabras no logran precisarlos. Únicamente la música podría traducirlos.

Sanín contestó en el acto y envió para la novia, «como regalo de un amigo desconocido», la crucecita de granates, pendiente de un hermoso collar de perlas. Este regalo, aunque de mucho precio, no lo arruinó, porque durante los treinta años transcurridos desde su primera estancia en Fráncfort había logrado reunir una importante fortuna.

En los primeros días de mayo regresó a San Petersburgo, pero no para mucho tiempo.

Se dice que está vendiendo sus propiedades y que piensa marcharse a América.

Baden-Baden, 1871

[1] Tela fina de algodón, de color amarillento, muy usada en el siglo XVIII y aun en el XIX, que se fabricaba en la población china del mismo nombre.

[2] En otro tiempo —y también ahora, porque eso no ha cambiado— innumerables rusos acudían a Fráncfort a principios de mayo, y todas las tiendas subían los precios, que recibían la denominación de «precios para rusos o —¡ay!— para tontos».

[3] Precio por alma, es decir, precio por cada siervo de los afectos a la finca.

[4] Se llama así a las gentes del pueblo que calzan *lapti* confeccionados con corteza de árboles.

**ULF Y BIRGITA
EKMAN
EL GRAN
DESCUBRIMIENTO**
NUESTRO VIAJE HACIA LA FE CATÓLICA



El gran descubrimiento

Ekman, Ulf

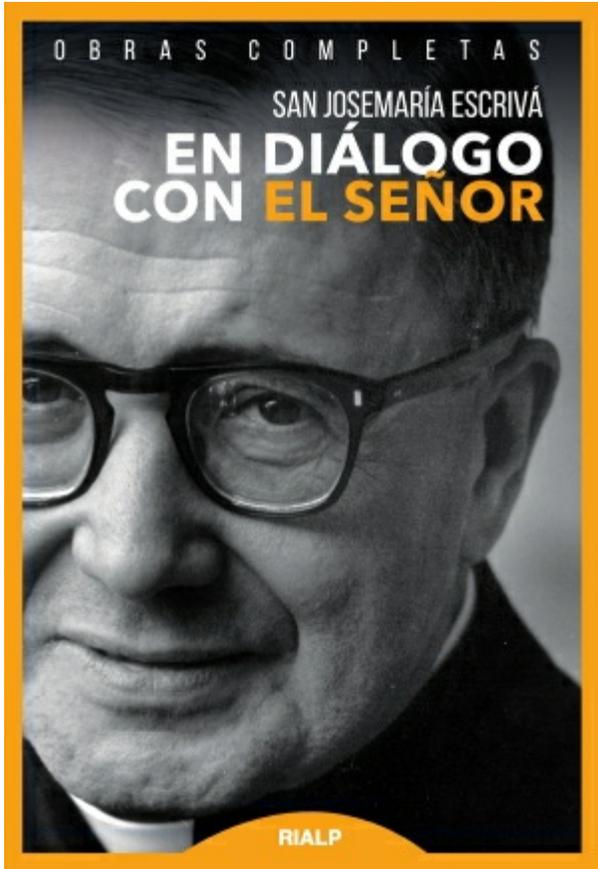
9788432149436

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Muchos aún consideran Suecia como un país socialista, sensual, secular, secularizado. Es cierto que, de sus diez millones de habitantes, pocos de ellos expresan una creencia firme, pero hasta el comienzo del tercer milenio Suecia ha sido un estado confesional, luterano. En años recientes se ha producido un giro inesperado en la religiosidad sueca, en creciente diálogo con los católicos. Los autores nos narran su camino hasta la total conversión al catolicismo. Ulf y Birgitta Ekman son bien conocidos en su país. Él es pastor luterano, fundador de Palabra de Vida, un movimiento carismático que llega a tener más de cien mil seguidores en todo el mundo. Funda también una parroquia de más de tres mil miembros, numerosas congregaciones -en Rusia y Europa del Este, principalmente-, escuelas, periódicos e incluso un lobby político de defensa de la vida. Abiertamente anticatólico, critica a Juan Pablo II cuando este visita su país. Pero con su mujer, Birgitta, hija de misioneros suecos en la India y su colaboradora más fiel en la tarea pastoral, comienza a sentir una fuerte atracción hacia la fe católica. Este es el testimonio de su conversión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

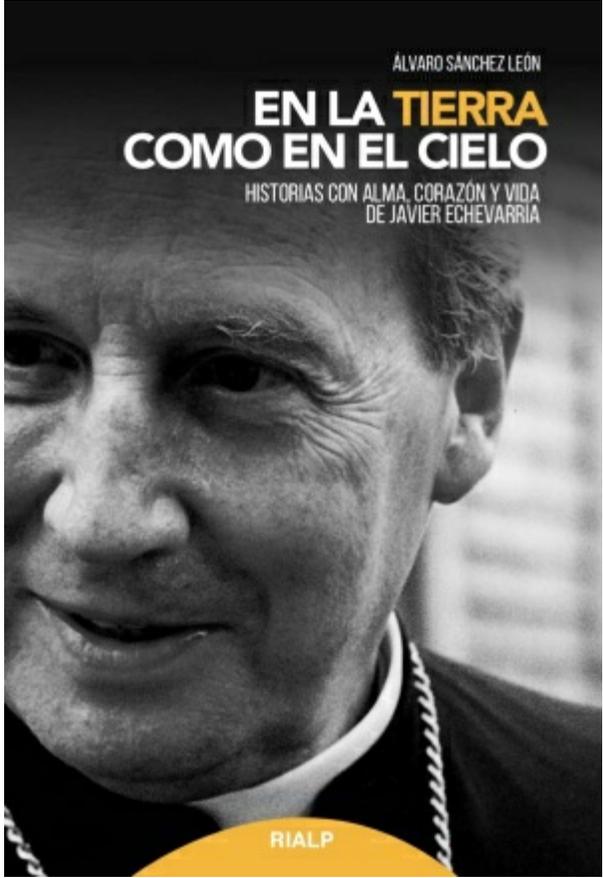
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*

Aprender a recibir



PATMOS
DISCOS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Aguas primaverales	2
Créditos	3
Nota preliminar	6
Capítulo 1	10
Capítulo 2	14
Capítulo 3	17
Capítulo 4	20
Capítulo 5	22
Capítulo 6	24
Capítulo 7	27
Capítulo 8	30
Capítulo 9	32
Capítulo 10	34
Capítulo 11	37
Capítulo 12	40
Capítulo 13	42
Capítulo 14	44
Capítulo 15	46
Capítulo 16	49
Capítulo 17	54
Capítulo 18	58
Capítulo 19	61
Capítulo 20	64
Capítulo 21	66
Capítulo 22	70
Capítulo 23	76
Capítulo 24	80
Capítulo 25	85
Capítulo 26	89

Capítulo 27	92
Capítulo 28	96
Capítulo 29	100
Capítulo 30	103
Capítulo 31	108
Capítulo 32	114
Capítulo 33	117
Capítulo 34	121
Capítulo 35	125
Capítulo 36	130
Capítulo 37	135
Capítulo 38	137
Capítulo 39	142
Capítulo 40	149
Capítulo 41	153
Capítulo 42	156
Capítulo 43	162
Capítulo 44	165